

DONDE LOS
HOMBRES

SE ATREVEN



EDICIONES
RUBEO

ARIEL BERRETTA

Donde los hombres se atreven
Ariel Berretta

© Ariel A. Berretta, 2017

© De esta edición: Bresca Editores, 2017

www.brescaeditores.com

© Diseño de portada: DG Angélica McHarrell

www.mcharrell.com

Queda terminantemente prohibida, salvo las excepciones previstas en las leyes, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y cualquier transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual según el Código Penal.

I

En algún lugar de Tamaulipas, México.

El gran bulldozer Caterpillar 8 bramaba y su escape echaba un humo ennegrecido. El gran montón de tierra amarilla mezclada con algunos restos de arbustos se resistía a entrar al pozo profundo. El soldado que lo manejaba tenía experiencia en el uso de la máquina, pero trabajar a gran velocidad con maquinaria pesada tenía sus riesgos. Cuando el bloque de tierra suelta cayó al fondo del hoyo, el coronel a cargo, de más de un metro noventa centímetros de estatura, bufó:

—¡Más rápido, aún se ven piernas, tape todo de una buena vez!

En efecto, en el fondo, a una orilla de la tierra recién empujada, se veían tres pares de piernas; una de ellas volteada grotescamente hacia la nalga. El coronel miró a la tropa; nadie hablaba, observaban en silencio la poderosa máquina y a su superior. Este, haciendo girar sus anchas espaldas se encaró a todos.

—El que abra el hocico, juro por su puta madre que viene a hacer compañía a esta bola de cabrones, ¿entendieron?

Se cuadró la tropa al momento. Los tres Hummer, amarillos gracias a la tierra levantada por la excavación, eran testigos mudos del entierro masivo. El piloto del helicóptero Apache artillado hacía como que controlaba algo en el tablero de la nave. El AH—64 Apache es un helicóptero artillado de ataque de origen americano. El bimotor con cabina para dos en tándem es una joya en el ejército mexicano, “gracias a la ayuda de Estados Unidos” para brindarle apoyo en la guerra contra el narcotráfico. Su cañón automático M230 calibre 30 mm y sus misiles antitanques AGM—114 Hellfire y cohetes Hydra 70 lo hacen un arma formidable; además de poderle poner en el extremo de sus alas cohetes antiaéreos AIM—92 Stinger o AIM—9 Sidewinder. Aunque viejos, son modelos de 1975, estos helicópteros no tienen competencia entre la guerra del estado contra las mafias organizadas.

El coronel Saavedra lo sabía y los usaba sin piedad. Al igual que muchos en el país, pensaba que esa guerra era un desperdicio de vidas. Una guerra

dentro de México para

intentar solucionar un problema de drogas en el mayor consumidor del mundo, dentro del cual, algunos de sus estados la estaban legalizando. Una guerra que no iba a ninguna parte, y cuya espiral de violencia nadie había previsto; el enemigo que enfrentaban era mucho más poderoso de lo que los analistas habían supuesto, e igualmente proporcional, el baño de sangre.

—¡Tropa, a los vehículos!

Más de veinte hombres de las Fuerzas Especiales se acomodaron en sus carros de combate. Esta fuerza activa desde 1986, de la rama del ejército, eran conocidos como GAFES, pues originalmente se llamaban Grupo Aeromóvil de Fuerzas Especiales.

“Ni la muerte nos detiene y si la muerte nos sorprende, bienvenida sea. Todo por México”. Era su lema de batalla.

Aunque en el 2004 pasaron a ser simplemente Fuerzas Especiales, el mote les queda aún. Es una unidad elite del ejército, dedicada y entrenada para operaciones especiales

y encubiertas. Se distinguen de la tropa común por su disciplina y entrenamiento, tolerancia al dolor y emociones, así como capacidades especiales ante el combate. Desde que entraron en acción combatiendo al EZLN en Chiapas, hasta sus operaciones contra el narcotráfico, siempre se distinguían por su alta efectividad y su poca piedad.

“Quieren que limpiemos el país de basura, se limpiará señor Presidente”, pensaba el coronel al subir a la derecha del chofer de uno de los Hummer artillados.

—¡Vámonos!

La columna arrancó y, después de alejarse un kilómetro, una gran turbulencia de aire y polvo amarillo anunció el despegue del Apache empujado por sus cuatro rotores. La tierra de Tamaulipas estaba reseca en agosto.

La tropa en silencio, cansada, admiraba a su coronel. Francisco Saavedra, cuarenta y dos años, joven aún para su rango, recordaba cómo había llegado a hacerse cargo de ese batallón de hombres de primera clase. Tenía más de quinientos soldados, y estos veintitrés eran, sobre todo, de toda su confianza; los que realizaban el “trabajo sucio”. El que alguna vez dentro de algunos

años desenterraría la prensa y algún gobierno socialista para darse golpes de pecho por las matanzas del ejército contra civiles.

“Basura”, pensó el coronel, “limpiamos y después nos acusan de usar fuerza desmedida. Pero antes aplaudían. Yo soy un soldado, obedezco órdenes”.

Un año antes el presidente de la república decidió declarar la guerra al narcotráfico, una frontal que, como primer resultado, tuvo el de mostrarle que el enemigo era más numeroso, mejor preparado y más agresivo de lo pensado. Ante una evaluación incorrecta o nula de las fuerzas de las mafias, los primeros golpes fueron ocasionales e incluso con pérdidas considerables de tropas federales. Cuando la realidad golpeó el rostro de los gobernantes, estos comenzaron a hacer lo que el sentido común decía que hicieran desde un principio, usar la inteligencia. Soldados de élite, oficiales bien preparados y mejor armados, se empezaron a hacer cargo ante la corrupción casi total de las policías de los diferentes municipios quienes, lejos de hacer su trabajo, eran fieles a los capos. Cuando estos repartían botines del narcotráfico compraban hombres, mujeres y niños; así llegaban a poner alcaldes a su modo e, incluso, un secreto sabido por todos, hasta gobernadores. De esa manera, su negocio galopante surtía al consumidor más grande el mundo y este, a su vez, pertrechaba con armas a sus irregulares fuerzas armadas.

Los cárteles trabajaban al principio en las sombras. Vendían droga y la pasaban “al otro lado” porque allá se consumía y se pagaba bien. Pero la población ajena a este consumo o venta era la misma que veía y no se metía, que sabía y nada hablaba. Dejaba hacer, “al cabo a nadie molestan”.

Cuando el presidente dijo basta, ellos dejaron sus protocolos y la sociedad civil en general se vio inmersa en una vorágine de violencia, donde el ser secuestrado, tener que pagar derecho de piso en los negocios o ser metido a la fuerza en las tropas del narco eran cosas de todos los días, sobre todo en la zona norte del país. Cuando a la gente se le dio teléfonos para denunciar algo sospechoso era tal el grado de corrupción en las policías que, normalmente, los denunciantes terminaban asesinados.

La impunidad galopaba en el país de la mano del otro flagelo: la corrupción. El coronel Saavedra, michoacano de nacimiento, era un soldado de carrera que amaba más su trabajo que ninguna otra cosa en el mundo. Cuando se presentó al campo número uno en Ciudad de México, la orden fue clara de parte del General Ochoa.

—El ministro Galván quiere gente con huevos, coronel. Que se faje en combate y que de preferencia no deje testigos ni tome prisioneros. Estas órdenes son verbales. Espero que entienda las razones.

—Entiendo, señor. ¿De qué tropa y tipo de armamento dispongo?

—El gobierno gringo, el mismo que provoca todo esto, nos ha “regalado” cuatro Apaches, coronel. Disponga de uno para usted y del armamento que pueda necesitar. También de quinientos hombres de las Fuerzas Especiales y los vehículos terrestres de transporte.

El militar no pudo evitar una sensación hormigueante. A pesar de su experiencia previa en combate en Chiapas, sabía que ahora iba contra gente entrenada y armada de verdad, muchos de ellos ex soldados mexicanos o centroamericanos. Bien armados con rifles de asalto Colt AR 15 o los famosos AK 47, sin menospreciar lanzagranadas y los

famosos fusiles anti blindaje Barrett calibre .50. Pero el solo hecho de contar con un Apache y quinientos GAFES le daba una ventaja táctica fuera de proporción. Podía trabajar a la luz, a la vista con toda su gente junta si fuera necesario, el narco tenía que hacerlo en grupos pequeños con las armas ocultas. Se cuadró con su superior.

—¿Cuándo empezamos, general?

—¡Ya empezó, coronel! Viaja en convoy al norte, a la séptima de Monterrey, este mismo fin de semana. El helicóptero ya está allá con uno de los mejores pilotos artilleros, el capitán Ismael Fernández.

—Señor, gracias. Fue entrenado por los Boinas Verdes americanos, ¿no es así?

—Sus aptitudes en combate y su habilidad con el Apache no son motivos de discusión, coronel.

—¡No, señor! Gracias. Con su permiso.

El coronel no caminaba, levitaba de camino a las barracas. La tropa lo

esperaba lista y, tras pasar revista a esos excelentes hombres, anunció la salida para el siguiente viernes a las seiscientas horas. Fue a su barraca.

El convoy llamaba la atención de propios y extraños. Más de quinientos hombres con sus camiones, Hummer y equipo completo de combate en las carreteras mexicanas, eran un espectáculo digno de verse. Los automovilistas no tenían empacho en sacar sus cámaras y filmar o fotografiar la tropa. Cuando llegaron a la séptima zona, ocuparon sus barracas y se prepararon para la acción. Como todo soldado de carrera, su único deseo era no morir sin haber mostrado sus habilidades en combate. Sabían, por las palabras del coronel, que esto distaba mucho de ser otro entrenamiento.

Ya instalados en sus cuarteles y puesto en orden todo el armamento y mochilas recibieron otra arenga:

—Soldados, sabremos ahora de que están hechos.

Vamos contra lo más selecto del crimen, soldados desertores de muchos países, entre ellos GAFES como ustedes y Kaibiles de Guatemala. Son traidores, serán tratados como tales. Recibirán ofertas del narco cada uno para desertar, para pasar a sus filas, para combatir a sus compañeros, para hundir este país que tanto queremos. Tengan por seguro, que después de ver cómo corto las bolas personalmente a cada desertor que encontremos, se les quitará la tentación. Dos cosas nada más les voy a pedir; combatan con valor y... sin prisioneros.

Algunas sonrisas se dibujaron en los rostros quemados por el sol del desierto de Sonora o el frío del invierno en las montañas. El calor del día llegaba a los cuarenta grados centígrados en el campo militar. Pero ellos estaban más allá de esos detalles; habían sido entrenados para infiltración, para estar horas esperando su víctima cubiertos con ropa que los mimetizaba al medio, esperando el momento para que su entrenamiento de francotirador se pudiese a prueba. El frío bajo cero o el calor asfixiante eran solo otro compañero. El dolor, la molestia, los insectos o la impaciencia, estaban bajo control absoluto de su entrenamiento físico y mental.

—Mañana, toque de diana a las quinientas. Después recibirán órdenes.

—¡Qué malditos hijos de su puta madre!

—Eso no se hace, malnacidos. Y ni quien los pare a los malditos. Se la bañaron esta vez.

Las noticias anunciaban la muerte del dueño de un rancho a manos de un grupo del crimen organizado. Al parecer, don Tomás Cantú había recibido presiones para abandonar su propiedad, pues estaba estratégicamente ubicada para el paso de la droga. Se había negado rotundamente. Cuando le dijeron que al siguiente día irían a tomar posesión a como diera lugar tomó una decisión; para algunos valiente, para otros estúpida.

Dio el día libre a toda su gente, cocinera, mozos y vaqueros. Nadie dijo nada, nadie tomó partido, nadie levantó un teléfono para avisar.

El viejo era cazador, colocó un rifle de caza en cada ventana con cargador lleno y dejó a la mano cajas de tiros para ellos. Y esperó. A la mañana siguiente los vio detenerse frente a la puerta a doscientos metros de su casa, cortar el candado de la puerta metálica e ingresar en dos camionetas a su tierra. Apuntó el Remington 700 calibre .270 al chofer de la primera camioneta y el pulso no le tembló. Una explosión carmesí inundó la cabina cuando la cabeza del sujeto recibió 130 granos de metal a 3200 pies por segundo. La columna se detuvo y, al menos, once personas saltaron de las camionetas internándose en el monte bajo a los lados del camino. Ese monte bajo tamaulipeco, lleno de uña de gato y mezquite, que hacía difícil el moverse sin causarse heridas en la piel. Algo se movía debajo de las camionetas y los primeros disparos estallaban en las paredes gruesas de la casa principal.

Don Tomás era hombre de esa tierra. Se quebraría tal vez, pero no se doblaría jamás. Buscó en su mira Leupold 3—9 x 40 bajo la camioneta, vio otro sujeto acomodando un rifle de asalto; colocó su retícula en la frente y tomó aire, despacio. Soltó la mitad y su índice apretó el gatillo. El tipo recibió la bala en el hombro, a la izquierda de su cabeza. No se movió ya. Una andanada de balas entró por una ventana, estallando madera, vidrio y tumbando cuadros y muebles dentro de la habitación. El viejo se cambió a una

pequeña ventana en un cuarto. Ahí tomó un 30—06 con puntas de 150 granos y buscó entre la maleza. Dos jóvenes gesticulaban a cien metros al norte de la casa. Los alineó en la mira telescópica y, cuando se pusieron en fila, apretó el gatillo. Cayeron cruzados uno arriba del otro. Al mismo instante una bala chocó con el marco de la ventana y un montón de proyectiles conformados por arena y plomo se incrustaron en la cara del defensor.

Ahora la lluvia era intensa por todos lados. Don Tomás tomó un revólver Colt, “Del Caballito”, como le decía y vio que sus seis cilindros del tambor estuvieran ocupados por igual número de balas calibre .38. Se sentó en el cuarto, en el piso. Cuando la primera figura se dibujó en la puerta apretó el gatillo y lo vio caer hacia atrás. Nunca vio ni oyó caer la granada a su lado.

—¿Leyó eso coronel?

—Sí, señor.

—Su primera tarea. Encuéntrelos.

—¿Y después, general?

—¿Somos cárcel, acaso?

—¡No, señor!

—Disponga del helicóptero y veinte de sus mejores hombres, coronel. Los más discretos y entrones; hay cosas que no deben saberse jamás, ¿entiende?

—Entendido, señor.

El coronel Saavedra tenía algunas cosas que lo hacían ser respetado. Y una de ellas era que respetaba el valor, aun de sus enemigos. Era un hombre derecho, tan bueno o tan malo como fuese tratado; hijo de familia con plantaciones de aguacate en su tierra había preferido una carrera en la milicia a las comodidades de su familia. Era militar de corazón. No militar por ser de extracción modesta, no militar porque su padre lo mandara para enderezar un árbol torcido. Era militar porque lo sentía en el alma; desde pequeño había sido disciplinado, amante de las armas y la ley. Nació para eso y no lo cambiaba por nada. Eligió personalmente a sus hombres y les dijo de qué se trataba cuando estaban todos sentados a bordo de los dos Hummer artillados. Veinte muchachos de primera, algunos curtidos en combate, y un helicóptero Apache a su servicio.

—Muchachos, saben por quiénes vamos. Saben lo que hicieron y cómo me

molestan los cobardes. Como dijo mi general, en los cuarteles no cabe más gente, no son cárceles, ¿entendido?

—¡Sí, señor. Entendido, señor! —contestó la tropa enardecida.

El convoy tomó la carretera Monterrey—Ciudad Victoria a media mañana. Al llegar al entronque a Padilla dio vuelta a la izquierda ante el asombro de los habitantes del pequeño poblado sobre la ruta. Todos sabían que eran vigilados, que en cada pueblo de ese estado había “halcones”, personas pagadas solamente para informar quién pasaba, a qué hora y con qué rumbo. Era un juego donde también la milicia tenía sus informantes. Cuando un halcón se descuidaba, no importaba a qué bando pertenecía, normalmente pagaba con la vida.

En poco más de una hora estaban entrando al rancho de don Tomás. Estacionaron los vehículos detrás de la casa mientras observaban los cientos de agujeros en la pared. Los puntos oscuros que habían dejado las balas resaltaban contra la blancura de la pintura de las paredes.

El coronel empujó la puerta principal y entro a la sala. Nada había sido tocado. Había puntas de plomo con forro de cobre aplastadas en el piso y restos de vidrios de las ventanas, madera de los marcos y pedazos de muebles diversos. Le habían dado con todo y desde, al menos, dos ángulos diferentes, pues de otra forma, rodeando la casa, se hubieran matado entre ellos. Cuando ingresó a la última habitación, en una de sus paredes observó manchas oscuras. Sí, las granadas a corta distancia lo destruyen todo.

—¡Faltan más hombres como este a México! —dijo en voz alta al salir de la habitación, en medio de dos de sus hombres.

Montaron tiendas de campaña y el personal de tropa limpió una habitación de la casa que funcionaría como cuartel temporal. En cuestión de dos horas, todos estaban listos.

—Muy bien, necesito voluntarios, parecidos físicamente a la gente de la zona, que se mezclen entre ellos, que abran ojos y oídos. Quiero informes de esta gente, donde pueden estar. Capitán, hágase cargo.

El oficial se cuadró y comenzó a buscar entre los hombres a quienes pudieran pasar desapercibidos entre los pobladores. Cinco hombres, cinco GAFES. La ventaja era que en esa zona del estado eran físicamente parecidos a la gente que formaban parte del personal militar. Morenos, bajos de estatura

y de pelo negro. Fácilmente se perderían entre el gentío. A las cuarenta y ocho horas tenían información suficiente para dar con los autores del atentado. Uno de los soldados, de pie frente al coronel, informaba.

—Señor, coinciden muchos en que pegado a la orilla sur de la presa a la que llaman Las Adjuntas, en las noches se oyen ráfagas y disparos, como si estuvieran haciendo tiro al blanco.

—¿Alguna idea de cómo entrar o coordenadas?

—La gente está aterrada, señor, al parecer apreciaban al dueño de este lugar y algunos hablaron un poco más.

Hablan de camionetas grandes, nuevas, con hombres armados en sus cajas, a la vista de todos. Y, en general, todos hablan de la complicidad de la policía local con ellos.

—Bola de pendejos, se los va a llevar la chingada a ellos también. Capitán, vamos sobre esta pista por ahora. Distribuya con equipo mínimo y radios a un hombre cada tres kilómetros en la zona sur de la presa; busquemos saber de dónde salen esos disparos y marcarlos en sus GPS. No regresa nadie hasta dar con ese sitio.

—¡Sí, señor!

II

El AK47, conocido en el argot policíaco como “cuerno de chivo”, es una de las armas más sencillas jamás fabricadas. También una de las más eficientes y duraderas. Por eso una es de las preferidas por cuanto grupo insurgente existe en el mundo. Asociada su figura tan particular a las guerrillas de siempre, se ha convertido en un ícono.

Viendo como una estela de vainas calibre 7.62 describía un medio círculo antes de precipitarse a tierra, Esteban mantenía apretado el gatillo conservando el arma pegada a la cintura.

Sus hombres reían mientras mantenía a su lado las botellas de cerveza helada. Esa noche, calma de viento y muy calurosa, el sonido del cartucho al escupir balas, recorría grandes distancias. Para las once de la noche, después de disparar unos cientos de rondas de rifles de asalto, los más duchos decidieron demostrar sus habilidades con las pistolas, en su mayoría de calibre 9 mm, en una gran variedad de marcas y modelos, no pocas de ellas, robadas a la misma policía local o federales.

Esteban observaba sus hombres.

Hombres duros, curtidos en combate y que confiaban en él principalmente porque era justo. Muy duro con los traidores o cobardes, pero quien se jugaba por él podía estar tranquilo de que nunca estaría solo en un atolladero. Era un hombre de estatura mediana, no pasaba el metro con setenta y cinco centímetros y su panza cervecera mantenía abierta su camisa sucia. Traía un sombrero vaquero y botas del mismo tipo, sucias y raspadas. Su bigote negro y mal cortado hablaba de días sin atención personal. Estaba nervioso, nunca había pensado en las repercusiones de la prensa y el público en general cuando tomó la decisión de mandar a su gente a tomar el rancho del viejo, “a como diera lugar”.

—¡Viejo de mierda, qué gusto de hacerse matar, maldito sea! Ahora tengo a los federales mordiendo mis talones y a los jefes encabronados conmigo.

Tomó una Beretta 92 y apuntando con cuidado soltó cuatro rondas

seguidas. Todos aplaudieron, cuando cuatro botes vacíos de aluminio saltaron por los aires. Puso el seguro, la colocó nuevamente en la mesa de lámina y sonrió.

El soldado estaba tirado en el piso, mirando el cielo. Pensaba en su esposa y su hija recién nacida en el sur de Veracruz. No la había visto aún y ya tenía cuatro semanas de nacida. Concentrado en el paso de un satélite por el firmamento, la primera andanada le sorprendió. Inmediatamente se puso de pie y aguzó el oído. La segunda ronda le dio el rumbo, empezó a caminar entre el matorral espinoso, simplemente había cambiado el piquete de los mosquitos por el de espinas de mezquite, de todas maneras su entrenamiento respondía. Encontró de pronto una brecha en el monte y al trote la siguió, oyendo cada vez más cerca la descarga de las armas.

Tras correr unos tres kilómetros, el espejo del agua brilló ante sus ojos, reflejando la luna. A la derecha, como a kilómetro y medio, un par de luces agujereaba la noche. Se metió al monte, ahora más cauteloso, se fue acercando despacio con el oído alerta y la pistola 9 mm reglamentario en la mano. En cuestión de media hora, estaba situado a escasos cien metros del sitio; con sus pequeños binoculares observó, contó alrededor de treinta personas, algunas mujeres jóvenes y siete camionetas.

Una gran bodega de lámina brillaba, como el agua de la presa en la noche. Agazapado para evitar que algún brillo de la luz de la luna lo delatara, o lo localizara algún guardia escondido en los alrededores, sacó su radio e informó.

—Puesto tres, adelante don Tomás.

—Adelante tres. Don Tomás.

—Amigos de Padilla en coordenadas, anoten.

El helicóptero se elevó al amanecer de ese día de agosto a fines ya del mes, desde el campo militar de la séptima zona. Sus dos tripulantes, con tanque lleno y abastecido de cohetes y municiones, pronto estaban surcando a buena velocidad, los cielos que los separaban del rancho donde los esperaba el coronel. La adrenalina que explotaba ante la cercanía del combate,

provocaba en el personal una especie de euforia guerrera. Estaban entrenados, deseosos de saber qué podían hacer.

—¡Muchachos, se acabó la espera! Puesto tres tiene ubicados a los malnacidos que hicieron esto —dijo señalando el rancho acribillado—. Nuestra tarea es hacer justicia. Recuerden, algunas cosas justas pueden no ser legales, pero son más las cosas legales injustas. Son aproximadamente de treinta y cinco a cuarenta personas, entre ellas algunas putas que los abastecen de carne fresca. El Apache viene en camino, rodearemos con un perímetro de infantería la zona para cubrir cualquier intento de huida y el pájaro se encargará de la diversión mayor. Recuerden esto, no tenemos lugar para prisioneros. No hay necesidad de héroes, ellos no lo fueron, no quiero muertos ni heridos.

La tropa asintió, dispersándose para poner todo en su sitio y estar lista para la acción. El sol apareció mientras se empezaba a escuchar el sonido de los rotores del helicóptero. En cuestión de minutos este se posaba sobre el pasto frente a la casa. Las órdenes fueron claras.

—Tiene la ubicación, tiene las armas. Ustedes hagan el trabajo sucio, nosotros evitamos fugas y limpiamos después.

—¿Hay posibilidad de secuestrados o inocentes en el lugar señor?

—Hay asesinos y testigos nada más. ¿Me expliqué capitán?

—¡Claro, señor! —Se cuadró el piloto, deseoso de probar al fin su juguete nuevo.

Tras transportar a su gente a un sitio a quince kilómetros del lugar, les ordenó llegar a pie, sin dejarse ver por nadie. A paso de combate, sus hombres desaparecieron en la espesura del monte duro de la zona. Faltaban dos horas para iniciar el ataque. El coronel confiaba en ellos, en su entrenamiento y en su entrega.

Esteban estaba nervioso y ansioso. Una mezcla que lo ponía de mal humor. No podían dejar el lugar porque las carreteras estaban vigiladas con lupa por los federales y según sus informantes, habían llegado muchos soldados a la

zona en esos días. Él había estado en el ejército y sabía cómo funcionaban las cosas.

Uno de sus lugartenientes, el Chepo, le había aconsejado dejar ir a los pistoleros a su cargo, que se dispersaran en la zona y se vieran en alguna parte alejada de esa zona caliente. En principio le pareció buena idea, pero después pensó que sería demasiada suerte que nadie cayera en manos de los federales, y agarrar a uno era marcar la suerte de todos. Porque eso de que el ejército respetaba los derechos humanos y de que nadie hablaba era tan cierto como lo de los Reyes Magos. Decidió al fin esperar informes más fidedignos, tenía veinte halcones en la zona espionando el paso de cada camión, camioneta o Hummer de la tropa.

Aburrido y enojado mandó buscar una de las muchachas que habían reclutado hacía una semana en Victoria. Una morena de no más de veinte años y un cuerpo de modelo. Sus ojeras hablaban de noches interminables y abuso de alcohol, sin descontar algún pase de cocaína. Movía las caderas exageradamente y sus pechos resaltaban sobre su camisa blanca con dos botones superiores abiertos.

—¡Quítame el aburrimiento, prieta! Tienes buenos labios para lo que me estoy imaginando.

La muchacha cansada y somnolienta sabía quién era él. Sabía de sus gustos sádicos y también de sus jugosas propinas. Se hincó frente a Esteban y le desabrochó el cinto y el cierre de su pantalón. Comenzó a jugar con ese miembro que, por su olor, tenía días sin ver una ducha. Sin remilgos comenzó a excitarlo, apretándolo con sus labios hasta que lo vio listo. Mirando a los ojos a su patrón del momento, le daba vueltas a su glande con la lengua, en medio de abundante saliva. Él le sonrió y tomándola de los cabellos la empujó hasta el fondo, ahogándola momentáneamente; los ojos de la morena se llenaron de lágrimas y a punto estuvo de vomitar; sonrió al mal trance y continuó su tarea. Los hombres miraban y sonreían mientras ella atendía sin prejuicio alguno al jefe del grupo.

Difícilmente le pediría más que una felación sabiendo que en esos días sus muchachos se la habían recorrido uno por uno. Solo quería matar el tiempo y que le calmaran sus ímpetus de macho.

—¡Coronel, los muchachos están en posición!

—Dígale al Apache que empieza el juego. Son las cuatro de la tarde, han de estar a la sombra bien crudos, con estos cuarenta grados y la borrachera de anoche.

Sin cruzar palabra, el capitán despachó el helicóptero.

El sol calcinaba todo, tierra, plantas, animales y hombres. Los pistoleros, en su mayoría cansados y ahogados en cerveza, dormitaban donde sus cuerpos habían caído. El aire reverberaba en el horizonte, ni un ave se movía. El agua de la presa acariciada por un viento muy suave, apenas temblaba para quebrar el reflejo del sol abrasador.

“Solo animales entrenados como nosotros podemos andar a esta hora”, pensaba un soldado.

Todos estaban en un medio círculo, de poco más de cuatrocientos metros, rodeando la construcción que constaba de una bodega muy grande, una casa mediana y un cobertizo para herramienta pesada con techo sin paredes. La otra mitad del medio círculo de fuerzas especiales estaba formado por la presa, que rodeaba casi el sitio.

Con cartucho cortado y seguros puestos, aguardaban.

Cuando Esteban oyó los rotores, dio un empujón a la muchacha, que cayó de espaldas abriendo los ojos. Sus tetas se soltaron del sostén y brillaron al sol.

—¡Todos a las armas, vámonos de aquí! ¡Háganse cargo de las camionetas, pero ya, bola de putos! Son federales —gritó subiéndose sus pantalones.

Era demasiado tarde. Cuando alguien oye un Apache, siempre es demasiado tarde.

El capitán del aparato dio una pasada rasante sobre el sitio para que no hubiera dudas. Y se le disiparon todas cuando varios hombres armados dispararon en su dirección. Se elevó y giró en redondo mientras abajo parecía

que alguien había pateado un hormiguero. Una de las camionetas arrancó sacando polvo con sus llantas traseras y varios hombres se tiraron junto a sus armas, en la caja de la misma. El capitán levantó la cubierta de seguridad del gatillo en el timón y puso su dedo pulgar sobre el botón de disparo.

Cuando la camioneta recibió la andanada calibre 30 mm., se levantó del piso y volcó. Los demás hombres dejaron entonces los vehículos y corrieron a la bodega y la casa, mientras disparaban sin apuntar sus armas livianas contra el Apache. En su segunda vuelta un cohete estalló debajo de un camión cisterna viejo y descubrió entonces que lo usaban para guardar combustible. Al explotar la cisterna, varias camionetas cercanas ardieron en conjunto. Cuando daba la tercera vuelta, de la bodega salieron seis hombres con los brazos en alto y en fila india, que se hincaron frente a ésta.

El Apache enfiló hacia el sitio y descargó en medio de ellos otro cohete; algunas partes irreconocibles de carne colgaban del techo de la bodega. Aparte del ruido de los roto-res y los disparos de las ametralladoras y armas livianas de los sicarios, la tormenta de polvo levantada por las aspas impedían que pudieran ver bien y, por lo tanto, apuntar con precisión sus armas. La tierra amarilla se pegaba en sus cuerpos, que sudaban por el calor de la tarde y el miedo.

—¡El lanzacohetes, traigan el maldito lanzacohetes y tumben a ese maldito asesino de una vez!

Un muchacho valiente y audaz tomó el lanzacohetes y colocó una granada en su interior. Luego corrió afuera y se parapetó detrás de una de las dos camionetas sobrevi-

vientes. Apuntó el arma al helicóptero que volvía; sudaba copiosamente y sus manos temblaban visiblemente.

Cuando el Apache estuvo a quinientos metros quitó el seguro y alistó el disparador. Luego sintió un golpe en la espalda, y otro, y otro más. Miró hacia abajo y vio sangre correr por su pecho, cuando intentaba girar para ver a su asesino una última bala calibre .223 se llevó su cabeza.

Esteban sabía que estaba vencido, así que se cortó solo al fondo de la casa

y se perdió. La muchacha gritaba aterrorizada al ver volver al helicóptero sobre el campamento. Este destruyó con sus cañones las dos camionetas restantes y, cortadas las posibilidades de escape, achicó los círculos sobre su presa. Un cohete se estrelló en la puerta de la bodega, que pareció inflarse para después derrumbarse junto a media pared del frente. Como abejas toreadas salieron unos quince hombres armados y, rodilla a tierra, enfilaron sus armas hacia el ave mortífera. Desde diferentes puntos les llovieron balas. Tras dejar cuatro compañeros en el piso, corrieron a la casa y su aparente seguridad. Desde una colina a unos seiscientos metros, el coronel observaba todo. Cuando vio salir dos mujeres abrazadas con un trapo blanco en la mano de una de ellas sintió un ligero remordimiento; en pocos segundos estaban abrazadas, agonizando en el piso caliente y con la tierra levantada por las aspas del helicóptero, haciéndose lodo con su sangre.

A una orden del coronel, el círculo de GAFES se cerró. A la orilla del monte, vigilaban cada movimiento del lugar sin necesidad ya de binoculares. Nadie salía de la casa ni de la bodega, mientras suspendido en el aire, el Apache esperaba órdenes.

—¡Manténgase alerta, vamos a entrar!

Tras dar la orden el coronel se acercó al lugar en el Hummer. Las camionetas y el camión cisterna ardían aún y dentro de la casa se veía movimiento de personas. Auxiliado por un megáfono les invitó:

—¡Fuerzas Especiales del Ejército, suelten sus armas y salgan con las manos en la cabeza! O doy la orden de volar la casa completa.

Tras escasos diez segundos, una fila de hombres y mujeres jóvenes abandonó la casa, mientras otros salían de los restos de la bodega. Con cuidado, los soldados se fueron acercando. En grupos de tres revisaron a conciencia la bodega y la casa hasta dejarlas limpias de personas.

—Eran todos, coronel; hay al menos quince muertos, más estos veinte sobrevivientes.

El coronel comenzó a caminar frente a la doble fila de prisioneros. Una muchacha lloraba abiertamente. Se paró frente a ella.

—¿Quién es el jefe, muchacha?

—Ni idea, no lo conozco.

Abrió parsimoniosamente la tapa de su pistolera y sacó su arma. Estaba

cargada, quitó el seguro y apuntó a la frente. La nuca explotó hacia atrás bañando de sangre y sesos a los que ahí estaban. Pronto los orines escurrieron debajo del pantalón corto y aplacaron el polvo a su alrededor.

—Voy a preguntar nuevamente. ¿Quién es el jefe de ustedes?

Una muchacha morena levantó sus ojos; dos lágrimas escurrían entre el polvo amarillo.

—¿Se llama Esteban, no lo veo aquí!

—¿Lo conoces bien, muchacha?

—Estaba atendiéndolo cuando llegaron ustedes.

El coronel soltó una risa cristalina, falsa.

—La señorita puede conocer a Esteban por la verga, seguramente. Es lo que has de haber tenido en la boca cuando llegamos.

La muchacha empezó a llorar a grito abierto. Fastidiado del ruido y el polvo, el coronel ordenó al helicóptero bajar detrás de la casa. Por radio pidió un bulldozer.

—Bueno, se llama Esteban, y no está aquí. Tenemos rodeado esto desde hace horas; o sea, que está escondido por algún lado. ¿Quién me va a decir donde tiene su cueva la rata esa?

Nadie dijo nada. Hizo una seña a tres de sus hombres y entraron a la casa. El sol empezaba a inclinarse al poniente, eran casi las cinco de la tarde. Clavó la vista en el agua, mudo testigo de la rendición de cuentas. Pensaba en la vida, qué rápido se puede ir, y en su familia escondida por seguridad mientras esta guerra no terminara.

—Señor, no hay nadie, no hay escondite alguno ahí dentro.

El coronel se paró frente a un hombre gordo y barbón; él levantó la cabeza y escupió las botas de su captor; este sonrió y después la bota voló a regresar el escupitajo adonde había salido. El crujido de huesos fue brutal. El hombre cayó hacia atrás y la sangre brotó de su boca a borbotones mientras escupía varias piezas dentales. El coronel quitó el seguro de su pistola y preguntó al gordo:

—¿Esteban?

—¿Se está cogiendo a tu madre, pendejo!

La bala de punta sólida estalló dentro de la rodilla. El alarido fue casi animal.

—¿Esteban?

El gordo se retorció de dolor y rabia.

—¡Jódete a tu madre hijo de...!

La siguiente bala estalló ahora en la otra rodilla. Sus dos piernas quedaron apuntando a los lados en grotescos ángulos. El coronel se agachó al lado del hombre y muy suave mirando su rostro desencajado preguntó:

—¿Esteban?

El hombre tragó sangre y saliva y levantó un dedo mayor al coronel, cerrando el resto de la mano. Este metió la pistola en su boca... y apretó el gatillo.

La muchacha que atendía a Esteban soltó un grito, cayendo desmayada. Los demás hombres miraban el piso. El miedo se cortaba con un cuchillo. El ruido suave de los rotores sin aceleración era la música de fondo. Un muchacho, con los ojos arrasados por las lágrimas, se puso de pie.

—¡No nos mate, señor! Estamos aquí obligados; si no veníamos a apoyarlos nos mataban nuestras familias, ¿qué podemos hacer?

Caminó hasta el muchacho.

—¿De dónde eres?

—De Nuevo Laredo, señor.

Observándolo detenidamente, le quitó un mechón de pelo largo de la cara que se le pegaba por el sudor y la tierra.

—¿Has matado?

—Sí, señor.

—¿Qué sentiste?

—Nada señor, nos daban droga primero. No se siente nada.

—Te daban droga, ¿cuánto tienes aquí, trabajando para ellos?

—Un año, señor.

—Un año. En pocas palabras, ya no tienes recuperación. Eres drogadicto y asesino.

El muchacho arrancó a llorar. El coronel hizo una seña a uno de sus soldados. Una corta ráfaga arrancó al joven de su corta carrera delictiva.

—¿Se dan cuenta que cada vez quedan menos y que si no me dicen donde esta Esteban no quedará ninguno?

—El patrón es cinco veces más hombre que usted. ¡Él se faja solo con

pendejos como usted, coronel!

El hombrón que hablaba tenía la cabeza levantada.

—Vaya, vaya, al fin un hombre de verdad entre tanto hijo de su puta madre. ¿Cómo se llama usted, amigo?

—Jorge Luis, y no soy su amigo. Me gustan los hombres de verdad, que pelean sin esconderse en juguetes de guerra gringos.

—¿Hombres de verdad? ¿Como don Tomás? Ese sí era más hombre que tu patrón y yo juntos, imbécil. Ahora dime, cabrón. ¿Por qué mataron a ese hombre?

—No era la idea, pero nos recibió a balazos y mató a un primo de patrón; y este dio la orden de echárselo, y pos nos lo echamos.

—¿Cuántos iban?

—Doce.

—Doce contra un anciano, ¡hombres! ¡De verdad, qué huevos de cabrones! ¿Y eso presumes de tu pinche patrón, cobarde?

—¡Habla así porque no está presente!

—Hablo así porque quiero que me lo presentes, y como nadie dice dónde está tengo que asumir que es alguno de ustedes, incluso tal vez tú, Jorge Luis. Tú puedes ser ese tal Esteban, ese cobarde asesino de ancianos inocentes.

—Si fuera él, usted estaría muerto, coronel. Se mata antes que entregarse. ¡Esos son hombres!

—Hombres. Ustedes tienen un concepto de la hombría raro. Si está vivo está claro que los abandonó a todos. Si está muerto digan cuál de esos cuerpos es. Si es alguno de ustedes y nadie habla, todos ustedes estarán muertos.

El silencio se apoderó del lugar. El coronel entró a la casa seguido de uno de sus hombres. De una hielera tomó una cerveza helada y la abrió. Vació la mitad en su garganta y la dejó sobre una mesa. El techo era de placa de cemento, no había posibilidades de huir por ahí; revisó el piso paso a paso, golpeando con el tacón de su bota cada sección. Acercó su cabeza a la chimenea y pidió al soldado que mirara por el tiro hacia arriba, nada. En el baño no parecía haber modo de fuga alguno. Se acercó a la estufa de la cocina. La tomó por la parte de arriba y tiró de ella. Asomó su cabeza por atrás y vio el hueco.

—¡Tres hombres, rápido!

Arrancaron la estufa y el hueco quedó a la vista. Un hombre se dejó caer por él linterna en mano, pistola en la otra, y se perdió en el túnel. Afuera, el ruido de un motor llamó la atención. Llegaba un tráiler de los conocidos como cama baja, con un bulldozer color verde. Mientras hablaba con el chofer para descargar la maquinaria, el coronel vio aparecer al soldado que había entrado minutos antes en el túnel de la cocina.

—Señor, el túnel sale ciento cincuenta metros adelante, entre el monte. Tiene más de una hora que se peló. ¿Qué hacemos?

Pareció pensar un momento.

—Estará lejos a esta altura, avisen a las demás unidades que se escapó.

—¿Y los prisioneros, señor?

—¿Cuáles prisioneros?

Mientras volvía al interior de la casa y terminaba la cerveza, oyó la descarga de las armas de sus hombres.

Don Tomás podía ahora descansar en paz. El bulldozer empezaba las tareas de entierro de sicarios y putas que los atendían. Una página de la historia sucia contra el narcotráfico se cerraba en Tamaulipas.

III

Jadeando el hombre se detuvo junto a una cerca de púas. Estaba empapado en sudor y arañado por las espinas. El sol se había escondido debajo de la línea del horizonte hacía minutos y la noche extendía su cobija para alguien que huyera. Cruzó la alambrada y vio un bebedero de ganado; se acercó a él, hizo presión sobre la boya que mantenía cerrada la válvula y bebió el agua caliente como si fuera la más deliciosa de las cervezas.

—Saavedra, coronel Saavedra. Estás jodido, estás en mi lista, maldito.

Se sentó al lado del bebedero, donde se durmió hasta que un par de reses sedientas lo despertaron. Sus bufidos desconfiados y asustados hicieron que estuviese de pie en un santiamén. Tenía hambre y sed. La noche estaba cerrada y el calor inundaba el aire de mosquitos. Pero había librado una muy poco honorable muerte o, peor, una enloquecedora tortura antes de ser asesinado. Pensó en todo los problemas causados a raíz de la muerte del maldito viejo del rancho ese.

Todo por no hacer las cosas como se debía, negociando. Llegaron a la brava, envalentonados por el número. Confiados en eso, perdieron varios hombres y se vieron obligados a matar al viejo. De ahí para adelante sucedía una bronca tras otra. Ahora no tenía gente; había oído los disparos mientras huía y sabía por experiencia propia que no se dejaban testigos en esos casos. Ninguno.

—Hasta la morena ha de haber pagado con su pellejo, ¡pobrecita!

Descansado ya esperó el amanecer, conocía la zona; caminar de noche sin luz era tropezar con nopales, arbustos espinosos y alguna cerca, así que esperaba la luz del día.

Su rabia aumentaba al verse solo. Ahora lo buscaba el coronel, y también los grupos contrarios. Enterados de que había perdido toda su gente, lo buscarían encarnizadamente, como él había seguido y matado a sus enemigos. Las rutas del narcotráfico eran duras de mantener; además se habían metido en el negocio de “bienes raíces”. Dicho negocio consistía en amenazar a los

dueños de los ranchos, llevándolos a punta de pistola o manteniendo amenazada a su familia ante la presencia de un notario. Y entonces pasar las tierras de su legítimo dueño a su organización; muchas veces con un simple apretón de manos en forma de pago. En el círculo notarial de esa zona se contaban anécdotas de gente vieja que lloraba mientras firmaban escrituras. Los notarios nada podían hacer, firmar llorando o sonriendo era lo mismo, una firma válida.

Al amanecer el día dio una vuelta sobre sus talones, vio a lo lejos una casa blanca en medio de la nada y hacia ella encaminó sus pasos. Tras caminar poco más de una hora llegó al frente de la misma, donde un niño de unos cuatro años jugaba en un destartado triciclo. Corrió gritando al verlo y una señora salió corriendo, secando sus manos en un delantal sucio. Abrazó a su hijo y entró corriendo a la casa.

Esteban se acercó y saludó.

—No se asuste, señora. Se quedó mi camioneta en el monte y me perdí anoche; solo quiero agua y algo de comer. Le puedo pagar.

La mujer, después de verlo a través de los vidrios de la ventana le abrió la puerta.

—Mi señor anda con la vacas, dígame a él primero.

—¿En los corrales?

—Sí, allá detrás de los corrales.

Se acercó y vio al hombre, de no más de treinta años, amarrando una vaquilla.

—Amigo, necesito me preste su camioneta.

—Está vieja, da mucha lata y casi no tiene gasolina. Si quiere, lo llevo adonde vaya.

Esteban estiró la mano y cuando el hombre la apretó tímidamente, lo arrastró hacia él.

—¿Dónde tienes las llaves, cabrón?

El lugareño, metiendo sus manos en un bolsillo del pantalón de mezclilla se las entregó al hombre.

Este le miró a los ojos, y después de tomar su nuca con la mano izquierda sepultó en su corazón la hoja de una navaja plegable con su otra mano. Tomando las llaves encendió después de tres intentos la vieja Chevrolet y

arrancó rumbo a la carretera.

—¿Qué piensa de esto, coronel?

—Es él, señor.

—Lo quiero... vivo o muerto.

—Creo que puedo hacerlo, señor.

—¿Cree que puede? ¿A qué se debe esa creencia suya?

—A que tengo un cebo que lo atraerá, general.

—¿No sabe su apellido ni su nombre real y tiene un cebo? ¿Conoce algún familiar de ese ilustre desconocido, acaso?

El coronel puso sus dos manos sobre el escritorio de su superior antes de contestar. Le miraba a los ojos.

—Me quiere a mí, señor. Destruimos su poderío, está vulnerable ahora, tiene miedo no solo a nosotros, tiene miedo a los otros cárteles.

El general se arrellanó en su sillón.

—Tal vez no esté tan mal pensado. ¿Cuál es el plan?

—Usted sabe que mi familia está a resguardo del ejército. Mi idea es hacer correr la noticia de que está viviendo con los parientes que tengo en Sonora, y obligarlo a ir por ellos.

—¿Luego?

—Algo se me ocurrirá, déjelo por mi cuenta.

—Con cuidado. Es una cabeza importante, y esos no llegan a esos niveles ni por piadosos ni por pendejos.

—Claro, señor.

—Bien, tenga suerte y manténgame informado.

—¡Sí, señor!

Abandonó la oficina.

Caminando por el pasillo rumbo a su barraca no dejaba de pensar en que tenía ahora un perro de pelea pegado a los tobillos. En su trabajo, esto no era de llamar la atención, pues se hacen enemigos siempre cuando se dispone de la vida de la gente; este caso era personal, no con cualquier asesino de barriada, sino con uno que había escalado entre el narco y para eso se

necesitaban arrestos.

El coronel era amante, como buen soldado, de la pelea. Pelea de frente, limpia. Sin traiciones o sin abusar de gente inocente; pero este hombre debía muchas ya, lo de don

Tomás fue para él el comienzo de una situación que ahora estaba completamente fuera de control. Sabía que si Esteban no hubiera matado a ese ranchero, la ley no lo perseguiría con tanta saña; incluso sus propios jefes lo considerarían ahora un peligro para la organización. Y si bien no iban a entregarlo, tampoco estaban dispuestos a atravesarse por él. Si algo le faltaba para que su rabia llegara a la cima era que alguien lo dejara solo con su alma. Primero debía ubicar familiares suyos en Sonora, tal cual había dicho a su superior, luego buscar la forma de acercar a la zona personal entrenado para este tipo de cosas, especializados en infiltraciones sobre todo. No era sencillo, pero se podía hacer; y, a pesar de que se hiciera bien, todavía quedaba el riesgo de que el pez no mordiera el anzuelo. Siempre pensaba que no intentar algo no era una opción. Lo pensaría a detalle, lo organizaría bien, esperaba buenos resultados al final. Era una cacería humana. De acuerdo a las circunstancias, a la rabia que sentía Esteban hacia él y el deseo del coronel por vengar al viejo iba a convertirse en una guerra personal.

“Cada mañana, en África se despierta una gacela.

Sabe que tiene que correr más rápido que el león más veloz si no quiere que este la atrape.

Cada mañana se despierta un león.

Sabe que tiene que ganar a la gacela más lenta si no quiere morir de hambre.

Da igual que seas león o gacela.

Cuando salga el sol, más te vale empezar a correr.”

Sin recordar exactamente de dónde había sacado esa frase, se imaginaba a él y a su perseguido corriendo a uno tras el otro, sin estar definida en cuestión quien era la gacela o el león. No pudo evitar pensar que tenía un enemigo en las sombras, sin nombre y sin rostro, el peor de los enemigos. Cuando llegó a

la barraca el capitán lo esperaba.

—¿Cómo le fue con el general, coronel?

—Esteban mató un campesino hoy en la mañana para robarle su camioneta. Encontraron el vehículo a sesenta kilómetros sobre la carretera a Victoria.

—Honestamente, creo que buscará venganza en usted, señor.

—Eso espero. Es la única forma de atraparlo, con un buen cebo.

—Lo peor es no saber con quién tratamos. Podemos estar hablando con él en un retén y dejarlo pasar. Necesitamos su filiación.

—Sí, pero los muertos no hablan, capitán. Como vio en el operativo, nadie abrió la boca. Eso habla de ser despiadado con los traidores.

—La policía lo cuida, señor. Es cosa sabida.

—Si por mi fuera, esa bola de cabrones eran pasados por las armas. Son cobardes y traidores a la patria.

—Con el debido respeto, cuando están protegidos por sus alcaldes y hasta por algunos gobernadores, esto se hace muy difícil.

—Ya ves el gobernador de Nuevo León. Su familia viviendo en el extranjero, el yendo y viniendo en su helicóptero a verlos ¿Así como inspira confianza? Y eso ni hablar de la corrupción en su gobierno; a decir de la clase empresarial es el más corrupto en muchos años.

—Tal vez a este país debieran gobernarlo militares un tiempo, hacer limpieza y luego soltarlo otra vez a los civiles.

—Capitán, los americanos nos invadirían al otro día.

Los gobiernos civiles han sido títeres de ellos por décadas, ¿por qué cambiar eso? Aparte, honestamente, cuando los militares tomaron el poder con anterioridad, no fueron buenos gobernantes. Los soldados nacen para mandar o ser mandados, no para gobernar.

—Puede ser, ¿pero por qué nosotros siempre tenemos que hacer el trabajo sucio?

—Porque fuimos entrenados para eso, capitán. Porque es nuestro trabajo.

—¡Sí, señor!

La noche encontró al coronel viendo el techo. Pensaba en su esposa y dos

hijos, a buen recaudo. Presos de alguna manera de los riesgos de su trabajo. Al final se durmió.

Al toque de diana, otro caluroso día se anunciaba en las noticias y en el aire seco de la séptima zona militar. El coronel tenía un plan, tan secreto como personal; había llegado incluso a pensar que era producto del miedo de traer un peligro desconocido sobre los hombros.

Se sentó en el Hummer al frente y dio la orden de arrancar. Los cuatro vehículos, dos de ellos artillados, salieron de la ciudad por la carretera nacional. Tras un poco más de dos horas y media de marcha estaban en el poblado de Padilla. Bajó la tropa en actitud relajada, sin dejar de vigilar, recorrieron calles y negocios a pie. En una hora estaban de vuelta con el coronel.

—Señor —dijo el capitán—, solo tres negocios tienen cámaras. Dos de ellos nos darán los discos mañana, el otro no graba.

—Bien, ¿alguien sabe quién es Esteban?

—Nadie habla, señor. Tienen miedo.

—Bola de maricones, no tienen miedo de agarrar su dinero para espiarnos, pero lo tienen para decir quién puta es ese cabrón.

Un alboroto detrás de uno de los carros alertó a todos. Un par de soldados traían casi en vilo a un joven de poco más de veinte años.

—Señor, estaba escondido en la copa de aquel árbol grande al lado del puente. Trae una cámara de vídeo.

El coronel apretó el botón de encendido y luego regresó la cinta. La vio cinco minutos y sonrió.

—Échenlo atrás, vámonos al rancho de don Tomás.

Sin mayores cuidados el joven fue subido y esposado a uno de los asientos traseros. En absoluto silencio, el convoy llegó al rancho y nuevamente montaron campamento en sus patios. Había pasado mediodía apenas, el calor era asfixiante.

—Que descanse y coma la tropa, capitán. Tráigame a ese muchacho adentro y déjeme solo con él.

El oficial lo miró extrañado, pero discutir no era una buena idea. Arrastrando al muchacho, dos GAFES lo pusieron en la sala, hincado en el suelo y esposado a su espalda. Salieron.

El coronel se sentó frente a él en un sofá sucio de tierra y con restos de vidrios en las uniones de los almohadones.

Haciendo un innecesario y ruidoso movimiento sacó su pistola y sonrió al ver el temblor en el cuerpo del prisionero.

—¿Nombre?

—José Santiago.

—¿Edad?

—Veintidós años.

—¿A qué te dedicas?

—A las huertas, recogemos naranjas para vender.

El coronel se puso de pie nuevamente y dio una vuelta caminando alrededor de José Santiago; se sentía el gato jugando con un ratón indefenso. Era un juego psicológico practicado muchas veces antes.

—¿Quién te pidió la grabación?

—Nadie, me gusta grabar cosas.

El coronel se detuvo al lado derecho del joven y tomando violentamente sus cabellos largos con su mano izquierda levantó su cara al cielo.

—No me ayuda mi cara, pero pendejo no estoy. Has grabado solo a mis tropas, y especialmente a mí, durante más de cinco minutos. Si aprecias tu piel sin agujeros, dime, ¿quién te pidió la grabación?

—Le dije la verdad. Lo juro.

La bota entró en la espalda, debajo de las costillas. José gritó de dolor y el olor a orines inundó la sala. Con sus rodillas en el estómago, y en posición fetal, tomaba aire y gemía.

—¿Para quién grabas?

Hizo la pregunta y se sentó en el sillón. El joven aspiró aire y enderezó un poco las piernas. Una mancha oscura en su entrepierna delataba su vejiga vacía.

—Si le digo, me matarán.

—Si no lo haces, te mataré. ¿Ves la diferencia?

—Usted es la ley, no puede matarme. Es ilegal.

—Sé que no debo matarte, pero de eso a no poder hay un largo trecho. Cuando los gusanos anden entre tus ojos haciéndote cosquillas háblale a la CNDH.

El muchacho levantó su mirada, clavó los ojos negros en el rostro del coronel.

—Lo van a matar, coronel, eso es todo lo que sé. Ahora veo por qué.

—Tú no lo vas a ver, amigo, salvo me digas quién te pidió el video. Y te queda poco tiempo para hacerlo, ya sé dónde vive tu familia; puedo mandar por ella ahora mismo, para cuando caiga el sol estará reducida a la mitad.

El muchacho empezó a sollozar.

—Bueno, bueno, se quebró el hombre.

Lo tomó de los hombros y lo hincó nuevamente. Se paró frente a él y cortó cartucho con su pistola.

—¡Señor, por favor! No me mate.

—En realidad, no quiero. Ni gastar una bala que no vales, ni ensuciar este lugar más de lo que está, ni mandar a cansar a mis hombres haciendo un pozo para enterrarte en el campo. Depende de ti.

Aspiró aire, sorbiendo unos mocos antes de hablar.

—La cámara me la dio el señor de la tienda “El Camarón Rojo”. Me dijo que me daría doscientos pesos si filmaba las tropas que llegaran a Padilla. Que el patrón lo agradecería.

—¿Cuándo te dieron la orden y la cámara?

—Hace dos días.

El coronel salió de la casa y regresó en cinco minutos.

—¿Tienes sed?

—Sí señor.

Con cuidado el coronel vació una cerveza en la boca del joven, que escurrió en gran parte al pecho sudado. Por doscientos pesos miserables ese joven se arriesgaba a perder la vida. No podía dejar de impresionarle el nivel de pobreza de la gente; era duro, era soldado, pero era un ser humano. Se dejó caer en el sillón hasta que el muchacho le suplicó lo acostara, que el dolor de sus rodillas era insoportable.

—Acuéstate, tírate de lado.

El golpe del cuerpo en el suelo levantó polvo del piso. Pasó poco más de una hora, a media tarde ingresó un par de Hummer al lugar. Arrastrando a un hombre de unos cincuenta años aparecieron dos soldados.

—Buenas tardes, señor Miguel. Hubiera querido conocerle en otras

circunstancias. La verdad, traigo algo de prisa.

Miguel miró al joven esposado en el suelo y no pudo evitar un estremecimiento.

—¿Quién le pidió que filmara a mi gente y especialmente a mí?

—¿De qué habla?

A una seña, una culata de M—16 se hundió en el costado del hombre. Se dobló un poco y, sin quejarse, tomó aire nuevamente.

—Maldición. Usted no puede hacer esto.

—Otro equivocado. Van dos.

—No sé qué le diría José, no estoy involucrado en este lío.

Otra seña y la culata lo golpeó más duro. Se tambaleó un poco, pero se mantuvo erguido.

—Hasta que me diga la verdad termina esto.

—Cuando salga de aquí voy a acusarlo.

—Optimista. ¿Piensa salir de aquí caminando acaso?

Miguel sintió reseca la boca.

—De que me mate usted a que lo hagan ellos, ¿Cuál es la diferencia?

—No sé. Al menos tiene una oportunidad si habla ahora. De lo contrario estará viviendo sus últimos minutos de vida.

—Hagamos un trato.

—Usted dirá.

—Yo le doy el nombre del que busca, usted dirá que este pendejo le dijo quién era. Yo tengo familia e hijos, no quiero morir. Me matarán si se enteran de que los hundí.

El coronel se sentó en el sillón, sus dos muchachos se alejaron un paso atrás.

—Usted busca a Esteban y él lo busca a usted. Usted mató a su gente. Entre ellos a un sobrino al que apreciaba mucho. Anda buscando información de su familia, por eso quiere videos y fotos tuyas, coronel.

—Pobre tipo, ¿cómo dijo se llamaba? Esteban. Sí, claro, Esteban. ¿Su apellido?

—Treviño, señor. Es nacido en Nuevo Laredo, dicen.

—Esteban Treviño, de Nuevo Laredo. ¿Cuánto le pagó por el video?

—Diez mil pesos.

—¿Y le dio doscientos al que filmaba? Qué basura.

—Bueno, es que... usted sabe, coronel, cómo es esto.

—Si lo sé; abusivos contra abusados. Lo de siempre.

Vamos a hacer un trato los tres. José se va diciendo que hizo su trabajo y que no pudimos sacarle información; usted dirá que me dijo el nombre pero no el apellido y que también fue golpeado. Si algo les sucede sabré quién fue, y los vengaré cuando lo encuentre.

—¿Cuándo lo encuentre? No nos creerá que no dijimos nada.

—Miguel, me voy una semana a Sonora en un mes, a ver a mi familia. No quiero que nada evite ese viaje, así que si sobrevives ese mes estarás libre, pues voy a buscar a Esteban regresando de Hermosillo, ¿de acuerdo? Ahora somos socios tú y yo. ¿Te queda claro?

—Sí, señor. Tengo miedo.

—Ah, se me olvidaba. Dale cinco mil pesos a José al llegar al pueblo o personalmente le diré a Esteban quién lo entregó.

Los dos soldados soltaron a ambos y los sacaron del cuarto. Entró el capitán.

—Los van a matar, coronel.

—Lo sé. Pero antes les dirán a sus asesinos que voy a Hermosillo en un mes más, a ver a mi familia.

—Esta guerra apesta.

—Somos soldados, obedecemos órdenes.

—Sí, señor.

El ruido de los motores con sus ex prisioneros retumbó en el atardecer.

IV

Esteban y dos hombres viajaban separados en el autobús. Conseguir papeles falsos en México era como comprar leche en el mercado. En una semana tenía nueva identidad y ni el más escudriñador de los federales hubiera conseguido notar la diferencia entre legal e ilegal. Cuando los federales revisaron el autobús en un retén, se hizo el adormilado y entregó sus

papeles entre sonrisas amables. Nadie fue bajado de la unidad. El autobús Del Norte, con dirección a Victoria, siguió la ruta. Se detuvo en Padilla en la madrugada, donde tres hombres descendieron con una pequeña maleta cada uno y se perdieron en la noche.

A los habitantes les extrañó mucho, a la mañana siguiente, que don Miguel no abriera su negocio. Alguien fue a su casa y lo encontró amarrado a una silla, con quemaduras de cigarro en su pecho y su rostro, además de dos pinzas con cables de cobre conectadas a sus testículos. Un pequeño agujero en la sien indicaba por dónde había salido su vida. A su lado estaba José, degollado.

—¿No será una trampa? Ese coronel no tiene nada de tonto.

—Investiga si hay apellidos Saavedra en Hermosillo y busca sus teléfonos —contestó Esteban mientras manejaba la vieja camioneta de Miguel rumbo a Soto la Marina.

En ese pueblo quería conectar gente, rehacer un grupo fuerte y de confianza. Se sentía vulnerable, con dos hombres casi desconocidos aunque entrones. Su sobrino Alejandro había sido asesinado por el coronel, ese dolor le bloqueaba la mente a veces, debía calmarse. Si se enojaba sería presa fácil; él quería ser el depredador. Mientras conducía en la madrugada, su hombre manejaba una computadora portátil.

—Mañana en la mañana sabremos si hay familiares en la ciudad y sus teléfonos.

—Bien. Asegúrense de que lo conozcan.

—Coronel, el operativo está listo en Hermosillo.

—Atentos a los teléfonos.

—Sí, señor. Una pregunta, ¿por qué hasta allá?

—Porque acá cerca no lo hubiera creído, y conozco muy bien Hermosillo.

—Bien, le informaremos si alguien llama o se ven movimientos sospechosos.

—Gracias. Debe moverse en estos días, enseguida se ha de haber enterado de lo de Miguel y el tal José.

—Por supuesto. ¿Qué hacemos?

—Esperar.

Francisco Saavedra se acordaba de su juventud, cuando su padre lo ponía a recoger aguacates en la hacienda a la par de los peones.

Decía que para conocer el negocio había que entenderlo desde abajo. Se enojaba mucho cuando su hijo, para esa sazón de catorce años, prefería jugar al tiro al blanco con un rifle de postas, un Mendoza viejito. Cuando dejó la secundaria fue el momento de encarar a su padre, decirle que estaba decidido a hacer la carrera de las armas por sobre todas las cosas.

Contra toda suposición, su padre solo le deseó buena suerte y le dijo que un hombre debe buscar su propio destino, que sabía de antemano que la hacienda lo esperaba. Nunca volvió a la hacienda hasta obtener el grado de sargento. Sabía que tenía derecho a su parte en la misma; sus dos hermanos la trabajaban y, según ellos, su parte se depositaba en una cuenta bancaria. A pesar de que su trabajo los mantenía distanciados eran buenos hermanos.

En vacaciones había ido un par de veces a verlos, o cuando había estado acuartelado en la región también se daba sus vueltas, pero lo suyo eran las armas. Su pasión, su tierra; su México. Aunque renegaba como todos de la clase política tan corrupta que los gobernaba, cuando recibía una orden la cumplía a cabalidad. Ahora, esperando una señal de alguna parte, sabía que en ese preciso momento, en quien sabe dónde, alguien pensaba en él. Y no con buenas intenciones.

—Coronel.

—Adelante.

—Coronel —repitió un soldado dando una hoja a su superior.

Este la leyó, la arrugó en sus manos y se puso de pie tomando su gorro de una mesa pequeña.

—Lista la tropa en quince minutos.

El convoy llegó a Padilla en dos horas y media.

—¿Cómo fue?

—Torturados, coronel, y muertos como advertencia.

El ministerio público adscrito a la zona, un moreno regordete y bajo de estatura, había hecho lo suyo; los encargados del servicio médico forense se llevaban a Miguel y a José en bolsa negras de hule. El coronel sabía también que los ministerios públicos, e incluso jueces, estaban comprados,

amenazados o simplemente a las órdenes de los cárteles de la droga. Pero necesitaba información. Todo había sucedido en la madrugada. Ahora, a mediodía, Esteban andaría lejos del sitio. Pensó en su gente en Sonora. Dio órdenes para que no bajaran la guardia. Moverse rápido en este país no era nada difícil. Ahora le nacía otra duda. ¿Esteban haría personalmente el trabajo de ir por él o mandaría sicarios? Era obvio que ambos tenían una fecha y una dirección a la que llegar juntos. El coronel habló con el ministerio antes de que abandonara la escena del crimen.

—¿Algún testigo vio algo?

El hombre lo miró y encogió sus hombros.

—Si vieron, no lo dirán a nadie. Téngalo por seguro, coronel.

Lo de siempre. La gente quiere que la autoridad los proteja; la autoridad hace acto de presencia y busca información. Nadie ve nada, nadie oye nada, nadie se involucra; reina el miedo.

—¿Sabe una cosa, licenciado? Quiero agarrar a ese hombre antes de que se nos pele y antes de mi próxima licencia en mi tierra.

—¿De dónde es usted?

—Hermosillo, Sonora. Hace tres años que no veo a mi familia. Ojalá y pudiera agarrar al tal Esteban ese, para irme a gusto.

—Este hombre es malo, coronel. Le podría contar cosas que ha hecho que harían palidecer al mismísimo Jack el Destripador.

—Cuénteme, licenciado. Cuanto más sepa de él, más fácil será su captura.

El abogado miró a su alrededor, se pegó a la pared antes de hablar en voz baja.

—El captura a sus enemigos, los pone amarrados en un tambo de doscientos litros de metal y le echa agua después. Entonces les prende fuego alrededor, coronel. Les va sacando información a cambio de soltarlos, cosa que jamás hace. Los cocina vivos.

—Bueno, entonces ha de tener muchos enemigos.

—Se dice que hay quienes dan buena suma por su cabeza. Esto no es oficial.

—Bueno, estaré una semana en mi tierra y volveré por este maldito chacal.

—Que le vaya bien. Cuídese.

El licenciado se subió a una camioneta verde y partió de regreso a

Victoria. Su trabajo en ese lugar estaba terminado.

—Señor.

Cuando volteó a ver a su subalterno, Francisco Saavedra vio dos letras escritas con la sangre de las víctimas en la puerta del patio de la casa donde se habían cometido los crímenes: F S.

—Gracias licenciado, lo tendré en cuenta. No se preocupe, primero el pez en la red y después usted tendrá lo que tanto le gusta.

Esteban cortó la llamada con el ministerio público y sonrió. Podía ser una trampa, claro que sí; fuese una trampa o un simple exceso de confianza, no perdería la oportunidad de echarle el guante a su enemigo. Su red de informantes era tan vasta como el territorio. A fuerza de amenazas hechas y otras cumplidas se hacía respetar a su modo. Este abogado en particular era afecto a las muchachas hermosas, muy jóvenes y en dúos o tríos. Y Esteban no permitía que sufriera de deseos incumplidos.

A cambio recibía valiosa información. Estaban ahora en Victoria, en una casa de seguridad con sus dos compañeros de tarea y esperando otras dos personas bien “recomendadas”. Le molestaba el tener que confiar en gente que trabajaba solamente por dinero, pero no tenía más opciones por ahora. Todos sus amigos y su sobrino yacían enterrados cerca de la presa Las Adjuntas. Hervía de rabia cada vez que lo recordaba.

Esa noche, faltando dos horas para la medianoche, recibió una llamada y se puso de pie para abrir la puerta del frente de la pequeña casa. Un carro se estacionó momentáneamente y dos personas corrieron al interior con bolsos en sus manos. Esteban miró alrededor y después cerró la puerta. Volteó al interior y encendió la luz, tras cerrar la puerta con llave.

—¿Qué diablos...?

Los recién llegados estaban de pie frente a él; un hombre muy joven, rondando los veinte años y una mujer alta, delgada y de mirada fría como el hielo. A ella le calculó unos veinticinco o veintiséis.

—¿Qué le sorprende, patrón? ¿Nunca ha visto una mujer armada, acaso?

—Bueno, he tenido mujeres a cargo. Se supone que ustedes son buenos en lo que hacen ¿no?

—Pero soy mujer, eso quiere decir.

—Está bien, el trato está hecho y espero que ambos den el kilo, por su

propio bien.

Esteban recuperaba su compostura, volvía el jefe duro, calculador, retador.

—Aníbal, muéstrales sus habitaciones. Dejen sus cosas y repórtense en media hora. Hay muchas cosas que planear.

Sin poder dejar de mirar las redondas nalgas al final de las largas piernas, Esteban metió sus manos en los bolsillos del pantalón, luego se paró en puntas de pie y se dejó caer nuevamente, sonriendo.

—Vaya tipa.

Cenaron hablando de su siguiente trabajo.

—Quiero que me mantengan informado siempre, de dónde anda este hijo de su puta madre, con quien va y cuanto se tarda con cada uno. Es un coronel que sabe lo que hace y que estoy seguro, a esta altura, me está tendiendo una cama para que me acueste solo. Sus planes no saldrán esta vez.

—¿Más datos del tipo ese? —preguntó Diana.

—Alto, físicamente fuerte, bien entrenado, poco más de cuarenta años. Hijo de padres ricos en algún estado de la tierra caliente y casado con una mujer de la capital que, suponemos tiene resguardada en una casa de parientes en Hermosillo, Sonora.

—¿Supone?

—Sí, Diana, supongo. Estamos buscando la confirmación.

La muchacha se echó un medio taco de carne a la boca y sonrió. Sería una asesina, aunque como mujer era un excelente ejemplar. Mientras pensaba en esto, Esteban encaró al amigo de Diana, César.

—Me dicen que eres experto en asaltos nocturnos. ¿En qué trabajabas antes?

—Kaibil.

—Buen currículum.

Los kaibiles son un cuerpo de élite en Guatemala. A la altura de las Fuerzas Especiales mexicanas pero, según ellos, mucho más feroces. Entre su entrenamiento se contaba que tenían que entrar a la selva por treinta días armados con un cuchillo y un perro; salir vivos a los treinta días, matar a su perro y comerlo. Se dice fácil, pero es una prueba de supervivencia, valor y ausencia de sentimientos.

—La información dice que el coronel va a ir pronto a visitar a sus

parientes a su tierra. Será el momento de verlo con poca gente y vulnerable.

—¿Cómo se enteró de eso?

—Diana, eso no se dice. Quienes lo dijeron estaban muriendo.

—Los mismos viejos métodos de siempre.

—Están bajo mi mando. Espero que sepan su lugar, ambos.

Sonriendo, la muchacha se puso de pie y tomando su plato, lo depositó en la cocina.

—Deberías lavar los platos, eres mujer —dijo César.

—Deberías cuidar tu lengua, ya hace más de dos semanas que no opero una.

Su amigo sonrió y se acomodó en la silla. Sabía de la habilidad de la joven con un cuchillo corto de hoja afiladísima, que cortaba las lenguas casi desde el nacimiento.

—Coronel. Llamaron.

Se puso de pie, mientras preguntaba.

—¿Detalles?

—Alguien preguntó si ahí vivía la familia Saavedra. Era para el envío de una papelería para el coronel , ya que usted había dado la orden de dejarla allí, porque pronto estarían de visita.

—¿La gente?

—Primero dijeron sí; después que no conocían ningún coronel en la familia; que si alguien iba se los entregarían.

—Bien. Empieza la cacería. Faltan dos semanas para mi supuesto viaje. Hay que afinar detalles.

Poner una trampa a alguien que seguramente sabía que lo dirigían a una no era tarea sencilla. Pero era su trabajo cubrir todos los flancos posibles. La casa en cuestión había sido bien elegida. En medio de dos casas que compartían paredes, con un pequeño patio y una única puerta, y otra puerta al frente que daba a la calle. La casa era antigua y amplia. Detrás de ella una torre de gobierno de cuatro pisos daba una atalaya perfecta para un francotirador, con un tiro fácil de ochenta metros. Al frente, casas en hilera,

sin mayores ventajas tácticas; desde cualquier punto de la ciudad, de fácil acceso y facilidades para huir. La duda del coronel persistía. ¿Iría él o lo mandarían asesinar?

Llamó al capitán Ismael.

—Capitán, que un grupo de hombres haga correr un rumor. Digan que el coronel sabe que Esteban tiene un contrato con su cabeza de por medio; pero que sabe que pagará por él pues es demasiado cobarde para hacerlo por sí mismo.

—Señor, está jugando con fuego.

—De eso se trata el juego, jugar con fuego. El que juegue mejor sus cartas no se quemará.

—Coronel, no todos tienen su misma forma de ver la valentía ni el honor.

El coronel miró dos segundos al capitán antes de soltarle.

—En el peor de los casos conoceremos de que está hecho este hombre, capitán; y entonces sabremos a qué atenernos.

El capitán se cuadró y desapareció.

—¿Qué tan bueno es el patrón para pagar información?

Su compañero, sin dejar de sacarse mugre de debajo de las uñas de uno de sus pies con la punta de una bayoneta, volteó a ver primero sus hermosas piernas, luego sus helados ojos.

—¿Qué tipo de información?

—Primera clase, todo lo que ofrezco es primera clase. He hecho algunas llamadas a amigos míos en el sur. Si es verdadera vale mucho bien usada.

De regreso a su tarea, los ojos del hombre se posaron en las piernas. Por un momento pensó que ella tenía razón, era primera clase todo lo que ofrecía. Siguieron ambos en su nada que hacer. Cuando él terminó su tarea de acicalamiento se puso de pie.

—¿Quieres hablar con él?

—Quiero venderle algo... es caro.

—Vamos.

Caminaron juntos, viendo ella todo desde quince centímetros más arriba.

Después de recorrer algunos pasillos tocaron en una puerta de sólida madera oscura.

—Adelante.

Esteban estaba sentado frente a un escritorio. No levantó la vista cuando la pareja se acomodó, sin invitación de por medio, en el sofá de piel frente a él. El silencio se mantuvo, interrumpido solo por algunos golpecitos del jefe en una calculadora de cinco dólares. Cuando pareció terminar su concienzuda tarea cerró la libreta, apagó el pequeño aparato electrónico y los encaró.

—Bien, ha de ser importante por sus rostros.

La mujer se puso de pie, colocó sus manos sobre el vidrio que cubría el escritorio y miró a Esteban fijamente a los ojos.

—Jefe, usted sabe que están poniendo una cama. Si no se pone buzo, lo van a acostar; tal vez para siempre.

—Una cama tendida no garantiza quién se acuesta.

—No, lo sé muy bien. ¿Pero qué tal si mientras la cama espera tendida usted acuesta en otra a quien le duela al coronel ese?

El jefe clavó sus ojos en los de ella, luego los bajó al escote y después se arrellanó en su sillón.

—¿Qué tienes?

—Una carta maestra, para causar dolor al coronel.

—Cara. ¿Qué tan cara puede ser?

—Quinientos mil dólares.

Esteban miró al hombre sentado en el sofá que, a juzgar por su reacción, no tenía idea de qué hablaba su compañera.

—Demasiado dinero.

—Es que es demasiado buena la información.

—Desembucha. Si lo vale te lo pago.

—Coronel, faltan tres días para empezar el sitio a la casa, ¿alguna orden especial?

—No, capitán. Tiene los mejores hombres, sabe qué hacer, hágalo bien.

—Sí, señor.

Cuando el subalterno abandonó la habitación, algo en su interior se movió, una pequeña alarma, una intuición. Pero al no poder ubicarla enseguida en rango de peligro la descartó rápidamente. No sería fácil, dedujo. Si no era Esteban, alguno de sus mejores hombres pagaría caro el intento de asesinarlo. No tenía miedo a morir, si la causa valía la pena. Morir por morir no estaba en sus planes; era un militar de carrera, con experiencia y un récord de trabajo limpio impecable.

La cacería empezaba.

VI

Diana guardó los dólares en su maleta negra de tela con alusiones bordadas a máquina de un equipo de fútbol. Luego hizo una seña a César, ambos salieron de la habitación del jefe. Afuera de la casa montaron una camioneta *pick up* de doble cabina en color vino y partieron sin decir nada a nadie. Una buena parte de esa lana iría a parar a una cuenta a nombre de su madre, que vivía en Guadalajara y se encargaba de cuidar y educar a su hija. Diana era madre, y el primer hombre que había matado en su vida era el padre de esa niña, que tanto amaba ella.

César era su primo, siempre habían sido amigos y la cubrió cuando ella asesinó a su esposo, ayudándole después a enterrar su cuerpo en el monte cercano a la casa. Sin rastros, sin cuerpo, no había delito. Tenían la misma sangre, un pacto de sangre ajena los unía para siempre. A los veinte años, Diana, dos años menor que su primo, empezó a pasar pequeños cargamentos en la frontera en un Volkswagen sedán viejo; su belleza y su buen decir le abrían siempre las fronteras. Un día su suerte se topó con el olfato refinado de un perro de la aduana americana y pasó dieciocho meses en una cárcel federal. Corregida y aumentada en bravura y decisión fue premiada por no soltar prenda. La enrolaron en un grupo de cobranza de piso a comerciantes. Pronto escaló en la organización.

Aprendió a disparar pistola y rifle automático como cualquier hombre, a usar sus largas y bien torneadas piernas para mantener a estos a raya. Cuando los federales catearon la casa donde se alojaban, allá en Monterrey, ella había salido por un café. Supo que no hubo sobrevivientes, a pesar de saber también que sus compañeros no ofrecieron resistencia. Volver a la organización era peligroso, había quienes no creían en las casualidades, no se arriesgó a preguntar quién le creía o no. Ella nada había tenido que ver con ese asalto.

Se independizó. Invitó a su primo y se hicieron mercenarios. Por dinero, a quien el que paga indique. Ahora en la camioneta volaban hacia el sur. La paga estaba en el bolso deportivo, las armas escondidas en el chasis arreglado del

vehículo y la víctima esperando su destino.

El capitán preguntó al coronel.

—¿Hasta cuándo señor?

—Es que no puedo creer que ese maldito hijo de puta no vaya a venir. ¿Puede ser tan cobarde, tan pendejo?

—Olió la trampa, señor. Sabe que si viene o manda a alguien lo cocinamos.

El coronel, de pie frente a la ventana, observaba el terreno de caza, varios pisos más abajo. Un buen terreno, buenos cazadores, más la presa no daba señales de vida. Alguien resonó sus botas ante la puerta del departamento vacío, ambos tomaron sus pistolas antes de abrir la puerta. Un soldado se cuadró, viendo de reojo las armas apuntándole.

—Coronel, que se reporte inmediatamente con el general.

—Estamos en medio de un operativo importante.

Ni él ni el soldado podían hacer más que acatar la orden.

—Capitán, está a cargo.

—¡Sí señor!

Bajó hasta el vehículo usado como enlace entre las tropas y se sentó frente a un moderno aparato de radio. Alguien lo comunicó con el general. Tras hablar con él poco más de tres minutos, se sacó los auriculares lentamente; sin disimular, dos lágrimas corrieron libres por sus mejillas.

—¿Cómo fue coronel?

El capitán, de pie frente a su superior, que se tomaba la cabeza con sus manos, hizo la pregunta apresuradamente. Lo apreciaba, habían estado juntos en varias refriegas, sabía que cualquier baja ocasionada de frente era respetada; pero así, a traición, no perdonaría jamás.

—Una bala de pequeño calibre, posiblemente .22 en la nuca, capitán. A traición. Luego lo colgaron de un aguacate de los pies, le cortaron los genitales y se los pusieron en la boca.

—Cobardes.

—Esto ya es personal, capitán. Lo quiero vivo.

—Sí, señor, su hermano será vengado, eso téngalo por seguro. La tropa lo aprecia coronel, daremos vuelta el país hasta encontrar ese maldito cobarde.

—Cuando ese hijo de su maldita madre caiga en mis manos deseará morir mil veces.

Esteban se sirvió un caballito de tequila y sirvió otros dos a sus esbirros.

—Buen trabajo, han desquitado su paga.

—¿Esperaba algo diferente acaso, jefe?

—No, Diana. Aunque este golpe al coronel lo va a convertir en un enemigo difícil.

—Él tiene reglas que seguir, nosotros no. Tenemos la ventaja.

Clavó sus ojos en la muchacha. Esta le sostuvo la mirada y tocó la rodilla de César imperceptiblemente. Este se puso de pie y salió de la oficina. Esteban se acercó a la puerta y corrió el seguro.

—Eres toda una profesional. Me pregunto si eres así de buena en todo lo que haces.

Diana se puso de pie, se acercó al jefe y poniendo una mano en su nuca, lo besó largamente, recorriendo su boca con sabor a tequila, con su larga lengua. Luego le desabrochó su cinturón, el pantalón cayó al piso. Esteban era un hombre peligroso, eso no lo hacía menos hombre; lo miró a los ojos y le sonrió antes de apoderarse de ese trozo de carne bondadoso con la que la naturaleza le había dotado. En pocos segundos lo sentía golpear en el fondo de su garganta, mientras sus manos diestras acariciaban sus bolas. Cuando la retiró suavemente de sus cabellos, se quitó la chaqueta y su blusa verde claro; dejó caer su sostén, que desvelaron un par de senos bien formados.

Las botas fueron dejadas a un lado, y acompañadas por un pantalón negro fueron testigos de una entrega mezcla de pasión, emoción, adrenalina y agradecimiento. Diana era una hembra excelente, Esteban le daba gusto en todo. Cuando terminaron un par de horas después, desnudos sobre el sofá, se besaron levemente en la boca y brindaron con tequila.

—Por muchos trabajos como este.

—¿El del hermano del coronel o este último jefe?

—Creo que podríamos brindar siempre así cuando haya un buen trabajo, ¿no crees?

—No está mal. ¿Qué sigue ahora?

—Creo que el coronel está rabioso y eso lo puede hacer vulnerable. Su rabia lo llevará a preguntar por mí y por mi familia o amigos.

Desnudo, se puso de pie y se sentó en el escritorio. Diana tendida, espléndida en el sofá de piel, parecía una postal de revista para caballeros.

—Quiero que hagas llegar información al coronel. Discretamente.

—Usted paga, usted manda. Pero quiero pedirle algo.

Nos vamos a Monterrey, deshágase de ese par de fulanos.

—Son de confianza, ¿Qué no te gusta de ellos?

—Somos demasiados, llamamos la atención por número. Además toman demasiado; el alcohol y la muerte son socios, no los quiero juntos.

—Mañana me encargo de eso. Tienes razón en lo del número.

El coronel estaba de pie frente a su auto. El cuerpo de su hermano acababa de ser enterrado. El grupo de dolientes abandonaba el panteón.

—Capitán, sea cuidadoso con lo que hace, pero consiga, a como dé lugar, información para poder atrapar a ese hijo de mil putas.

—Ya estamos trabajando. Lo último que sabemos es que tiene hermanos y hermanas. Algunos de ellos, al parecer, en Nuevo Laredo.

—Quiero todo lo que tengan en mi escritorio en la mañana, ¿de acuerdo?

—¡Sí, señor!

Subió al auto y pidió al chofer que lo llevara al aeropuerto. Imaginaba el cuerpo de Esteban colgado de los pulgares, desnudo.

Cómo cortaría su cuerpo en pedazos sin matarlo. Le haría un nudo en su pene y lo dejaría llenarse de líquido hasta que estuviera por reventar y... él no debía pensar así, si se dejaba llevar por los sentimientos de venganza, seguramente cometería algún error; y un error en esa guerra podía significar la diferencia entre la vida y la muerte.

—¿Y bien?

—La información está en el aire. Cuestión de horas.

César se quedó de pie, luego de contestar la pregunta de Esteban. Por la cortina transparente se veía un puente a desnivel y los carros a toda velocidad. Monterrey era una ciudad con vida, pujante, vigorosa, rica. Caminó hasta quedar de pie frente a la ventana. Sonrió levemente, luego se volteó hacia el sicario.

—¿De dónde conoces a Diana, César?

—Es mi prima hermana, señor. Andamos juntos en esto desde que... bueno, ella tenía una familia.

—¿Diana? ¿Familia ella?

—Sí, un riquillo se casó con ella y le hizo una niña. De hecho, primero hizo la niña, luego se casaron. Ella estaba enamorada, pero él solo la quería como mujer, ¿entiende? Cuando pasaron los primeros meses de nacida, el hombre la empezó a golpear. Porque estaba gorda, porque lloraba la niña, por todo la golpeaba; un día me contó y le dije que contara conmigo. A la siguiente paliza que le dio vino conmigo y le puse en su mano un revólver, un pequeño Ruger .22 magnum, cargado con seis balas.

Esteban se sirvió un tequila más.

—Un día apareció en mi casa llorando, vivíamos a tres cuadras. El marido le había pegado duro, ella aguantó, pero cuando le pegó a la niña porque lloraba mucho no pudo más y le metió tres tiros en la espalda. Enterramos al muerto, la llevé con su madre y le dejamos su niña. Después nos fuimos involucrando en cualquier cosa que pagaran bien. Ella enviaba casi toda la lana a su hija, para que creciera bien.

—¿Cómo llegó a esto?

—Bueno, burreando mota, la atraparon los putos gringos y la mandaron al bote año y medio. Salió fortalecida, le ofrecieron ayudarla a progresar. Fuimos a entrenamientos con profesionales, algunos de ellos ex militares. Una vez, su grupo fue arrasado por federales, algunos creyeron que ella los entregó. Desde ahí nos hicimos agentes libres, matando por dinero. Es duro, es riesgoso, pero ahí está la lana, ¿entiende?

—Entiendo. ¿Cuántos años tiene ahora?

—Veintiocho.

—Interesante. Es muy bella.

—Así es, y eso no siempre es una ventaja.

—Bien. Gracias por la información.

César se retiró de la oficina con un sobre en el bolsillo interior de su chamarra. Al menos, por cobrar no tenían broncas esta vez. Esteban pagaba bien y a tiempo los trabajos bien hechos.

—Coronel, tenemos información fresca. Una hermana de Esteban vive en Nuevo Laredo, al parecer la visita regularmente. Podemos ponerle vigilancia.

—Quiero todos sus datos en la tarde. No la pierdan de vista por las dudas. Ah, capitán, y que nos preparen alojamiento en el cuartel “Macario Zamora” de Nuevo Laredo. Nos vamos para allá unos días.

El capitán salió.

Ahora el coronel era mucho más cauto. Sabedor del tipo de enemigo que se cargaba, andaría con pies lentos en adelante. A la buena o a la mala, Esteban lo estaba destruyendo; primero ese golpe maestro con el homicidio de su hermano. Ahora, ocupando todo el día en su mente, lo volvía loco. Se había imaginado el encuentro con él de mil formas diferentes. Tenía vívida la imagen de cómo lo torturaría despacio, despellejándole en vida con una tijera. Era tanta su rabia contenida, que incluso temía perder la claridad al pensar. Debía serenarse, ahora no había presa y cazador, solo cazadores. Cuando el capitán volvió con la información seguía de pie. No estaba seguro del tiempo que había transcurrido, parecía muy corto; sin embargo, las sombras de las cosas estaban del otro lado.

—Esto es todo lo que pudimos investigar coronel. Tiene un hijo con síndrome Down, trabaja en un supermercado como cajera.

El coronel miraba la foto de la mujer. Sonreía abrazando a un niño de unos cinco años que, evidentemente, tenía problemas. A pesar de verla por largos minutos, nada se le ocurría para hacer con ella. Odiaba a Esteban por mezclar a su hermano inocente en una venganza personal. Pensar siquiera en hacer algo parecido lo enfermaba, sería caer a su mismo nivel. No podía dejar de vigilarla mientras algo se le ocurría.

—Pónganle cola, incluso dentro de su trabajo. Con cuidado, ya vieron el

tamaño de nuestro enemigo. Salimos mañana para allá, capitán, prepare todo. Un equipo pequeño de hombres y Hummer, nada más.

—Sí, coronel.

Diana pasaba el dedo índice por el pecho desnudo de Esteban. No había habido trabajo de por medio, pero sí la ocasión. Ahora, después de otra sesión amorosa de buen nivel, platicaban.

—Diana, tengo un trabajo sucio, muy sucio.

—¿Cómo de sucio?

—Doscientos cincuenta grandes.

—¿Difícil?

—No, fácil. Solo sucio.

Pasó las uñas por la entrepierna del hombre. Este se envaró un poco.

—Tienes que matar a una hermana mía.

Las uñas se clavaron en la carne.

—¿Qué dice?

—Esta hermana vive en Nuevo Laredo, con un hijo retrasado mental. Hace cuatro años me puso el dedo con la ley; me costó seis de mis mejores hombres y andar a salto de mata de ahí en adelante.

—Pero... es su hermana.

Esteban besó uno de sus pechos pasando su mano por la nalga redonda y fresca.

—Sí, lo sé. Aunque no lo creas, me duele.

—¿Entonces por qué hacerlo?

El general estaba de pie viendo hacia afuera. Como siempre, parecía que esa actitud le daba fuerza a sus palabras. El coronel, en silencio, lo observaba desde hacía un par de minutos, tras presentarse a su llamada. Cuando se dio vuelta, supo que algo grave pasaba.

No tenía más que esperar, lo que fuera a decirle estaba a punto de ser

escuchado.

—Coronel, creo que es hora de mantenerlo un tiempo en trabajo fuera de campo.

—Perdón, señor. No entiendo.

—Creo que esta vez se le fue la mano, coronel. Usted sabe de qué hablo.

—¡Señor.....yo.....!

El general nuevamente volteó a la ventana.

—Siempre le estuve en alta estima, coronel. Era duro, inflexible, eficiente. Nunca un asesino.

El coronel Saavedra abrió sus ojos y boca a la vez. El general siguió.

—Mandar a matar a esa mujer y su hijo no fue una buena estrategia.

Silencio.

—La mujer tal vez hubiera sido suficiente, su hijo fue un grave error; a la sociedad no le gustan esas cosas, coronel. Perdió el control de esta situación. Además fueron sucios en su trabajo. Dejaron huellas, todo mundo sabe que lo hicieron militares. Asesinos y sucios. ¿Qué pretendía ganar con esto?

—¿Podría ponerme al tanto de que me está hablando, señor?

Visiblemente enfurecido, el general apoyó sus puños en el escritorio.

—Si quiere ver la cara de pendejo a alguien hágalo fuera de esta oficina, coronel. Por ahora sepa que está suspendido de labores de campo y hasta nuevo aviso se mantendrá a cargo del equipo de control de materiales de guerra. Retírese.

Viendo que evidentemente no sacaría más información a su superior, y que además este estaba en condiciones poco adecuadas de discutir, se cuadró militarmente; dando media vuelta abandonó la oficina. Afuera lo esperaba el capitán. Salió caminando por el pasillo detrás del coronel.

—Coronel, ¿Qué le dijo el general?

—Me mandaron de burócrata, a una oficina, aún no sé qué mierda pasó.

El capitán se emparejó a su enojado paso y, en voz baja, le habló.

—Yo sí, señor. ¿Podemos hablar en un lugar a solas?

Mirándolo de reojo, el coronel bajó la velocidad; dando vuelta a la derecha abandonaron la construcción.

—Vamos a aquellos vehículos, en este cuartel las paredes oyen todo.

El coronel se sentó en el Hummer con el capitán al volante.

—Suelte la sopa, capitán. Esto huele espantoso.

—Fue Esteban otra vez, señor.

—¿Ahora qué hizo ese hijo de su puta madre?

El capitán tomó aire, lo soltó despacio, junto a las palabras.

—Mandó gente vestida con nuestro uniforme; mató a su hermana y a su hijo en Nuevo Laredo.

El coronel permaneció imperturbable. Durante varios minutos no atinó siquiera a pensar en las palabras de su capitán.

—¿Coronel, está bien?

El coronel bajó del vehículo, dejando sentado a su sub-alterno y enfiló nuevamente a los cuarteles. Tocó fuertemente la puerta del general hasta que oyó la autorización desde adentro.

—Coronel, creo haberle dado una orden clara.

—Señor, disculpe. Me acabo de enterar del muertito que me quieren cargar. Es una infamia, señor, no solo el hecho, sino pretender arruinar mi carrera y mi actual estado en campo con una maniobra tan ruin, con un asesinato tan vil como ese. Tiene usted muchos años de conocerme, señor. Sabe que puedo ser temperamental, no pendejo. Necesito al menos el beneficio de la duda.

El general clavó sus ojos en los del desesperado hombre frente a él. Efectivamente, ese hombre había hecho siempre trabajos limpios y sin dejar huella alguna cuando la limpieza escaseaba; aparte de eso, siempre había sido un soldado brillante.

—¿Qué más tiene que decir en su defensa?

—Teníamos vigilada a la señora. ¿Sabía eso?

—Ellos vieron entrar y salir a los cuatro soldados.

—Deme cuarenta y ocho horas, general. No puede dejar que me ensucien así, sin darme siquiera la oportunidad de meter las manos para defenderme. Es una cobardía que no debe quedar impune.

Un silencio pesado se adueñó de la austera oficina. El general miró una foto de una señora y una niña en un marco sobre su escritorio, luego levantó la vista.

—Cuarenta y ocho horas, coronel.

—Salimos inmediatamente para Nuevo Laredo, señor.

Desde allá dirigiré las operaciones.

VII

—Brindemos por los “soldados asesinos que no tuvieron piedad de una señora y su hijo Down”.

Diana y César levantaron sus vasos mientras su jefe rellenaba su caballito con tequila. Sin embargo, al mirarlo con cuidado, se advertía el color rojizo de unos ojos que han llorado horas antes.

—Por el jefe más duro e inteligente que jamás nos haya tocado servir.

César miró a Diana de reojo y levantó su vaso. Había sentido verdadera repugnancia al tener que disparar a ese muchacho inocente que, en su particular mundo, miraba cómo su madre se desangraba en el piso. Había veces que odiaba ese trabajo. Esteban levantó su pequeño vaso de vidrio, vació su contenido en la garganta y reventó luego el cristalino envase contra una de las paredes.

Se sentó en el sofá y soltó el llanto como un niño azotado por su padre. Los primos permanecieron de pie, testigos mudos de una crisis interna de uno de los jefes más duros de las bandas criminales mexicanas. Tras unos pocos minutos de desahogo, el jefe se secó los mocos con la manga de su costosa camisa y tomó un largo trago directo de la botella.

—Espero que esto pudra al maldito coronel en la cárcel o al menos lo hagan soldado raso nuevamente. Por mi hermana y mi sobrino.

Diana avanzó un paso y abrazó al hombre, que arrancó a llorar nuevamente. César salió de la habitación.

Nadie podía consolar a su jefe como su prima.

El coronel buscaba en la casa rastros de la masacre. Habían sido profesionales. Pero siempre se les escapa algo, incluso a los muy buenos. Fueron agrandando el círculo de vecinos de la casa con horas de preguntas y respuestas. Estas casi siempre evasivas cuando no abiertamente hostiles. La

mayoría creía que los militares habían consumado ese doble homicidio. Sobre la tarde ya, un soldado trajo información valiosa.

—Señor, los presuntos se vistieron de soldados en una vagoneta blanca, a cuatro cuadras de aquí. Alguien los vio desde su ventana.

Interrogado, el testigo dijo haber visto tres hombres de estatura regular y lo que le pareció una mujer alta, vestirse con ropa militar y correr después en dirección a la casa de los hechos; volvieron en poco más de quince minutos y huyeron a gran velocidad.

—¿Tres hombres y una posible mujer?

Esteban estaba furioso. Los primos lo veían caminar sin rumbo fijo dentro de la oficina.

—No puede ser. Ese maldito anda en la calle buscándome. ¿Fue inútil el sacrificio de mi hermana acaso?

Diana miró a su primo. No les había gustado matar a la señora y su hijo, pero si el trabajo había sido en vano, entonces todo empeoraba notablemente. Con el coronel suelto, la posibilidad de que averiguara la verdad era peligrosamente alta. Debían hacer algo. Hizo una seña a su primo y abandonaron la oficina. Ya fuera, lo tomó del brazo y le indicó.

—Rocía gasolina en toda la maldita casa esa y préndela. Que no quede nada, ¿entendiste?

—Hablo al Pachas y lo hacemos esta misma noche.

—Son dos horas de Monterrey hasta allá. Traten de salir cuanto antes.

—Tenemos que hacerlo de noche, de día es muy peligroso. No descartes que esté vigilada la casa.

César tenía razón. Debía hacerse en la noche. Si uno era atrapado, todo se caía sobre su propio peso. Ella volvió con Esteban.

Dos horas después, hacían el amor rabiosamente sobre el sofá. Esta vez Diana llegó a temer a ese hombre y su forma de poseerla cuando estaba enfurecido. Después, sin mediar palabra, él se vistió y salió del lugar. Ella, desnuda aún, se arregló un poco su cabello y dio un largo trago a la botella de

tequila sobre el escritorio. El cuerpo escultural mostraba algunas marcas de la lucha, porque eso había sido más que un acto sexual. Sintió escurrir algo caliente en su entrepierna y se limpió con su propia blusa. Luego se fue a la ducha.

El equipo del coronel había dejado la casa como estaba. Todo en su lugar. Habían fotografiado, foto por foto, cada rincón de la misma. Algo debía conectarlos con alguien más.

—Esa señora, mire capitán. Parece estar en al menos la mitad de todas las fotos de la casa con el muchacho a diferentes edades, ¿quién es?

—Tal vez en la foto original podamos leer algo por detrás que nos dé una pista. Estas fotos no nos sirven para eso.

—Mande gente a la casa. Si alguna foto dice algo por detrás, encuadrada o no, retraten el texto por tonto que parezca.

—Sí, señor. Mañana en la mañana se hará.

El coronel volteó a ver su capitán.

—Ahora mande a su gente, capitán, ¿sabe lo que son cuarenta y ocho horas?

Sin decir nada, el capitán salió raudo de la oficina de su superior.

Esa noche estaba fresca, el invierno se acercaba y el verano le permitía probar en las noches su poder. César caminaba con las manos en sus bolsillos pegado a la pared de la casa. Detrás, en una motocicleta, Pachas transportaba dos bidones de gasolina de veinte litros cada uno. Se acercó a la puerta de la casa y vio que estaba cerrada. Nadie había a la vista, al parecer; así que usando unas ganzúas la abrió sin problemas. Los sellos de clausura de la PGR se reventaron y estuvo dentro en segundos.

Los cuatro soldados dieron vuelta en la camioneta verde oliva del ejército, vieron la moto estacionada frente a la casa. No les llamó la atención, pero cuando se estacionaron detrás y el motociclista los vio se dieron cuenta que algo andaba mal por la expresión de su rostro. Cuando por fin volteó a la casa apuntaron al sujeto. Éste levantó los brazos y se hincó en la banqueta. Sin ruidos, dos soldados se acercaron a la puerta. En ese momento un disparo

desde el interior voló la cabeza del motociclista, que quedó despatarrado en el piso. Ambos soldados corrieron a los lados y los otros detrás de la camioneta abrieron fuego a las ventanas. Las luces estaban apagadas. Pidieron refuerzos. En cuestión de quince minutos varias camionetas rodearon la cuadra y coparon la casa. Abrieron la puerta y entraron.

Nadie. Solo un casquillo de una bala 9 mm. La asesina del hombre de la moto.

Mientras llegaban peritos y gente de criminalística de campo, los soldados a cargo del choque inicial fotografiaron varias fotos por sus partes de atrás. Quien fuera que hubiese matado al motociclista había desaparecido antes de la llegada de los efectivos por la parte trasera y los techos bajos de la colonia.

—¿Qué pasó?

—No pudimos hacerlo. Acababa yo de entrar y el Pachas estaba desatando la gasolina cuando llegaron los sapos. El pendejo se puso nervioso levantó las manos y se hincó. Así que se dieron cuenta que algo andaba mal y se apostaron para entrar.

—¿Qué hiciste?

—Disparé a Pachas. Eso distrajo a los cabrones y me dio tiempo de huir por atrás, a la vez que evitaba que este cabrón nos empinara a todos.

—¡Putra madre! Esto se complica. Está bien, nada de esto a Esteban.

—Como tú digas, Diana.

—Mañana te vienes en autobús a Monterrey, ya no tiene caso quemar nada. Ahora la van a vigilar y buscar lo que sea con lupa, ya verás.

—Lo lamento, no esperábamos esto, prima.

—Está bien. Cuídate al salir. ¿Tus armas?

—Las dejé en el techo de una vivienda. Tiré la pistola dentro de un tinaco de agua.

—Qué bueno, tus huellas están registradas ya.

—Así es, salgo para allá entonces. Cuídate.

—Tú más, van a estar peinando centrales de autobuses.

El coronel miraba las nuevas fotos de la parte de atrás de las fotos de la casa.

—“A mi querido ahijado”—leyó en voz alta.

La comparó con la parte delantera de la misma foto.

—La madrina del niño muerto es esta señora, capitán.

¿Qué pasaría si se da cuenta de que Esteban mató a su sobrino, a su ahijado?

—Pudiera decir algo, si es que algo sabe, coronel. Déjeme buscarla.

El coronel lo vio salir, siguió viendo las fotos, una a una. La noche avanzaba; el encuentro inesperado y la muerte del motociclista con tanta gasolina le hacían pensar que la casa ocultaba algo importante para arriesgarse a intentar quemarla. Pasaron poco más de dos horas, cuando el capitán regresó con noticias.

—Se llama Irma, señor. Es hermana de Esteban también. Vive en Laredo, Texas.

—Maldición. ¿Quién puede ir a investigar si sabe algo?

—Tenemos alguien allá, una mujer que nos informa movimientos de aquel lado, señor. Creo que podría envenenar la mente de la señora con la muerte de su hermana y su hijo a manos de su propio hermano, ¿no cree?

El coronel lo miró, su tiempo se acababa.

—Adelante, y discreción... mucha. Los gringos son mierda cuando les hacemos algo sin permiso dentro de su tierra.

—Sí, señor. Cuente con eso.

El coronel sonrió, estaba agotado, se daba cuenta al fin de que su oponente estaba nervioso, tenía miedo. Eso le daba un margen de posibilidad. Era todo lo que necesitaba, que cometiera un maldito error. En Nuevo Laredo, sobre todo en las colonias más marginadas, los militares no eran bien vistos. Se les acusaba de abusar, de entrar a casas sin permiso, de extraer personas de las que jamás se volvía a tener noticias. El ejército se defendía negando en primer lugar las acusaciones, acusando después a gente vestida de militares de esos actos y, en última instancia, de que el narco movía mucho dinero para que la gente se manifestara en contra de todos los federales, con la idea de crear

una guerra mediática donde la población perdiera poco a poco la confianza en las fuerzas federales. Era todo parte de esa guerra; no solo con balas se ganan las batallas. Quien tiene acceso a los medios tiene media batalla ganada.

Después de tres noches sin dormir, se quedó literalmente tirado en su sillón. Incluso no alcanzó ni a quitarse las botas.

VIII

El general quería noticias.

El coronel habló con él y le contó los avances. Le dieron veinticuatro horas más. Recuperaba la confianza de sus superiores, eso era muy bueno. Debía lograr algo en ese tiempo, era urgente. A mediodía entró el capitán.

—Señor, nuestra informante acaba de enviarme el resultado de la entrevista con la hermana de la señora muerta.

—Sin detenerse, capitán, ¿qué le dijo?

—Para empezar dijo que nunca creyó que los militares hubieran hecho eso, también que siempre sospechó de su hermano.

—¿Alguna idea de cómo localizarlo?

—Hace años no lo ve, no tiene noticias, aunque prometió colaborar si sabe algo. Al parecer su hermana tampoco le tiene buena fe al tipo este.

—Maldición, seguimos en el laberinto sin salida.

Alguien tocó a la puerta.

—Adelante.

Un soldado se cuadró al entrar.

—Señor, encontramos una pistola 9 mm en un tinaco, sobre uno de los techos cercanos a la casa.

—El agua habrá borrado todas sus huellas. ¿La pistola?

—La pistola esta en servicios periciales señor. El tinaco estaba completamente seco. Estaba roto del fondo.

La sonrisa del coronel fue amplia y franca.

—Vamos.

—César Valladares Garza—informó el oficial de periciales.

—¿Antecedentes?

—Hay órdenes de aprehensión por homicidio y transporte de droga en la frontera. Trabaja con su prima Diana Garza, que también es buscada por las autoridades americanas y mexicanas. Desapareció con su esposo hace años, desde ahí es un misterio.

—Bien, ya sabemos a quién buscar. ¿Fotografías?

—Sí, señor, muy antiguas. Debe haber cambiado mucho.

—Tráigalas todas, capitán. Repártalas entre los hombres.

Regresaron a la oficina. La cacería se reiniciaba.

—Capitán, ¿cree que este par de asesinos trabajen para Esteban?

—Se ve claro, coronel. Son su personal de confianza ahora.

—Bueno, búsqúenlos. Aquí, en Monterrey, en Reynosa. No deben andar lejos, pues han hecho mucho daño en esta zona en las últimas semanas.

—Sí, señor.

—Hay algo que me encabrona más que la falla en una misión que les encargo.

Diana y su primo no se movieron de su posición.

—Es que alguien intente hacer algo por cuenta propia sin consultar.

Supieron enseguida lo que seguía.

—Que intentaran quemar la maldita casa fue una buena idea. Hay fotos que pueden dar con mi familia y usarla en mi contra. Una cosa necesaria, diría yo. Pero que fuera precisamente el pendejo de César en persona con el cobarde del Pachas, fue una estupidez.

Los miró a los ojos. Siguieron impasibles.

—Ahora Pachas está muerto. Está bien eso, no dirá nada. Pero seguramente la casa está más vigilada que la virginidad de una musulmana, así que lo que fuera que quisieran borrar de ahí se fregó. Ustedes acá seguros conmigo, que estoy hasta la madre de estar encerrado en esta maldita casa.

Se acercó a la botella y, luego de darle un trago, la estrelló en la pared, salpicando de tequila y vidrio a los primos. Tampoco se movieron.

—El ejército me busca, la marina me busca, ahora saben que tengo otra hermana en Texas, seguramente ya le sacaron información. Cierran el círculo, ¿entienden?

Diana desvió la mirada para ver un vidrio desprenderse de la pared y caer al piso casi sin sonido alguno.

—Espero que hayan sido inteligentes para no dejar sus malditas huellas en la puta casa. Porque si dan con ustedes sabrán que trabajan conmigo. Y eso

sería muy malo... para los tres.

Se sentó en el sillón, tamborileó sus dedos sobre el vidrio del escritorio y se puso de pie rápidamente.

—Hay un millón de dólares para quien mate al coronel.

Diana y César se miraron entre sí rápidamente.

—Hay doscientos cincuenta mil para quien mate a mi hermana en Laredo.

Puso su rostro a una pulgada del rostro de Diana.

—¿Quieres dinero? Gánatelo. Tú y este pendejo, tan pensantes que son, arreglen esto o este error correrá por todo el país. Yo me encargaré de eso.

—Aceptamos el trabajo del coronel. A nuestra manera. Su hermana es su problema, no podemos arriesgarnos con ella. Cruzar al otro lado significaría el fin de nuestras carreras, Esteban.

—Cobardes.

César sintió subirse la adrenalina y supuso su rostro estaría rojo de coraje. Como el jefe no dejaba de tener razón y había puesto una buena suma sobre la mesa, tragó saliva.

—Maten al coronel, cobren y desaparezcan. Última misión.

Los primos salieron de la oficina sin articular palabra alguna.

El cielo estaba claro esa noche. Decidió irse a dormir al cuartel. Sobre la calle doctor Mier, el cuartel era el centro de operaciones de toda la ciudad. Su chofer era bueno, de confianza, pero se daba cuenta de que estaba dando muchos espacios para ataques sorpresa. Aunque eran viajes no programados ni horarios parecidos, la idea de ser emboscado no le agradaba. Menos ahora, que sabía que los escrúpulos de su adversario simplemente no existían.

Entraron a la zona y se dio un baño largo, masajeando su cuerpo con agua caliente. Luego se acostó en su cama. Tenía hambre pero no lo suficiente como para que no lo dejara dormir. Sabía que cuanto más durmiera y descansara, mejor pensaría. Sabía también que ese juego lo ganaría quien mejor pensara. Todo lo demás sería una consecuencia de eso, de sus pensamientos; sus planes, sus errores o aciertos.

Pensó en su familia. Se había obsesionado con la cacería humana y había

descuidado lo que más quería. Encendió la luz nuevamente y llamó a su esposa por teléfono celular. Habló con ella y con su hija por una hora más o menos; este era un trabajo difícil para todos. Ellas estaban seguras, sí, pero tan secuestradas en el cuartel como en cualquier otra parte. Su hija se resentía esa libertad de movimiento. Debía cazar a ese maldito hombre y tomarse unos días de descanso. De paz.

—Esteban no nos mató porque le apuesta a que podamos matar al coronel, primo. Nada más eso nos mantiene vivos.

—¿Le tienes miedo?

—¿Tú no? Es un animal, nosotros no podemos hacer nada, tiene el sartén por el mango. Ayer pensé que me mataría, fue un animal en su oficina.

—No te quedes ya con ese pendejo. O déjame matarlo y listo.

—Mañana vamos a ir a Nuevo Laredo, tú y yo. Tengo una idea, pero tengo que ver el sitio.

—¿El sitio?

—La casa, la ubicación de la casa esa.

—¿Qué pretendes?

—Volarla.

—¿Para qué mierda quieres hacer eso?

—Para atraer al coronel.

—Volarla no garantizará que vaya a verla.

—Depende, primo, depende.

—¿De qué depende?

—Confía en mí.

César sacudió la cabeza. Ella era más inteligente que él, pero sentía que pisaban terreno blando. No le gustaba la situación. En cierta forma estaban entre dos frentes. Su prima mandaba, él obedecía. Lo de la quema de la casa había sido un error, un momento de mala suerte donde el diablo había metido la cola, pero estuvo a punto de echar a perder todo.

—No me pregunte, capitán. Apuesto a que ese cabrón está en Monterrey.
—¿Qué le hace suponer eso, coronel?
—La distancia, la viabilidad de escapar entre los automóviles que vienen a diario a comprar en la frontera.
—La policía vigila las rutas.
—La policía cuida a tipos como Esteban.
—¿No cree en la policía nueva, la Civil?
—No todavía.
—Entonces pobre país el nuestro.
—Pobre planeta, capitán.
—¿Órdenes señor?
—Ponga retenes militares tipo volantas en las carreteras. Sin dejar un minuto de vigilar. Con las fotos de César en mano.
—Sí, señor.

Diana arrastraba una maleta de rueditas. César la seguía. La falda corta de su prima atraía las miradas masculinas. Difícilmente alguien recordaría su rostro para un dibujo policial. Subieron sus maletas a la camioneta y partieron.

Esteban los observó desde la ventana de su oficina. El miedo lo estaba traicionando a ratos; de haber tenido todo bajo control, ahora se sentía nuevamente la presa. Eso, y el encierro al que estaba sometido por propia voluntad desde hacía varias semanas, comenzaba a hacer mella en su carácter. Tomó la pistola del escritorio y apuntó a un cuadro en la pared. Apretó el gatillo repetidamente y sonrió. Luego puso el cargador en el arma y la guardó donde estaba. Por momentos se sentía a punto de estallar. Si no fuera por los buenos ratos que pasaba disfrutando el cuerpo de Diana, ya se habría vuelto loco.

Diana se bajó en una tienda y compró un par de cafés. César esperaba en la camioneta. Estaba nervioso, sin tener en mente la razón para ello. Hacía

tiempo que confiaba en sus instintos y ahora parecían querer decirle algo. Salió su prima, lo distrajo; le puso su vaso de cartón con café caliente en el soporte en medio de ambos y partieron al norte.

La carretera estaba medianamente cargada, ya empezaban los más previsores a comprar para navidad y fin de año. Porque esperar el último mes era arriesgarse a pasar interminables horas en la frontera y a encontrar las tiendas saqueadas por sus mismos compatriotas. Un retén de policía federal le dio el paso después de pagar el peaje a medio camino y, sonriendo ambos, enfilaron el último tramo de ruta. Cuando llegaron a la aduana del kilómetro veintiséis, un retén de soldados le marcó el alto. Mientras revisaban la camioneta, otro miraba unos papeles en su mano. César sintió algo en el estómago. El militar lo advirtió.

—Señor, ¿puede acompañarnos?

—Perdón, ¿cuál es el motivo?

—Una revisión corporal, señor. En el interior de aquella oficina, por favor.

Dentro de una improvisada oficina móvil, otro militar esperaba. A pesar de la aparente amabilidad con que se les “invitaba”, no había más opciones. Lo invitó a sentarse en una silla, mediante una seña. Se sentó, viendo por la ventana que llevaban a Diana a otra oficina mientras un militar movía la camioneta fuera de su vista. Ahora tenía miedo.

—Señor...

—Arturo, señor. Arturo Villarreal, de Monterrey.

El oficial miró una foto sobre su mesa, luego la levantó a la altura de la cara de su interrogado. Sonrió.

—¿Arturo? ¿Entonces no es usted César Valladares Garza?

Sintió el sudor frío recorrer su espalda.

—No, señor, no lo conozco.

—Mmmmm, descanse amigo, esto apenas empieza.

Diciendo esto el oficial salió de la oficina cerrando con llave y dejando un soldado viendo hacia adentro por el vidrio de la puerta.

—Buenas tardes, señora Diana. Teniente Jorge Molina, para servirle.

Diana mantuvo la compostura. Frunció el ceño.

—Perdón ¿cómo me llamó?

—Diana, señora Diana Garza.

—Mi licencia de manejo dice Gloria Garza, así me llamo, y soy señorita. El teniente sonrió y miró sus piernas.

—¿Entonces César es un mentiroso?

—¿Mi compañero? No lo sé, fui contratada para un viaje a la frontera y servir de compañía, nada más.

—Bueno, ya comprobamos que César Valladares está allá. Ahora señorita, usted va a tener que convencerme de que Diana Garza no está aquí. Creo que sus atributos la hacen muy parecida a quien buscamos. Su estancia aquí puede llegar a ser muy larga, póngase cómoda. Mientras voy a visitar a su amigo, es menos inteligente y duro que usted. Fue sencillo.

Diana tragó saliva. Sabía que ni ella ni su primo hablarían, que era un método habitual de interrogar el separarlos y luego incriminarlos uno contra el otro. Pero no sería sencillo esta vez. Solo un error podía dejarlos libres. Apostaba a eso y a la lealtad de su primo. Evidentemente eran una pareja buscada, y eso se debía a que tenían información fresca de ambos; se acordó de la pistola de su primo. Pendejo.

Tras más de dos horas de interrogatorio aleatorio y presiones, el teniente entró con Diana... y una disculpa.

—Quiero pedirle una disculpa, señorita. Se ha cometido un error y vamos a dejarlos ir. Como usted comprenderá, en estos tiempos tenemos que checar las cosas a fondo; el parecido de ustedes con una pareja que buscamos causó esta confusión.

Diana se puso de pie, levantó su rostro y miró dos segundos al teniente a los ojos, luego sonrió y salió del pequeño cuarto sin decir absolutamente nada. Se acercó a la camioneta estacionada detrás de la oficina donde tenían a su primo; un soldado le alcanzó la llave.

—Gracias —le sonrió y se subió al vehículo. Al parecer nada había fuera de lugar. Abrió su bolsa de mano, revisada a conciencia por los militares, y extrajo una hoja de

papel y una pluma pequeña. Escribió algo y esperó. En pocos minutos César salía de su encierro; sonriendo se subía a su lado.

Antes que nada dijera ella le deslizó el papel entre sus dedos.

“Pueden haber puesto micrófonos”.

—Gloria, qué susto nos dieron estos cabrones; quién sabe a quién nos parecemos... si los agarran les van a hacer pasar aceite.

—Estas cosas no me gustan nada. Nos trataron como a narcos y somos gente de trabajo.

La camioneta arrancó por la carretera dejando detrás el puesto de aduana y el retén militar. Diana puso música fuerte dentro de la cabina, ella y su primo cantaron las letras de los corridos mientras se miraban y reían.

El teniente hablaba con el coronel Saavedra.

—Las palomas vuelan y los halcones las siguen. Dispositivos instalados y funcionando. Directo a destino.

—No los pierdan o estaremos perdidos todos.

El teniente simplemente cortó la llamada. Una luz titilaba en un mapa de la zona. La camioneta entraba en ese momento en Nuevo Laredo. Ojos en el camino confirmaban su paso por las calles. Este tipo de seguimiento casi siempre a cargo de equipos electrónicos donados por las agencias americanas y manejado por personal militar entrenado por ellos mismos no era muy usado, ya que así como ellos ponían los dispositivos había otro tipo de tecnología que los detectaba. Junto a la habitual guerra del hombre contra el hombre y su propio ingenio, una guerra paralela, tecnológica, se desarrollaba. Pero el narco tenía muchos más recursos, mucho menos burocracia y cero escrúpulos, así que decir que esta ayudaba al gobierno federal era pecar de optimismo exagerado.

La luz se detuvo. Tal vez a comer.

—Señor, detectamos la camioneta. Tiene más de dos horas y no hay rastros de la pareja.

—No los pierdan, deben estar por ahí.

—Tenemos reporte de auto robado, señor. En esa misma calle, hace hora y media más o menos.

—Maldición, cambiaron de auto. ¡Hijos de su puta madre, encuéntralos, rastreen ese maldito auto por toda la puta ciudad!

—Sí, señor.

Pasaron poco más de dos horas nuevamente y la situación se alteró nuevamente.

—Encontramos el auto, señor.

—¿Y ellos?

—Nada. En el parabrisas hay, bueno... un saludo, señor!

—¿Qué pusieron esos cabrones?

—“Coronel, para que se siente a gusto”, y pintaron un dedo en el vidrio, señor.

El teniente cortó la transmisión.

—Los perdimos.

El coronel sonrió nuevamente al recibir la noticia.

—Muy bien, teniente, perdimos el primer round; vamos por los demás.

— Sí, señor.

Ahora una pantalla en la oficina del coronel se encendía y otro rastreador empezaba a trabajar, solo que ahora controlado directamente por ellos. El segundo chip ubicado en la bolsa de Diana mandaba una señal clara. El capitán sonreía también.

—Bueno, coronel, esto ha sido un golpe de inteligencia.

Y lo era. La pareja supuso correctamente que le habían marcado la camioneta. Pero estaba lejos de sospechar que en su propia bolsa de mano tenía instalado un segundo aparato. Ahora los tenían nuevamente bajo control, era cuestión de tiempo.

Nuevamente, el coronel era el cazador.

El empleado del hotel ni se fijó en los documentos. Su mente se nubló al ver el profundo escote de la guapa joven frente a él y, tomando el efectivo, casi lo guardó sin contar en el cajón debajo del mostrador. El hombre que la acompañaba parecía nervioso, se calmó cuando el botones tomó sus maletas y las acercó al elevador.

Ya en la habitación del hotel, la pareja se abrazó fuertemente y cada quien se tiró en su propia cama. Rieron a carcajadas.

—Ahora sé quién va a cazar a quién. Ese coronel es un pendejo o está

rodeado de una bola de ellos. Si de verdad había puesto un rastreador en la camioneta, ya quedó fuera de la jugada otra vez.

—Como sea, también puede ser que no hayan recibido la información a tiempo y hayan tenido que soltarnos.

—No seas iluso, César, a esos pendejos no se les pasa una cosa como esa. No somos dos ladrones de autos, somos dos mercenarios con varias muertes encima, una de ellas el hermano del propio coronel. Nos están siguiendo para dar con Esteban.

—¿Qué dices de Esteban?

—Me jubilará. A ambos nos jubilará.

César se acodó en la cama y se quitó las botas vaqueras que sonaron sordamente sobre la alfombra del piso.

—¿Jubilarnos?

—Nos dará un millón de dólares si matamos al coronel.

—¿Lo haremos?

—¿Por un millón? Hasta el presidente se muere. Tenemos casi cinco millones en la cuenta, primo. En cualquier otro país latinoamericano de tercera con eso pones un negocio, vives de tus rentas, sin trabajar, tirada con las nalgas para arriba en la playa todo el día. Súmale a eso el millón del coronel, más algún guardado de Esteban con él mismo. Suficiente para retirarse antes de cumplir los treinta pirulos.

—¿Dices matar al coronel, matar a Esteban y retirarnos?

—¿No te gusta?

—No se me había ocurrido, siempre me imaginé torturado y muerto por otro asesino o por algún militar malhumorado.

—Nos jubilaremos. Y llevaré a mi madre y a mi chiquita conmigo. ¡Cómo las extraño!

Una sirena interrumpió la conversación. A pesar de que habían hecho lo que debían, no dejaba de ponerles en alerta aquel ulular. Se perdió al fin en la ciudad y se relajaron nuevamente.

—¿Como volaremos la casa, prima?

—En la casa de enfrente, que está abandonada, pusieron anoche un viejo RPG, un favor que me debían un par de policías locales. Tiene dos granadas, suficiente para el tamaño de la pinche casa esa.

—¿Tienes algún plan?

—Simple, una distracción con una llamada a las autoridades, dos disparos con el lanza granadas y a correr nuevamente.

—¿Cuándo?

—Si me pongo en los zapatos del coronel, nos está esperando de alguna manera en esa casa. Estará cerca, cortará las salidas a todas partes. Para eso sí son buenos, son perros de presa. Mi intención no será salir corriendo. Esa casa tiene un sótano; ahí me quedaré después de volar la de enfrente. Él vendrá, estoy seguro de eso, y entonces agregaré el millón a la lista y volveré al hoyo. Tiene agua y comida para una semana. Tú volverás con Esteban, le dirás del coronel y que yo estoy escondida. Espérame con él. No te muevas, me tarde lo que me tarde, ¿sí?

—Es mucho riesgo, Diana. No sé.

—Es mucho dinero, primo. Déjame hacerlo.

—¿Y yo que haré entonces?

—Por lo pronto trata de robarte un par de celulares. Los ocuparás.

IX

—Están en el Holliday Inn señor. Habitación 405.

—Bien. Vigílenlos discretamente, el dispositivo sigue funcionando.

—Señor, la pareja sale del hotel en este momento. Ella de falda larga, botas altas y blusa de colores, con un sombrero blanco y lentes grandes de sol. El hombre vestido de traje, lentes de sol también.

—Señor, cambió de bolsa. La luz no se mueve, sigue en el hotel.

—Está bien, no creo hayan encontrado nada. Solo es una mujer con sus cambios de cosas. Pregunte si lleva bolsa alguna.

Tras unas palabras rápidas el capitán informa.

—No, señor. Sin bolsa.

—Bien, regresarán rápido, salida a comer algo nada más. Paciencia, esperaremos.

—Señor, vuelven.

—Bien —Sonríe el coronel comprobando que apenas pasó una hora de su salida del hotel.

—¿Órdenes?

—Vigilar, usted no pierda de vista ese punto en la pantalla.

La tarde caía y las sombras se alargaban. La cacería continuaba.

—Tú te quedas en el hotel, en este cuarto hasta que yo te hable.

—Eso está entendido.

—Después que te hable significa que estoy en la casa con todo bajo control. Entonces haces la llamada. Luego de hacer la llamada, te largas hacia Monterrey en autobús. Trata de cortarte el pelo, compra unos lentes o algo así.

—¿Si algo falla?

—Adiós jubilación.

Con un ajustado pantalón negro de tela y una camisa del mismo color, Diana salió del cuarto. Mientras esperaba el elevador se puso una chamarra roja sobre su camisa y una cachucha del mismo color. Sus zapatos deportivos negros, sin cintas a la vista, le daban un aire de deportista rica que está por salir a correr en el parque para que las vecinas vean que corre. Al subir al elevador, sonrió a un joven que batalló para cerrar la boca cuando ella se bajó.

Cruzó la puerta del hotel al exterior, se detuvo a mirar alrededor y nada llamó su atención. Comenzó entonces un trote corto, descansado pero continuo hasta cruzar la calle, donde tomó por la banquetta y se perdió en la noche.

En el cuarto, César guardaba la bolsa de su prima y otras pertenencias de ambos en su maleta. Su celular estaba sobre la cama, solo restaba esperar la llamada.

—Coronel, salió la mujer. Parece que a correr.

—A correr, mis huevos. ¿La siguen?

—Sí. No lleva bolsa ni parece tener rumbo alguno.

—El punto de la bolsa sigue inactivo. ¿Y su primo?

—En el hotel.

El coronel dudaba sobre qué hacer. Atraparla a ella y a él en este momento era juego de niños, pero estancaría toda la operación. Les seguiría el juego, encargó al capitán estar atento y no perder de vista a ninguno de los dos. Dos horas más tarde, el oficial oculto que vigilaba la casa de los homicidios se reportó.

—Alguien entró por el techo a la casa, enfrente de la que está en custodia, señor.

¿En la casa? El coronel frunció el ceño. ¿Por qué tanto afán con esa casa? Algo se les había pasado por alto para que siguieran empeñados en ella.

—Vigílenla, poco pueden hacer de enfrente.

Pasó otra hora y otro reporte.

—Señor, la chaqueta roja de la mujer fue encontrada en un bote de basura.

La mujer estaba dentro de la casa ahora. ¿Qué buscaba? Mandó decir a la gente que la dejaran entrar y la atraparan al salir, siempre y cuando no llevase

consigo algo inflamable. Que agarrara lo que necesitara y que saliera era una buena táctica. Matarían dos pájaros de un solo tiro.

Sobre la medianoche en la solitaria ciudad, abandonados sus tugurios y antros por la violencia, una terrible explosión cimbró todo a su alrededor.

—Señor, volaron la casa.

—¿Cómo pudieron hacer eso?

—Dos granadas, señor. O algo así, una enseguida de la otra.

—Vamos, coronel.

—Espera, cacen al primo primero.

El teléfono sonó entonces.

—Sí, señor, seguro. Vamos para allá ahora mismo.

—¿Qué sucede?

—Tienen localizado a Esteban en un hotel a la entrada de la ciudad.

Vamos.

El capitán lo alcanzó en el pasillo.

—Señor, nadie sabe cómo es realmente Esteban, ¿quién lo denunció?

—Bien, capitán, me gusta eso. Mande gente a buscarlo al hotel, usted y yo vamos a la casa recién volada.

En pocos minutos estaban entrando a la zona donde el polvo aún flotaba en el aire. Un camión de bomberos apagaba unos rescoldos de fuego, posiblemente muebles que habían ardido con el gas.

César recibió la llamada y, tomando la maleta, partió al elevador donde lo recibió un hombre de pelo corto trajeado; algo no le cuadraba en el hombre, pero le sonrió y se concentró en escapar. Al bajar el hombre siguió en el elevador, cosa que por un instante causó curiosidad. Dejó la llave del cuarto en el mostrador y, sin esperar nada más, cruzó la puerta automática de vidrio grueso que lo separaba de la ciudad y su ruido. Pidió un taxi que estaba parado enfrente y se subió tras colocar la maleta a su lado en el asiento.

—A la central de autobuses.

El chofer lo miró por el retrovisor y le sonrió. El auto comenzó a dar la vuelta mientras el ulular de sirenas llenaba el aire de vibraciones. Nada más

dio la vuelta a la esquina y una camioneta verde atravesada en la calle lo detuvo. Cuatro hombres con armas largas automáticas rodearon el auto. El chofer bajó corriendo y César sintió researse su garganta.

El coronel miraba la casa.

—RPG señor.

—¿Seguro?

—Sí, los dispararon de la casa de enfrente; ahí encontraron el tubo lanzador y nada más. Tenemos un perímetro de seis cuadras a la redonda.

—Busquen a la mujer, ella hizo esto.

El último de los soldados salió de la casa de enfrente y se dio por terminada la revisión del lugar del disparo.

—Son buenos, capitán.

—Coronel, tenemos a su pareja.

—Llévenlo al cuartel y que esté bajo continua vigilancia. Nadie se entera que lo tenemos hasta nueva orden.

El capitán se alejó, a través de su radio pasó las órdenes a los captores de César. Al menos uno estaba a buen recaudo ya. Faltaba la mujer. Y Esteban. A los diez minutos de comunicar la detención, el capitán tenía más nuevas.

—Lo de Esteban fue falsa alarma señor.

—Buen punto, capitán. ¿Para qué esa falsa alarma?

—¿Distracción?

Algo brillante llamó la atención en el piso y el coronel se agachó para tomarlo. Primero sintió un chasquido ahogado por los sonidos de los bomberos y sirenas, luego el golpe en la parte trasera del hombro. Enseguida se estrelló en el piso.

Las sirenas ululaban mientras ella escuchaba cómo un ruido de botas militares recorría la casa. Los oyó tomar el tubo lanza cohetes y gritar que la casa estaba vacía. La oscuridad total de su cuarto, en el sótano, la

tranquilizaba. La puerta estaba disimulada de tal forma que había que ser un verdadero experto o tener la suerte del mundo para localizarla. Tomó agua, orinó en el piso por un lado, y siguió atenta a los sonidos.

Pronto acabaron en la casa, oyó el golpe de la puerta del frente al cerrarse. Sabía que los de investigación vendrían hasta la mañana para buscar con luz de día. Giró la tapa, la levantó y solo luces parpadeantes que entraban por las ventanas cerradas descomponían la perfecta oscuridad del lugar. Sacó su arma del sótano, un rifle Remington Táctical, en calibre .308, el calibre usado por los francotiradores de la ley en casi todo el mundo.

Puso el cargador, abrió el bípode sujeto a la caja del arma y colocó el cargador de cinco tiros delante del guardamonte. La mira telescópica era simple, pero de gran calidad, una Leica de 4—12 x 40. Levantó las tapas protectoras de atrás y la frontal de la mira viendo claramente, lo que sucedía a treinta metros de su posición. A esa distancia podía meter la bala en el ojo del infortunado elegido. Lentamente jaló el cerrojo de la acción. Cuando topó detrás cambió la dirección y empujó hacia adelante, reconociendo el ruido metálico del casquillo de latón al ser enganchado por el cerrojo y guiarlo a la recámara del cañón. Con delicadeza giró la palanca y aseguró la acción. Se acomodó en

la silla, alejó un poco el arma y al final la sintió cómoda en su hombro. Acercó el ojo hasta completar el círculo de visión en la mira para evitar paralaje, buscó su blanco. Entre la gente que iba y venía y vehículos atravesados no era sencillo, a pesar de estar tan cerca.

Al final lo vio, de pie frente a su capitán. Sonrió. Un millón de dólares por apretar un gatillo. Fácil. Durante un momento el capitán lo cubrió con su cuerpo, pero al instante se movió. Gesticulaba y hablaba mientras su superior parecía mirar al piso atentamente. Con el pulgar empujó el seguro y liberó el mecanismo; se acomodó por última vez, tomó aire, comenzó a soltarlo lentamente mientras el índice se aplastaba suave contra el gatillo.

El cuello del coronel tenía una cruz negra atravesada en él, cuando ella apretó el gatillo. A pesar del retroceso del arma alcanzó a ver cómo la mira encontraba luz al disparar, el blanco se había movido. Sin embargo estaba en el piso y su subalterno llamaba a los paramédicos. Inmediatamente sacó su pistola de cargo y gritó algo entre la gente; los soldados parecieron emerger

de la nada y rodearon la casa en segundos. Apenas pudo meter el arma y cerrar la puerta sobre su cabeza, cuando el trepidar de botas inundó la casa. Devorada por la más absoluta oscuridad en ese pequeño sótano, no pudo evitar estremecerse de miedo.

El coronel, acostado en la cama, sonreía.

—Fallaron por poco esta vez. Estoy empezando a admirarlos, capitán. Esa gente sabe trabajar, se arriesga. Me gusta eso. Aunque estén en el otro bando, el valor se reconoce.

—Señor, si no se hubiera agachado, quién sabe a qué, esta conversación no se estaría desarrollando.

—No recuerdo qué era, algo llamó mi atención. ¿Desde dónde dispararon?

—De la casa, señor. El agujero en el vidrio de la ventana delató el lugar exacto.

—Se supone estaba revisada y vacía.

Ambos se concentraron en sus pensamientos un momento.

—Capitán, rodeen la casa y que nadie se despegue de ella hasta que yo esté curado totalmente. Dígale a la enfermera que necesito ponerme de pie.

La enfermera consultó al médico a cargo. El no fue rotundo. Debía estar veinticuatro horas en observación antes de autorizar algo tan descabellado. Lo adecuado era tres días como mínimo había dicho el galeno.

—Muy bien, interroguen a su socio, que diga quién hizo eso.

—¿Qué tanto puedo interrogar, señor?

—No lo mate.

Estaba furiosa. No lo sabía con certeza, al parecer solo había rozado su víctima. Un buen tirador siempre sabe adónde va la bala al momento de disparar.

Ahora sentía la casa vigilada en extremo. A pesar de estar preparada mentalmente para sobrevivir una semana en ese miserable cuartucho a oscuras,

a ratos le ganaba la ansiedad. Solo estaba preocupada por el millón prometido, nada más. Y se conformó pensando que Esteban siempre pagaba sus deudas en efectivo y en la casa, así que ahí debía tener su caja fuerte hasta el tope de billetes verdes.

“Ojalá César esté ya con él. Aunque creo que no la pasará bien si saben que no maté al coronel”.

Comió muy lentamente algo de cereal seco y tomó agua. Después buscó a tientas las bolsas de basura que había comprado para defecar adentro. Si iba a estar ahí algunos días, al menos no quería ni pisar ni oler su propia mierda. Hizo su necesidad y anudó la bolsa.

“Maldición, si así olemos vivos no quiero imaginarme muerta. Como que esto cansa ya. Me gustaría descansar, bailar de vez en cuando, hacer el amor con alguien por quien sintiera realmente algo hermoso. Matar es un negocio, y si quien paga está decidido a eliminar a otra persona, mi negación puede hacer que se cambie de asesino, pero no el destino del contrato. Me dolió tener que matar ese niño, me miraba con sus ojosidos, con su boca abierta. Nunca supo qué le sucedió cuando la bala entró en su frente. El estómago me dijo que era uno de esos trabajos que difícilmente pueda repetir. Soy una asesina, eso no significa que no sienta; me gusta el dinero, la vida al borde de la navaja, siento que es hora de detenerse.

Mi hija me necesita, mi madre no vivirá para siempre. Voy a suponer que éste es mi último trabajo, termine como termine, después agarro mis ganancias y mi familia... y búscame, coronel”.

Amarrado de las manos al techo, desnudo completamente, César pensaba en Diana.

“Primita de mi alma, no estoy seguro de aguantar mucho más. Mi cabeza se pierde ya. Malditos animales, mátenme y listo”.

Sus pies le dolían. Los grilletes de metal los mantenían pegado al piso, a una distancia de sesenta centímetros uno del otro. Sudaba copiosamente. No sabía si había estado ahí minutos, horas o días. Solo sabía que estaba cerca de rendirse. El cuarto olía a mierda humana, sabía que era de él. Sus ojos

hinchados no le permitían ver nada, su boca rezumaba el sabor dulce de la sangre. Sintió moverse a alguien nuevamente.

—Su prima, amigo. Es todo lo que buscamos. Sabemos que voló la casa, que después intentó matar al coronel Saavedra. Díganos qué hizo usted mientras, adónde se verán con ella nuevamente. Como sea la hallaremos, amigo, ¿para qué alargar esto?

César intentó escupir, ya ni saliva le quedaba. Escupió seco.

Sintió nuevamente el metal frío. Sin piedad alguien lo empujó dentro por su ano hasta que topó en más carne. Ya ni dolía. Pero lo que seguía sí dolía. Al pasarle electricidad, se orinó sin control y nuevamente sintió vaciarse sus intestinos. El dolor era más allá de toda imaginación posible; tembló su cuerpo entero. No se cayó porque estaba amarrado de sus brazos. El tubo salió de su cuerpo. Oyó risas, alguien echó agua en sus piernas, supuso que para lavarle la mierda de ellas. Su corazón golpeaba sus sienes enloquecido, y su lengua se pegaba al paladar, completamente seca. Más risas. No aguantaba más.

—¡Mátenme, hijos de sus putas madres! —balbuceó. Más risas. Algo como una macana golpeó sus testículos y los sintió encogerse hacia arriba. Luego el mismo artefacto golpeó su pene y lo sintió rebotar en su vientre, ahora sí vomitó lo poco que quedaba en su estómago.

—Putos de mierda, todos.

Una mano fuerte jaló hacia atrás su cabeza tomándolo de sus cabellos. Se ahogaba en su intento por pasar aire, oía las risas. Estaba enloqueciendo ya.

—Diana, dónde está Diana. Dinos, eso salva tu vida y tal vez la de ella.

César intentó sonreír. Pero no pudo. Dos pinzas metálicas mordieron la piel de sus testículos y las risas se calmaron. Alguien conectó los cables a la luz, su pene saltó hacia arriba, sus bolas subieron hasta la garganta. Las carcajadas lo enloquecían ya.

—Lo siento, prima, me están matando. Lo siento.

—Dinos donde está. De la cárcel se sale, de la tumba nunca.

Intentó hablar; no pudo, su lengua se pegaba al paladar. Un chorro de agua fresca inundó su garganta y tosió, imposibilitado de tragarla. Inclino su cabeza sobre su pecho y vio un rostro frente a él, con el tubo de metal en la mano. Una mano enguantada, que no deja huellas y que no se caga con el tubo

sucio.

Pensó en Diana encerrada a oscuras, esperando la oportunidad de huir, sin saber que su blanco solo había sido herido levemente. Pensó en que de todas maneras su vida terminaba ya, nunca más vería la luz del sol, estaba seguro de que antes de morir lo volverían loco. Llevaba demasiado tiempo, demasiado dolor, y supuso que de todas maneras ese era el final de su aventura con la prima. Casi se sorprendió cuando las palabras afloraron.

—Hable más fuerte, no le oigo.

—Un sótano, en la casa hay un sótano.

—Vaya mujer. Lástima no tenerla en nuestras filas capitán.

—Y dicen que es muy hermosa, señor. Alta y bien formada.

—Toda una hembra, capitán, de las que ya no quedan casi en este mundo de porquería. ¿Sigue vigilada?

—Completamente.

—Bien, mañana iremos a visitarla, pues. Ahora déjeme descansar.

El capitán dio media vuelta y abrió la puerta del cuarto del paciente.

—¡Capitán!

—¿Señor?

—Trabaja usted bien, capitán. Si sigue así hasta que esto termine tendrá una recomendación.

—Gracias. Es algo personal también, señor.

—¿Personal con Esteban?

—Personal contra la gente como él. Participé en el abatimiento de Jhonny Tormenta, señor. ¿Recuerda eso?

—Claro, el número uno de la zona norte de los de la letra. ¿Y qué con eso capitán?

—La prensa llegó rápido. Filmaron y sacaron noticias, algunos de nosotros andábamos a rostro descubierto, así que aparecimos en las televisiones. Alguien me conoció, me vendió; a mi familia también. Entraron a mi casa en Guerrero, señor. Mataron a mi esposa, a mis dos hijos y a mi madre, señor.

El coronel sintió que algo oprimía su pecho.

—Por eso tanta dedicación, tanto arrojo. ¿No tiene miedo a que lo maten?

—¿Miedo? Deseo tanto volver a verlos que creo que la muerte en este momento sería un privilegio. Hay días que nomás no me vuelvo la cabeza porque me mantiene vivo el deseo de atrapar a quien hizo esa carnicería, solo por eso.

—Descanse, capitán y preocúpese por mantenerse vivo. Hace mucha falta gente como usted para acabar con estas lacras. Quiero contar con usted, es bueno en lo que hace. En todo. En el aire y en tierra.

—Gracias, señor.

La puerta se cerró y el coronel intentó descansar. Esta guerra sin cuartel también tenía que ser sin rostros. O las familias estarían todas en peligro.

X

El brazo en cabestrillo no desmerecía la imponente figura del coronel Francisco Saavedra. Entró a la casa por la puerta del frente, inclinándose un poco, y observó al personal a cargo del cuidado del lugar. Se sentó en una silla, cruzó sus piernas y aguardó. En pocos minutos un soldado con un pastor belga entró por la puerta. El perro comenzó a olfatear. Tras dar infructuosas vueltas se detuvo a los pies del coronel y olió el piso. Comenzó a rascar con sus patas.

El coronel hizo una seña y el soldado se llevó a su perro. Miró el piso y, tras una detallada búsqueda, logró distinguir entre los dibujos el círculo de la puerta. Se puso de pie dejando la silla donde estaba y salió de la casa. Afuera habló con el capitán, poniéndose de acuerdo en algunas cosas. Luego tomó su auto y volvió al hospital. Allí estaba cómodo.

Ser cazador era bueno, pero saber exactamente el lugar donde aparecería la presa era motivo suficiente para que se sintiera feliz. Ahora sí, el gato esperaba al ratón. El queso estaba puesto. Pensó nuevamente en su familia, en su esposa, que como mujer de soldado pasaba meses sin su hombre; o en su hija, que se criaba saltando de cuartel en cuartel, disfrutando en muy pocas ocasiones del abrazo de su padre. Sentía que el final estaba cerca y que dedicaría un tiempo de calidad a su familia. La muchacha debía saber dónde estaba su jefe y cuando saliera la convencería de que se lo dijera.

Mmmm... Podría ser muy bella, como decían, pero no tanto como su propia vida, que era lo que estaba en juego.

César estaba siendo bañado con una manguera de presión y agua helada. Le dolía el agua al chocar su piel, le dolía el ano y las bolas desesperadamente. Pero sobre todas las cosas, le dolía el haber traicionado a Diana.

Habían jurado morir antes que delatarse entre ellos.

Más nunca habían sido torturados de esa forma, tan sistemática, tan profesional, tan inhumana. Una corriente de ciento diez voltios en el culo doblegaba cualquier espíritu, pensaba ahora. Nadie puede considerarse hombre, salvo que sobreviva a una sesión de quince horas de ese tipo de tortura. Nadie.

Cuando el agua dejó de castigar su cuerpo, se puso de pie y fue empujado a un cuarto donde había una cama de cemento con dos frazadas encima y algo parecido a pijamas amarillos. No intentó ponérselas, no hubiera tenido fuerzas para hacerlo. Simplemente se hizo bolita sobre las cobijas y se durmió.

De alguna forma u otra de ahí en adelante estaba muerto.

—Se acabó la guardia, afuera todos. Ya no hay nada que cuidar aquí.

Pasados cinco días del atentado al coronel, la casa quedaba nuevamente a solas. El transcurrir de botas todo el día daba paso al silencio sepulcral de una casa abandonada. Esa tarde, en ese barrio, todo parecía reencauzarse, todo volvía a la normalidad, después de tanta desgracia y violencia en la zona.

El coronel traía esta vez zapatos deportivos negros, al igual que toda su vestimenta. Cuando el último soldado salió, se sentó en el sofá lleno de tierra y telas de araña, a tres metros de la marca circular de la puerta. En una mano una linterna potente, en la otra, una 9 milímetros reglamentaria. Era un cazador paciente. Saber a su presa debajo de él, a oscuras desde hacía un par de días con sus noches, lo confundía; por un lado el sabor de la victoria, de poder cortar la racha de homicidios de la pareja; por otro, un dejo de admiración por la entrega a su trabajo. Pero no podía dejar de pensar en su trabajo. Se jugaba su vida en cada movimiento.

La noche tendía su manto sobre la ciudad, sobre las cosas, sobre la gente. Las calles se vaciaban, pues la noche era sinónimo de violencia extrema aunque, la verdad, de día las cosas no eran mejores. Dejar de trabajar no era una opción. Difícilmente pasaban más de sesenta minutos sin que una sirena ululara en alguna parte. Eran tiempos duros, de guerra al narco, había dicho el presidente.

Tiempos donde todos eran zetas, o del golfo o de cualquier otro bando. Tiempos donde los policías dados de baja de sus corporaciones hacían sus propias bandas de secuestradores o extorsionadores. Porque darlos de baja era fácil: se les hacían pruebas de confianza, que nunca nadie supo de qué se trataban, y los que no daban el kilo, afuera. Nadie daba seguimiento, por falta de presupuesto, para ver a qué se dedicaban estos sujetos. Porque pensar que iban a ser absorbidos por el empresariado era utópico. Nadie daba trabajo a un policía dado de baja, pues era llevar un cartel colgado en el pecho diciendo que era corrupto.

Esto sería justo si encerráramos o matáramos también a tanto gobernador, alcalde y policía corrupto que están con ellos, mientras dan discursos de combate a la violencia. Malditos civiles, sin palabra, sin honor, sin valor alguno.

Cuando oyó las voces encima de ella se sobresaltó. Posiblemente estaba dormida. Se había acostumbrado a la oscuridad total, aun así no veía nada en el cuarto del sótano. Luego ese rascar en el piso, ¿que había sido? Seguramente habían arrastrado algo.

“¡Hijos de su putas madres, váyanse a la mierda todos!”, gritó en silencio.

Un caminar diferente de botas, que pasaban por encima y se perdían después, parecía dejarle libre el camino a la libertad. Había fallado en el intento de matar al coronel, pero era cuestión de buscar solamente otra oportunidad. Claro que ahora él se cuidaría más, aunque nunca sería suficiente si era perseguido por ella y por su primo. Pasaron lo que calculó unas cinco horas y decidió que estaba sola. No había querido llevar nada electrónico que pudiese ser rastreado por los federales; ni siquiera un reloj, pues le hubiera ayudado a desesperarla.

Había limpiado a conciencia el rifle, y ahora lo dejaba ahí. Tal vez un día lo encontrasen, o tal vez lo hiciera el que comprara la casa o cuando el dueño original volviera.

Ahora estaba asustada y vivía “del otro lado”. Al pararse hizo un pequeño

ruido con el arma, la alejó con el pie suavemente y escuchó. Sabía que era de noche; había aprendido a diferenciarlo con claridad del día, solo escuchando el murmullo de los autos en las calles.

Tomó un trago de agua, largo, merecido. Ya no tendría que racionarla. No quiso comer más cereal, ni carne seca, ni fruta alguna. Lo que se quedaba, ahí se pudriría. Ahora quería un buen bistec, en un buen restaurante lleno de luz, con música regional a buen volumen y compartirlo con César, su primo.

Procurando no hacer ruido tanteó la escalera de madera. Rozó una de las bolsas que había anudado para no dejar salir olor. Puso un pie sobre el primer peldaño y su crujido le pareció una bomba explotando en el interior. Se detuvo y escuchó. Continuó con el segundo y el tercero. Subió ambos brazos sobre su cabeza y tanteando encontró las agarraderas para girar la puerta y levantarla.

Un escalofrío recorrió su cuerpo; estaba nerviosa. Giró un cuarto la puerta y la sintió liberarse. Pensaba entonces que cerca de volverse loca ahí debajo, había estado. Despacio, subió la puerta redonda y la colocó sobre un lado, empujándola con la mano hasta dejar libre la salida. No era liviana, pero ella era fuerte y el deseo de salir la impelía. Siguió subiendo; la oscuridad casi total del cuarto de la casa le ayudaba a no encandilarse después de tanta ausencia de luz por cinco días.

Salió, tomó aire sin olor a sus propias heces y meadas y sonrió para sí. Se hincó en el piso y, tomando la puerta con cuidado, la colocó donde iba y la giró hasta sentir el chasquido que la anunciaba que había estado bien cerrada. Se puso de pie, se acercó al vidrio de una ventana y miró afuera. La calle estaba vacía, no se veía guardia alguna alrededor. Sintió frío y se frotó los brazos fuertemente. Se dispuso a salir al exterior enfilando hacia la puerta trasera.

¡¡Click!!

El chasquido metálico la congeló en el piso. Era el martillo de una pistola.

—Hola, Diana.

La luz se encendió y sintió en sus ojos algo muy parecido al dolor. No pudo ver quien estaba ahí, aunque no había que ser un genio para darse cuenta.

—Coronel.

Ahora se quitó despacio las manos de su rostro y lo vio. Sentado, piernas cruzadas, vestido de pants negros al igual que sus zapatos deportivos. Y la

pistola, amartillada en la mano derecha. Sonreía.

—Eres muy buena muchacha, me gustaría tenerte entre mis filas.

—¿Qué tipo de contrato ofrece?

—Muchacha, creo que ya estás fuera del período de contratación, lamentable.

Diana, sin pedir permiso, se sentó en la silla que esa misma tarde había ocupado el coronel. Puso su rostro entre sus manos y supo que estaba perdida.

—¿César?

—Vive. Deberías estar orgullosa de tu primo. Su mente lo traicionó después de quince horas. Te aseguro que pocos duran más de las dos primeras. Todo un hombre, tienen buena genética ustedes.

—Por supuesto, coronel. Somos hijos del rigor, no de la buena vida.

El coronel bajó su pierna de la otra y se inclinó al frente.

—¿Dónde está Esteban?

—Ni idea.

—¿Crees aguantar quince horas como tu primo?

Sabía de qué se trataban las quince horas referidas. Un ligero escalofrío se apoderó de ella y no pudo dejar de sentir miedo.

El coronel tenía un brazo en cabestrillo, si lograba sorprenderlo tenía una oportunidad. Si fallaba estaba muerta. Aunque quizás no se atreva a matarla sin saber antes de su jefe, vaya disyuntiva. Mucho riesgo.

—No, no aguantaría tanto. Soy mujer. Soy más débil.

—Si tú eres débil, yo soy Santa Claus. Aguantar ahí abajo cinco días es un entrenamiento que algunos de mis GAFES no aguantarían sin volverse locos. Eres fuerte, peligrosa e inteligente. Apelo a esa inteligencia para que nos evites a todos el tener que maltratar un cuerpo como ese. Sería una lástima.

Detrás de sus calmadas palabras estaba el hombre al que ella había matado su hermano, y se sabía responsable del cabestrillo de su hombro. No la iba a dejar ir, ni a perdonar, ni a matar. La iba a hacer pagar cada una de sus tropelías a su manera. Estaba perdida, pero quería alargar el momento en busca de una oportunidad. Sabía que para intentar escapar tenía que estar viva.

—¿Podemos negociar?

—¿Negociar? ¿Qué puedes tener para negociar? Tenemos a tu primo, te tengo a ti y tú me llevaras a Esteban, con o sin negociar.

—Esteban no es idiota, es muy peligroso. Seguro que lo quieres vivo.
El tutearlo era una táctica para confiarlo.

—Muchacha, él sin ustedes no vale un carajo. ¿Quién disparó a mi hermano en Michoacán?

Tragó saliva antes de responder.

—Gente de Esteban, de ahí del estado.

—Cuando sepa quien fue, va a desear mil veces la muerte. Me encargaré de eso personalmente. Pero tú me debes esto, porque la suerte estuvo de mi lado. Es suficiente para que te mate ahora aquí mismo. ¿No crees?

—Le creo, pero le sirvo más viva que muerta por ahora.

—No estés tan segura. Si a tu primo le mostramos nuevamente el tubo eléctrico, seguro nos hace un mapa de dónde encontrarlo.

El suponer el tipo de torturas soportado por César le hizo rodar una lágrima. La secó con el dorso de la mano.

—No puede arriesgarse, coronel. Mi primo no conoce a Esteban, él me cuida a mí y la mayoría de la información jamás la conoce salvo a través de mis historias.

De pie el coronel impresionaba más. La pistola se levantó lentamente y el ojo negro del cañón apuntó a la cara de la joven. Sintió temblar las piernas pero no quitó la vista de los ojos de su interrogador. Cuando el disparo reventó delante de ella, sintió el calor de su propia orina escurriendo por sus nalgas.

—Esta vez desvié el arma. La próxima me llevo tu linda cara al mismo infierno. ¿Dónde está Esteban?

—No lo sé. Se lo juro. La última vez salimos de su casa en Monterrey. Y dependiendo de los informes de esta operación se establecerá el nuevo sitio de reunión. Si César está preso y yo inutilizada debe andar ahora a salto de mata, quién sabe en qué puto pueblo, coronel.

Como no dejaba de tener su lógica el comentario de la joven, el coronel se sentó nuevamente. Una patrulla militar estacionó afuera en ese momento, irrumpiendo el capitán y dos soldados al interior, armas en mano.

—Llévenla al cuarto de tratamiento corporal, al mismo donde su primo dejó las tripas.

No había llegado a esos niveles por confiado, ni por estúpido. Cuando pasaron dos días sin novedades, olfateó problemas en el aire y organizó la huida. Sabía que los pri-

mos eran buenos, también que los panteones estaban llenos de tipos que se las sabían todas. Hizo una maleta rápida, la puso junto a la del dinero y bajó las escaleras de su departamento.

Llegó a la puerta y se cruzó con la señora del piso de abajo, que lo saludó cortésmente; él no regresó saludo alguno. Puso las maletas en la cajuela del sedán Jetta robado hacía poco más de dos meses, y al cual habían “legalizado” gracias a la corrupción imperante en el Instituto de Control Vehicular, que había clonado más de trescientas mil placas con sus respectivos papeles falsos para venderlos a las bandas de robacoches, muchas de ellas trabajando al amparo de las mafias del narcotráfico y custodiadas y amparadas

en la calle por la policía local. Sonrió al pensar cuántos autos habían legalizado y que cuando el director fue cesado de su cargo por ese fraude ya había costado decenas de vidas. Y ni siquiera se le abrió una investigación.

“Cuando tienes un gobernador a tu cargo, las cosas se facilitan. Lástima los putos federales, esos son los que se han puesto duros ahora”.

Subió al auto y partió raudamente. Estuvo a punto de atropellar a un niño cuando corrió detrás de la pelota que cruzaba la calle y su chirrido de frenos llamó la atención a todo el vecindario. Pudo ver varias cabezas asomarse, e incluso hubiera jurado que la señora de la tienda de abarrotes anotaba algo.

—Putra madre, muchacho de mierda, ¿me pusiste el dedo!

Aceleró esquivando al muchacho asustado y se perdió en la tarde.

Diana no era miedosa, había estado en la cárcel y estaba curtida. Recordó una vez que su compañera de celda se acercó a ella en la noche y comenzó a acariciarla mientras dormía. Al principio le pareció un sueño, luego se despertó totalmente y sintió la lengua de la mujer en su espalda. La dejó hacer un momento, descubriendo que incluso no le disgustaba la idea. Sintió los

dedos de la mujer separando sus nalgas y después la lengua escarbando entre ellas. Inconscientemente abrió las piernas y los dedos de la mujer acariciaron su sexo por detrás. Un suspiro se le escapó y la otra lo tomó como una aceptación tácita. Los dedos escarbaron y penetraron, levantándola un poco del colchón delgado de la cama de cemento.

Sin mediar palabra alguna se dio vuelta boca arriba y la dejó hacer. Aquella lengua sabía recorrer con lujo de detalles su intimidad, mujer al fin. Se sintió inundada. En la semioscuridad de la celda la vio sonreír y acercarse a su rostro. Dejando una pierna debajo en el piso, la otra la pasó sobre su cara dejando su sexo a centímetros de su boca.

Se dio vuelta y le dio la espalda, para ella estaba todo bien hasta ahí. No para su compañera. La tomó de los cabellos y la dio vuelta fuertemente. Diana sonrió entonces, empezó a acariciar las partes íntimas de su compañera, luego metió su dedo mayor en el ano y el pulgar en la vagina, acariciando con ambos a la vez. Cuando la mujer inclinaba su cabeza hacia atrás cerró la pinza de sus dos dedos, y sintió primero la contracción del cuerpo al que siguió el alarido de dolor.

—Acepto que me hagas venir de vez en cuando, pero jamás esperes que meta mi lengua en tu sucia cueva, gorda de mierda. ¿Está claro?

En primera instancia, intentó resistir, pero el dolor la doblegó y cuando vio los ojos fríos de la muchacha clavados en los suyos decidió que no era rival para ella.

—Sí, entendí. Está bien, déjame por favor. Duele mucho.

Aflojó la pinza y la soltó. Luego se puso de pie, fue al baño y se lavó las manos. Se acostó como al principio, boca abajo. Y se volvió a dormir.

Ahora la situación era diferente.

Estaba descalza, con sus pantalones negros ajustados a su cuerpo y la blusa del mismo color nada más. Su pelo suelto, sucio, con olor a encierro y sudor, se le venía a la cara. Los tres hombres se miraban entre sí sonriendo, luego a ella. Estaba consciente de que sería una prueba dura, pero no podía traicionar a su primo. Estaba segura de que, al menos, donde estaba Esteban no lo había dicho.

Uno de los hombres se acercó a ella. Estaba desarmado y le pareció que tenía oportunidad de doblegarlo y quebrarle el cuello, pero los otros dos

estaban armados y a más de cinco metros. Demasiada distancia para tener alguna oportunidad antes de que la mataran. Se dejó hacer.

El hombre tomó una de sus muñecas y amarró la esposa con la cadena, haciendo lo mismo luego con la otra. Amarradas ambas, jaló las cadenas y las trabó dejando perfectamente extendidos sus brazos en un ángulo de cuarenta y cinco grados hacia arriba. Luego lo vio agacharse y maniobrar con sus tobillos, que fueron asegurados al piso con dos grilletes y cadena corta. Terminada la tarea de sujeción, todos parecieron relajarse. Posiblemente alguno de los anteriores interrogados en esa sala habían intentado algo antes de ser torturados, por eso la precaución inicial y la sonrisa al final del proceso. Se reunieron los tres nuevamente. El mismo sujeto se acercó a una mesa con cosas que brillaban encima de ella en un rincón oscuro, así que no pudo saber de qué se trataba el asunto. Hasta que se acercó con las tijeras en la mano. Sonriendo se paró detrás de ella y sintió en la espalda el frío del metal cuando empezó a cortar desde abajo hacia arriba la tela de la blusa. Luego cortó las mangas a lo largo hasta juntar los cortes y dejarla en prenda interior en la parte de arriba de su cuerpo; los dos de enfrente no pestañeaban siquiera.

Las tijeras empezaron a cortar por un lado el fino pantalón negro. Desde la cintura hasta el tobillo. Repitió al otro lado y jaló la prenda al suelo, arrastrándola después hasta la pared. La escultural mujer estaba ahora con su tanga y sostén negros, de fina lencería, a la vista de tres machos ávidos de ver un cuerpo tan hermoso. Luego hizo solo tres cortes más, uno al sostén y dos a la tanga. Ambos quedaron tirados en el suelo; le habían dicho antes que su ropa se veía muy bien tirada en el piso de un cuarto, estaba segura que este no era el caso. Pasados más de veinte minutos, nadie tomaba iniciativa de nada. Las muñecas ya le empezaban a doler y los hombros a acalambarse cuando entró un cuarto hombre. El capitán Fernández.

Miró a la mujer y, sin hacerle mayor caso, se acercó a la mesa. Hizo algunos ruidos con el herramental y Diana llegó a suponer que intentaba ponerla nerviosa nada más. Con algo hecho ovillo en su mano se acercó a ella, la enfrentó mirando sus ojos a menos de diez centímetros y preguntó:

—¿Dónde se esconde Esteban?

Ella sonrió.

—Ni idea de quién hablas siquiera.

—Tu primo duró muchas horas, es muy valiente. ¿Lo serás tú también?

—No lo sé, siempre me han tocado hombres más caballeros que usted.

El capitán sonrió y acercó una silla de plástico a la parte de atrás de su víctima. Sin poderlo ver, un desconocido miedo se apoderó de su columna vertebral.

—No sabía que en el ejército había maricones para estos trabajos.

No obtuvo respuesta. Sintió enseguida dos toscas manos separar sus nalgas duras y algo frío tocarlas en su centro. Después, sin piedad alguna, ese frío la inundó. Sintió el metal penetrar dentro de ella y el ruido de la silla al correrse en el piso.

—Tienes un culo hermoso, muchacha. ¿Estás segura que lo quieres chamuscado?

—Espero que me mates cuando termines, o no vivirás en paz jamás.

Le habían contado de lo desagradable que puede ser un choque eléctrico en las partes más sensibles del cuerpo humano, pero no estaba lista para experimentarlo. Sintió el temblor feroz de sus piernas amarradas y un golpe en el cerebro que se retransmitió a todo su sistema nervioso. El grito fue auténtico. De un dolor indecible.

Durante los tres segundos que duró la prueba se orinó totalmente, y supo que cuando sacaran el tubo vaciaría sus intestinos. La boca se le había secado y el corazón repicaba en sus sienes. Su pelo se adhería a su boca e intentaba escupirlo sin éxito.

—Esteban debe haberse dado gusto con este cuerpo de Diosa.

—Por supuesto —dijo con voz entrecortada—. Fuera de aquí hay hombres de verdad. Los maricones los ponen a torturar mujeres indefensas, ¿no sabía?

El capitán sacó el tubo y se paró frente a ella. Luego lo tomó con su mano enguantada y lo pasó por sus labios. Le asqueó el sabor de sus propias heces. Sabía que era solo el comienzo de una larga sesión.

—¿Aún no recuerdas donde vive tu jefe? Dime que no, por favor, dime que no; necesito seguir con esto, es algo sublime.

—Esteban debe estar ahora..., tal vez dándole por el culo a tu puta madre, ¿no crees eso?

Vio la sonrisa y la atención de los guardias, cuando el capitán dejó el tubo

sobre la mesa y tomó otra cosa. La mordida de las pinzas en los labios de su vagina fue de por sí dolorosa. Cuando vio el cable que iba a ser enchufado a la pared contrajo todos sus músculos pélvicos para intentar conservar la firmeza. Fue inútil, cuando la electricidad entró por su sexo supo que lo caliente que escurría por sus piernas eran comidas del día anterior. Lo que más le molestaba era no poder evitar los gritos. No quería darles ese gusto, pero estaba más allá de sus umbrales de dolor.

—Supongo aún no sabes dónde encontrarle.

Por respuesta, el capitán obtuvo silencio. Hizo una seña a sus hombres, los tres desaparecieron por la puerta. Después tomó las pinzas metálicas a los extremos del cable y las instaló en los pezones, duros y erguidos. El dolor era fuerte, pero se amortiguaba al sentir las pulsaciones de la electricidad en su vagina. Esta vez vio perfectamente cuando las patitas de bronce del enchufe ingresaron en la pared. Fueron dejadas ahí un tiempo excesivo. Cuando despertó, César estaba enfrente, esposado de pies y manos.

—Prima, no lo hagas. Él no se lo merece, es tan cabrón como estos. No dejes que te sigan haciendo daño, por favor.

—No es cuestión de merecerlo o no, César. Es cosa de prestigio personal, ¿entiendes? Si no te gusta trata de nover, esto apenas empieza.

El hombre se la quedó viendo. Aparte de ser su prima, su compañera de armas y su protectora, Diana era endiabladamente hermosa. Nunca la había visto así como hasta ese momento. Cosas de la vida.

El capitán volvió al tubo inicial. César abrió la boca como para gritar pero no le salió grito alguno. Vio como el torturador separaba las nalgas con deleite. Luego, con la mano izquierda aguantando la separación, tomaba el tubo con la derecha y lo introducía en su compañera. Estuvo a punto de gritar alguna maldición, pero su grito hubiera sido ahogado por el de su prima, que se retorció como una víbora en sartén caliente para nuevamente desmayarse colgada del techo.

—Prima, por favor, detén esto. Te van a matar, van a desgraciarte la vida.

—César, silencio... es, algo personal... ¿entiendes? Me pueden matar, lo sé, más no deben encontrar a Esteban. Sería tanto como ayudar al coronel a acabar con todos nosotros. Estamos acabados, primo; deja que me maten estos maricones, son menos que putos, son animales y putos. Al cabo, más hijos no

pienso tener ya.

Supo que había hablado de más, era tarde.

—Ok, llévense a ese maldito adonde estaba. Al rato me visitará.

Esperó a que se llevaran al primo de su interrogada y tomando la cara de ella con la mano izquierda, le preguntó.

—Tienes hijos, entonces. ¿Dónde los tienes, putita preciosa, dónde?

—Si no denuncio a mi jefe, ¿imaginas que te diré de mis hijos? ¿Eres tan estúpido?

—Te juro que en dos horas más sabré que número calzan tus hijos, pendeja.

El capitán salió del cuarto de interrogatorios y dejó solo un guardia al cuidado de la joven.

XI

Esteban entró al pueblo, a escasa hora y media de Monterrey. Pasó la gasolinera a la izquierda y se internó en Lampazos. Conocía gente en ese lugar que no podía negarle amparo. El pueblo era tan viejo y pequeño que todos jugaban diciendo que tenía más gente en el panteón que viviendo en él. Pero estaba ubicado en un lugar desde donde se podía huir por carretera, o perderse en los montes bajos siguiendo el curso de algún arroyo cercano. Frente a la casa alta, antigua y despintada, se detuvo. Bajó de su carro, subió a una banqueta de algo más de cuarenta centímetros y levantó la aldaba de bronce y la dejó caer sobre la contraparte atornillada a la madera. Repitió la operación varias veces hasta que se abrió la puerta. Sin decir una palabra ingresó con sus dos maletas. La puerta se cerró detrás de su espalda.

—Esteban, ¿qué haces aquí?

—Vacaciones, José. Una semana. ¿Puedes darme albergue?

El hombre sabía en qué andaba; era su primo hermano. A pesar de eso, no podía echarlo a la calle; en varias ocasiones había hecho buenos negocios con terrenos y dinero que su primo le había facilitado. No le debía dinero, solo favores. Y los favores se pagan. En este caso, si no se pagaban, seguramente Esteban mandaría otro habitante al panteón.

—Sabes que cuentas conmigo, ¿te vieron llegar los vecinos?

—No había nadie afuera, ya es tarde. Pero necesito un favor.

—Lo que pidas.

—Desaparece el auto. A esta hora debe estar ya siendo buscado. Cuanto más lejos lo dejes más me ayudas.

—Yo me encargo.

Pronto sintió el murmullo del automóvil desplazándose por la calle hasta perderse en la noche. Se movió y guardó la maleta del dinero detrás del viejo sofá; la de la ropa la dejó en un cuarto que al parecer estaba solo desde hacía tiempo. La casa era antigua, enorme en altura y con puertas de hojas dobles de madera cuarteadas por el paso de los años y por el clima extremo de la región. Puso la maleta de la ropa sobre la cama, luego la colocó en los armarios a los lados del cuarto. Le preocupaba el dinero. Era una cantidad razonable con la que, posiblemente, podía comprar a casi todas las autoridades de la zona. Pero más le preocupaba perderlo todo. Sin dinero, sus días estaban contados.

Habían pasado dos horas cuando regresó José.

—Listo. Se lo llevó el tren.

—¿Lo quemaste?

—No, lo atravesamos al tren en la noche, cerca del entronque a la brecha del gas, en Anáhuac.

—Eso puede dejar huellas en el volante, primo pendejo.

—Mañana que leas lo que queda cuando un auto con el depósito lleno y bañado por dentro en gasolina se atraviesa al tren me regañas, primo. La bola de fuego se arrastró más de ochenta metros antes de que se detuviera el tren; no quedó nada, puro hierro retorcido y quemado. Las placas están en una acequia cercana. Sabes que lo van a identificar por número de motor y esas cosas, pero al menos te dará más tiempo.

—Bien por ti, eso merece recompensa y la tendrás.

—Una de cal por tantas de arena.

Sentados en el sofá hablaron de tiempos pasados, del paso tranquilo de droga al otro lado arreglado con autoridades, tanto mexicanas como americanas. De cómo ahora, con este presidente guerrero, habían empezado a patear los nidos de las avispas.

—Si los gringos gustan de comerse esta mierda y su gobierno no hace nada

por impedirlo, no entiendo por qué diablos tenemos que matarnos entre nosotros para que ellos no reciban la droga. Antes nos daban a cada grupo nuestras rutas, se arreglaban aduanas y federales. Hasta los gringos participaban. Ahora todos están remilgosos, nadie jala ni con grandes sumas de lana.

—José, todo es política de alguna forma. No le dieron al precio al presidente, o alguien le dijo que esta guerra era fácil. Ahora está hasta el cuello en este pedo y no puede quedarse a medias, ni puede ganar fácilmente. Así que sabe que sigue un baño de sangre con las armas que los gringos nos venden a nosotros, armas que compramos con dinero de la droga que le vendemos a ellos.

—¿Esto acabará algún día?

—Es demasiado bueno el negocio para acabarlo, pero nos obligan a vivir a salto de mata, corriendo de escondite en escondite y no como antes, que sabías que la ley estaba arreglada para dejar jalar a todos. Ahora, con eso de las pruebas de confianza, los que no son derechos los dan de baja y se vienen con nosotros. Pero no es acá donde nos ayudan, José, es en la calle. Ahí los necesitamos a todos.

—¿Y tú de qué huyes, primo? Y solo.

—Un coronel acabó mi grupo en Tamaulipas. Mató a mi sobrino Ignacio, el hijo del finado Chema, ¿recuerdas? Se la juré al maldito e intenté matarlo. Primero matamos un hermano en Michoacán y después mandé a matarlo a él en Nuevo Laredo. Por lo que sé sigue vivo y mis hombres no regresaron. Si viven, los tienen los sardos o los mataron. Es un misterio para mí. ¿Te imaginas con qué ganas me busca el cabrón? Tiene mucha gente a su cargo y, por lo que he podido averiguar, también equipo y hasta un Black Hawk. Qué hipocresía de los bolillos. Primero comen toda la mierda del mundo, después exigen a los países productores que controlen los cultivos; pero venden armas a las guerrillas y narcos de la zona y, no conformes con eso, hasta se atreven a pedir certificaciones de lucha a esos países más pobres que nosotros. Pero ya me fui a la política otra vez; ahora traigo este pinche pitbull de los tobillos, y ni miras de que vaya a soltar su presa.

—Ufa, estás hasta la madre de broncas. Acá te puedes quedar, no creo que nadie te asocie conmigo. En el pueblo hay muchos jalando chueco como tú,

todos los conocemos, nadie dice nada. Uno más, ni ruido hace.

—Gracias. Si no regresan mis muchachos estaré tan solo como al principio.

—¿Y si regresan, dónde te buscarán ahora?

—Dejé algunas señas en mi departamento, ellos sabrán cómo dar conmigo. Teníamos una lista de cuatro o cinco escondites, una manera fácil y efectiva de encontrarnos si alguna redada nos separaba.

—Esto es mucho riesgo para mí, Esteban. Trata de que no te vean los vecinos ni hagas ruidos fuertes. Ahora estoy limpio y no quiero broncas con ley. Es difícil sobrevivir en estos lados. Si te metes en líos donde asocien drogas y huidos, de plano te mueres de hambre.

La plática se estiró hasta la medianoche. Cenaron un machacado con huevo que guisó su primo y se acostaron. La viudez de José y sus hijos estudiando en Monterrey facilitaban las cosas. Lampazos estaba en la ruta a la frontera, una ruta usada por los “exportadores de droga” de la zona. También una zona donde los secuestros a ganaderos estaban a la orden del día. El flagelo del secuestro parecía estar fuera de control. Podían pedir un rescate de dos o tres millones de pesos por un ganadero o quince o veinte mil pesos por un secuestro exprés, pero de todas maneras, el secuestro era el más temido delito. No solo porque familias enteras habían quedado en la calle, sino porque no pocas veces el castigo físico y psicológico solía ser terrible.

Mujeres que eran violadas entre varios a la vez en su cautiverio, hombres golpeados con maderas tantas veces que estaban casi todos morados cuando los regresaban a sus casas y, lo peor: a veces, con todo y el rescate pagado, encontraban los cuerpos de los secuestrados tirados en alguna carretera.

Seguramente lo mataron porque conoció a alguno de sus captores era la más socorrida excusa por la autoridad. Mal momento para tener amigos, peor momento para presumir con ellos de lo que se poseía.

César estaba sentado en su celda cuando el capitán se agarró de los barrotes.

—Se desmayó tu prima y no podemos despertarla. Pero nos confesó de sus

hijos. Supongo que sabes dónde los tiene, ¿no?

—Ella jamás hablaría de eso.

El capitán sonrió y él se dio cuenta de que había caído en la trampa como un novato. Era tarde para rebobinar las palabras. Muchos de sus errores eran producto del mismo

castigo y del cansancio.

—Ella solo nos dijo cuántos eran y su sexo, tú confirmarás eso y dónde viven. ¿Qué te parece la idea?

—Ustedes están enfermos, meter niños a esta guerra es para cobardes.

—¿Me lo dices o te lo sacamos? ¿Aún puedes cagar sin que te duela el culo? ¿O aún sientes las ampollas arder cuando te limpias?

—Malditos sean. Es una niña, no sé dónde está, ella es muy celosa de eso. Nadie sabe su escondite.

—¿Una niña, eh? ¿Quién la cuida?

—Ni idea. Se lo dije ya, ella no habla de eso; es algo privado y que ella guarda celosamente. Es la razón por la que hace todo esto.

—Si ella dice quién la cuida y nos enteramos que tu sabías, no vas a volver a cagar jamás. Yo personalmente me encargaré de eso.

César tembló. El dolor de su cuerpo estaba vivo aún, los ojos de su interlocutor dejaban poco lugar a dudas. Sus testículos estaban morados e hinchados y ni hablar de su retaguardia. Le dolía como si le hubieran insertado un hierro al rojo vivo.

—Sé que la cuida su madre, nada más.

Sonrió dando un golpe a los barrotes con la palma de la mano; el militar lo dejó solo nuevamente. Caminando hacia la celda de Diana empezaba a darse cuenta de que disfrutaba con eso; y cuando alguna sospecha de cargo de conciencia amenazaba entrar a su vida revolvía entre los recuerdos e imaginaba a su familia masacrada, gritando que no les matasen. Con eso recargaba las pilas.

—Coronel, creo que ha avanzado poco y se ha excedido en días.

—General, ya ha visto los avances. Ya sabemos que ellos mataron a la

hermana y al hijo de Esteban. Eso me exonera de ese crimen.

—Eso es extraoficial, coronel. Los modos de recibir esa información no pueden ser llevados a juicio, usted lo sabe. Y sabe también del peligro de tener viva a esa pareja de alimañas.

—Quiero a ese hombre, señor. Sé que estamos cerca, muy cerca. Son duros, esto es tardado, pero el hombre resultó más fácil. Deme más tiempo.

—Adelante. Los de la CNDH andan preguntones por acá.

—Esas lacras.

—Sí, son lacras, pero es una forma de mostrar al mundo que somos “civilizados” ya. Es pura política, aunque se dediquen a defender lo indefendible de esta nación.

—Gracias, general.

Saliendo de la oficina del general dio la orden al chofer de arrimarlo a la sala de interrogatorio, dentro de la misma zona. Llegando el capitán casi tropezó con él, pero lo saludó militarmente y detuvo su marcha.

—¿Cómo va, capitán?

—La mujer tiene una hija a la que cuida su madre.

—Esa es información valiosa. ¿Dónde están?

—Ahora iba a preguntarle a la mujer.

—Vamos.

Caminaron cinco minutos, y tras atravesar un par de puertas bien custodiadas llegaron al cuarto. No pudo evitar asombrarse por el cuerpo sudado de la joven. Sin duda era hermosa.

—Adelante, capitán.

Al oír su voz, Diana levantó la cabeza y le sonrió. Él asintió a modo de saludo.

—Bueno, muchacha, creo que confiabas demasiado en tu primo. Colgarlo de los huevos de los barrotes de su celda le estiró la lengua. Dinos dónde están tu madre y tu hija.

Los ojos de la joven se agrandaron. Fue suficiente para que el militar supiera que había dicho la verdad. Era cuestión de tiempo el averiguar dónde estaban ambas.

—Máteme, una y mil veces. Jamás se lo diré.

—No te equivoques, muchacha, no voy a matarte.

Pero te propongo un trato. Tú nos dices dónde está Esteban y yo me olvido que tienes una madre y una hija.

—¿Sería capaz de hacerle daño a una niña?

—Es una guerra.

La cabeza de la joven se colgó y pareció perder toda su fortaleza. Con los ojos brillando de lágrimas contenidas levantó la vista al fin.

—Anote la dirección, prométame dejar en paz a mi hija.

—Es un trato de soldado a soldado. Tenemos la consigna de obligarla a hablar a como dé lugar. Su actitud marcará la diferencia en lo que hagamos o dejemos de hacer, espero eso le quede claro.

—Jamás pensé que la gente pudiera ser tan ruin como para meter en una guerra a una anciana y a una niña.

—¿Se puede saber cuál es la diferencia entre su madre y su hija, y la señora hermana de Esteban y su hijo con parálisis cerebral? —Diana bajó la cabeza—. No me vengas a mí con gestos humanitarios. No usted o su hermano o ese maldito Esteban. Son alimañas depredadoras de todo en la tierra, no les queda el asustarse de lo que les pueda pasar a su propia familia.

Al final Diana soltó las palabras, todas. Dirección, cómo llegar, nombres.

XII

La gente de la colonia Mitras se asombró cuando el edificio de departamentos de la calle Tuxpan amaneció rodeado de camionetas y soldados. En poco menos de un cuarto de hora todas las salidas estaban copadas y los vecinos eran conminados a permanecer en sus casas y mantenerse bajo llave. También eran invitados a mantenerse lejos de las ventanas, podía haber disparos. Sobre algunas azoteas, francotiradores tomaban posiciones.

Un grupo especial entró por la puerta principal. Llegaron al número veintidós indicado por la delatora; tocaron la puerta manteniendo sus cuerpos a los lados de la misma. Tras repetir otra vez reventaron la cerradura y entraron.

—Está vacío señor.

El coronel entró al apartamento. En efecto, estaba solo, pero atestiguaba una salida presurosa del mismo.

—Investiguen afuera, alguien debe haberlo visto salir, interroguen vecinos, a todo mundo.

Nuevamente en ceros. El coronel estaba furioso. Siempre un paso atrás, como si alguien de adentro le hiciera llegar información a tiempo; eso sucedía a menudo, que alguien de las filas federales se vendiera y pasara información de operativos programados. Pero las posibilidades de filtraciones en este caso eran muy reducidas, prácticamente se actuaba al momento y la gente que estaba involucrada participaba directamente en los operativos. Esteban simplemente demostraba a cada paso por qué había llegado tan alto en la pirámide del poder de esa organización delictiva.

Revisaron el lugar, encontraron poco de valor. Ropa de mujer, supuso de Diana, algo de hombre que le podía quedar a su primo y el resto, en el cuarto más lujoso, supusieron habían sido cosas de Esteban.

Revisaron las paredes a conciencia y buscaron dentro de las lámparas. Nada.

Abrió el coronel una alacena y comenzó lentamente, una a una, a sacar latas de atún, botellas de aceite de oliva y todo lo que en una despensa tenía que estar. Un trozo de cartón con una palabra extraña llamó su atención.

“PRI JO LAM”

Escrita en mayúsculas no decía nada y todo podía ser. La guardó en su chaqueta y abandonó el lugar. Afuera un soldado le presentó a una señora vecina del edificio.

—Coronel, dice que el hombre de este departamento salió ayer con dos maletas muy apresurado, y que en la salida casi atropella a un niño que jugaba en la calle y anotó las placas de su auto.

El coronel tomó el pedazo de papel e hizo un saludo militar a la señora, estrechó su mano después y salieron del lugar.

—Capitán, que busquen este auto gris con estas placas de Monterrey.

—¿Serán reales señor?

—En este estado todo puede ser y nada a la vez. Búsquelas.

—Sí, señor.

Cuando llevaban una hora de viaje rumbo a Nuevo Laredo y estaban a punto de llegar a las casetas de pago de la autopista, una llamada brindó más información.

—Señor, ese auto fue embestido por el tren hace dos noches, en el cruce la vía del tren con la brecha del gas, delante de Anáhuac.

—¿Qué piensa usted?

—Lo reventaron para no dejar rastros. Se llevaron las placas de circulación.

—Sí, eso creo, pero puede indicar que el sujeto esté cerca. Anáhuac, Lampazos, cualquier pueblo o ranchería de la zona. Está solo. ¿Quién lo puede ayudar?

—No lo sé, creo que la muchacha puede decirnos algo más.

—No la mate, cuidado.

Las muñecas de la muchacha sangraban, las manos se le habían puesto moradas. Ordenó bajarla y asearla. En el mismo cuarto donde bañaron a su

primero la bañaron a ella; con la misma manguera de presión. Atontada por el agua y la tortura, no se preocupó de cubrirse, el agua era una bendición después de lo pasado. Sentía que su trasero estaba realmente quemado y lleno de ampollas; ni hablar del resto, todo era un fuego que ardía.

—Arriba, muchacha. Denle algo de comer y agua. Vuelvo en dos horas.

Diana supuso habían tenido suerte. Solo eso explicaba el “buen trato” recibido. Dedujo que Esteban estaba muerto o preso. En cualquier caso, fuera de circulación. Se durmió, pensando en que de nada le serviría tanto dinero guardado si al cabo iba a morir de una forma tan poco honorable.

Matar era su trabajo y no pocas veces lo había hecho contra su voluntad. Pero una cosa es matar a alguien que es malo, que extorsiona, roba o mata familias completas, y otra matar a inocentes que abren desmesuradamente sus ojos ante la sola presencia del cañón de un arma. Esas muertes pesaban en la consciencia. Los ojos en la carita asustada del sobrino de Esteban se acostaban con ella a veces, llegaban en la noche y la visitaban, sonriéndole siempre. Tal vez era hora de empezar a cosechar tanta lágrima que había sembrado.

Cuando sintió los golpes sobre el metal, le pareció que un herrero hacía su trabajo a la distancia. La insistencia terminó por despertarla totalmente; se supo desnuda pero no le importó. Ahora la belleza y la vanidad tenían el mismo valor que una caja de cartón vacía. Era simplemente un cambio en las prioridades de su vida.

—Muchacha, su información fue buena, pero el pájaro había volado ya. La seguimos ocupando, usted debe saber de su nuevo escondite.

Diana se esforzó por no sonreír. Esteban se les había escurrido nuevamente. Lo que menos intención tenía de hacer era causar la ira de ese hombre, que sabía sacar dolor con tanto goce de su parte. Intentó sentarse en el camastro. No lo logró, su cuerpo aún temblaba todo y era incapaz de sostenerle en pie. La entropierna le dolía más que el momento mismo en que su hija había abandonado su cuerpo al nacer. Era una parición congelada en el tiempo.

—Ahora es un fugitivo para ambos, capitán. Y un peligro para todos. Seguro piensa que lo entregamos y buscará matarnos igual que a usted y a su coronel.

—Está solo, asustado, y pocos estarán dispuestos a ayudarlo. Es una papa caliente. Sé que ustedes son mercenarios para él; tal vez sea cierto que no sabes dónde está.

—Ni idea, ahora que huyó así puede haber huido a cualquier parte.

—¿Hasta por tu hija y tu madre?

Diana logró incorporarse ante la pregunta.

—Solo sabe de su existencia.

—No estaría tan segura.

El capitán partió sin voltear a verla.

Diana se acostó nuevamente y empezó a repasar en su mente las conversaciones con su ex jefe. No recordaba haber mencionado para nada la ciudad donde estaban su madre y su hija; un temor instintivo y maternal se apoderó de ella. Todo podría soportar, pero si ellas caían en manos de Esteban estaría perdido para todos.

Tenía que encontrar una salida. Ahora tal vez le daban la llave para negociar algo que mantuviese con vida a ella y a su primo. Estaba demasiado cansada, agotada y torturada para pensar con claridad.

Durmió nuevamente.

Con una llamada supo que su departamento había sido allanado.

—Malditos. Están vivos, el coronel está vivo y soltaron la sopa. Imbéciles, ahora tendré que matar a los dos, o a quien esté vivo de ellos.

Pidió a José que fuera a Nuevo Laredo e investigara algunas cosas. Este se resistió al principio, pero se dobló ante un fajo de billetes verdes. Tomando su vieja Ford 1991 partió, con dos cabras en la caja debidamente amarradas, a la frontera. Siguiendo las indicaciones de su primo preguntó y preguntó más.

La ciudad había estado muy movida al parecer. Habían matado una señora y a su hijo enfermo, días después quisieron quemar su casa y al fin lograron volarla en pedazos. Se decía que el ejército había capturado una “vieja muy buena” en la casa de enfrente y la habían llevado a los cuarteles. Nada supo del primo. Nadie sabía nada.

A la salida se detuvo en una cantina solitaria. Como todos los negocios en

esa época de violencia extrema, si no los apagaba la falta de clientes lo hacía el pago de derecho de piso que ejercían las bandas protegidas por el narco.

José era afecto a la cerveza, y con el dinero del adelanto de Esteban se dio gusto. En charla con el cantinero y su ayudante supo que los tiroteos eran diarios, y que la prensa estaba pagada o amordazada para no decir nada, “dizque porque corrían el turismo esas noticias.” Dos horas más tarde, después de batallar un poco para meter la llave de ignición y darle vuelta reinició el regreso a su casa.

Así supo su primo que tenía una empleada capturada, quizá viva, y del pariente de esta ni rastros. Pensó en el mensaje dejado a ella en la alacena y decidió que no era peligroso. De los varios sitios que tenía para esconderse ese era el menos probable de ser descubierto, al menos eso le había dicho a ella varias veces. Decidió arriesgarse. Tal vez a base de torturas, a los primos podían sacarles su dirección de Monterrey, pero la fama de ambos como “mudos ante la ley” le hizo pensar que si encontraba el papel se guardarían muy bien de transmitir el significado a los federales.

—Dígale al capitán que quiero hablar con él.

El guardia salió del pasillo y regresó en pocos minutos. Estaba sentada en la cama, desnuda completamente aún, cuando el militar se apersonó con ella. Había venido rápido.

—¿Puedo ayudarle?

—Quiero proponerle un trato.

El capitán miró al guardia y le hizo una seña, este desapareció.

—Adelante.

XIII

La señora no podía casi con la bolsa del mandado. Aparte tenía que andar correteando a la niña, que no le hacía caso alguno a sus súplicas de cuidarse del tráfico de la ciudad. Era una niña hermosa, flaca y alta, llena de vida. Traviesa y desobediente para su abuela.

Al fin llegaron a la casa. En un barrio de clase media, una casa pequeña pero bonita. Por fuera no llamaba para nada la atención, por dentro estaba completa. Dos televisores, refrigerador grande, juegos electrónicos, docenas de muñecas, juguetes y muebles más bien lujosos para el lugar. La niña corrió a su cuarto y pronto se empezó a oír el sonido característico de algún juego de vídeo.

Esa mañana, fresca en Guadalajara, la abuela empezaba a hacer la comida, como siempre, a eso de las once. La niña comería e iría a la primaria en la tarde. Había decidido inscribirla en ese horario porque no era buena para levantarse temprano, menos en tiempos de frío. Adoraba a esa niña, sangre de su sangre, pero sabía que su futuro era incierto. Se había sorprendido a veces pensando que si mataban a su madre, a su propia hija, la niña tendría más oportunidades. Porque si algún día se enteraba del trabajo al que se dedicaba, cualquier cosa podría suceder.

Por ahora, su madre estaba perdida. La niña ya ni preguntaba por ella. Aunque recibía regularmente cantidades bien generosas de dinero en una cuenta a nombre de su abuela. Lavando los trastes vio detenerse la camioneta verde frente a su casa, soltó el plato de loza, que terminó quebrándose en el piso. La niña dejó un momento de jugar para interesarse sobre el extraño ruido.

—¿Qué rompiste abuelita?

—Nada, hija, sigue jugando tú.

Diana había recuperado la lozanía en dos días. Estaba vestida, no como le gustaba, pero al menos estaba cubierta. Zapatos deportivos sin agujetas —por aquello del suicidio—, pantalón deportivo de elástico sin cordón de ajuste por la misma razón y una camiseta blanca de manga larga, algo grande a su talla. Tenía protectores en las partes quemadas por la electricidad; no era nada la molestia, comparada con el dolor de los primeros dos días. Tranquila, sabía que era el engrane de una maquinaria y estaba dispuesta a que no fuera ese engrane el que la detuviese. Ahora, la vida de su madre y su hija dependían de la eficiencia de la cooperación con el ejército. Estaba viva y eso la mantenía optimista. Era una dura. Sentada en el camastro escuchaba a su ahora socio.

—Su madre y su hija están a salvo. Cumplimos esa parte del trato, ahora haga su movimiento. No es necesario que le recuerde que tenemos la sartén por el mango, que si usted logra escapar ambas tendrían digamos... un lamentable accidente.

Salió de la celda caminando, miró al capitán, de la misma altura que ella, de arriba abajo.

—¿Su coronel?

—Al tanto de todo.

—¿Mi primo?

—Parte de la garantía.

—Lo necesito conmigo. Es parte de mi plan.

—Lo siento, eso es arriesgar demasiado. Él no sale.

Diana puso sus brazos en jarra y después apuntó con un dedo a su interlocutor.

—Abra la celda, no voy sin él. Esteban no es una perita en dulce.

El hombre clavó descaradamente su vista en los pechos que se insinuaban debajo de la prenda. En cierta forma, todos estaban hirviendo en la misma sartén, todos perdían o todos ganaban.

—De acuerdo. Las mismas condiciones. Si usted regresa y él no, alguien muere, su hija o su madre. Usted dirá quién.

—Qué tierno es usted, da gusto tratar con gente así.

Era de noche cuando una pareja ingresó al departamento de Mitras. Si alguien los vio, nada dijeron. Oyeron ruidos durante más de una hora, luego los vieron salir con dos maletas. Eran tiempos donde levantar un teléfono y hacer una simple llamada podía costar la vida. La impunidad, la colaboración de la policía con las bandas y la facilidad con que los jueces sobreescribían pruebas era alarmante.

Media hora después se reportó el robo de una camioneta por parte de una pareja en una gasolinera. Cosas de todos los días en una ciudad como Monterrey. Esa camioneta fue encontrada horas más tarde cerca de la central de autobuses. Tras una investigación supieron que una pareja con las características de los ladrones había abordado un autobús en dirección a la frontera, hacia Nuevo Laredo. Esa pareja se entrevistaba ahora con un militar, en un vehículo en una sección apartada de la ciudad.

—Capitán, no hay mensaje alguno de Esteban. Eso es muy raro, como si hubiese salido del lugar pensando que lo traicionamos nosotros. No hay pistas.

—¿Qué sigue entonces?

—Se me ocurren dos cosas. La primera es esperar a que intente algo contra el coronel o nosotros. Si piensa así nos ha de andar buscando como loco. La segunda es, y me desagrada mucho, hacer correr la noticia de que he muerto y que buscan a mi familia, familia que, casualmente, encuentran para entregar mis restos. Si no son muy discretos, él sabrá dar con ellas. Ustedes tendrán un señuelo ahí.

—Ninguna me convence. Puede que no los busque, que prefiera primero juntar un grupo, lo que le ocuparía buen tiempo; también puede ser que ustedes no le importen un carajo.

—Entonces, señor, use su cabeza para idear algo mejor que eso. Nosotros vamos a dormir ahora. Estaremos en el Best Western.

El capitán se bajó y caminó a su vehículo. Allí le esperaba paciente un hombre.

—José, eres bueno para preguntar pero malo para averiguar, Todo cierto lo que dijiste, pero no aporta nada que me ayude realmente.

—¿No me vas a pagar o qué pedo?

—Sí te pagaré, pero esfuérzate algo más para que me den ganas de darte mucho más. Confía en mi bondad si averiguas algo que realmente valga la

pena.

José partió de su casa nuevamente. A la frontera. Dio vueltas por la ciudad, comprando o aparentando comprar, cosas para la casa. La gente lo conocía de años a José, todos hablaban sin reservas; pero la verdad era que nadie sabía exactamente qué sucedía. En esas ciudades, un muerto a la una de la tarde se transformaba en cinco a las seis. El chisme, el agregarle para que valga la pena, el mentir para sentirse que “estaba cerca” o fue “cerca de la casa de mi amigo”, tergiversaba tanto las noticias que terminaban siendo un cúmulo de basura. Porque la gente es así le tenían miedo a los días violentos, pero cuanto hablaban lo hacían de tal forma que parecía que, aunque lejanamente, habían oído o visto algo. A la salida, nuevamente fue a visitar la cantina. Esas cervezas heladas parecían gritarle que se detuviera cuando pasaba por ahí la vieja Ford. Ahora había más gente, tal vez porque era más temprano. Pero él se sentó y pidió, y volvió a pedir, y pasó de preguntar a contar. Cuando llegó a su casa dejó la camioneta apagada con las luces encendidas y las llaves puestas en el tablero. Bien borracho.

Esteban lo vio entrar y ni se molestó, lo acompañó a su cama y lo acostó quitándole solo las botas.

—¿Capitán, algún avance?

—No, señor, estancados por ahora. Nada ni nadie sabe nada.

—¿La pareja?

—En el hotel. Se mueven, me consta eso, pero nada señor.

El coronel, parado frente a la ventana, miraba afuera. En alguna parte alguien pensaba en él, y no con buenas intenciones. Pero era un hombre inteligente, astuto y cruel. Era su presa o su cazador, dependería de las circunstancias. Metió la mano en su chaqueta, tocó un papel. Lo observó detenidamente, luego lo mostró al capitán.

—Muéstrelo a sus pupilos, mañana.

—¿Sí, señor, sabe qué significa?

—Ni idea, puede que nada sea; que lo vean al menos.

Hablaron otra media hora, la noche estaba con ellos. Luego se retiraron a

sus barracas a dormir. O a meditar viendo el techo.

Cuando llamó al hotel, la pareja no estaba. No dejó mensaje, llamaría más tarde. No se le hacía importante ese pedazo de papel con esa palabra extraña: PRIJO LAM.

El invierno mostraba los primeros síntomas. Noches frescas, días más cortos, hojas cayendo de los árboles, animales adquiriendo esa capa extra de pelo que les permitiría soportar las bajas temperaturas. La guerra contra el narco seguía igual. Sin vencidos ni vencedores, pero regando con sangre calles y banquetas de las ciudades.

Con reportes de enfrentamientos “oficiales”, que reportaban seis víctimas con fotos en internet y otros medios sociales, mostraban en los sitios, dos o tres veces a la semana esa cantidad de cuerpos. Algún día, como sucedió en países como Argentina o Chile, esta guerra terminará y empezarán las preguntas de los políticos oportunistas.

Alguien pediría investigar la guerra sucia y la Comisión Nacional de los Derechos Humanos tendría que actuar. En medio de ese gran circo mediático para el pueblo aparecerían las verdaderas cifras, las masacres no documentadas oficialmente y las fosas clandestinas con docenas de cuerpos tapados con maquinaria pesada. Empezaría la búsqueda de testigos y el señalamiento de culpables. Como siempre, los héroes de hoy, los salvadores de la patria, serían convertidos en villanos, en asesinos.

Pobre país, tanta riqueza enterrada y tanta ausencia de valores y principios en su pueblo. Los marinos y militares obedecen órdenes. Es un país democrático, así que las órdenes deben ser acatadas y “son legales”. Algunos de ellos se preguntaban qué político de los que firmaron esas órdenes daría la cara por ellos. Probablemente se escudaría en que la orden era contener la violencia, no aumentarla sin respetar derechos humanos. Porque los asesinos de todos los grupos mafiosos podían dejar las cabezas de sus víctimas en un sitio y los cuerpos en otro, podían colgar de los puentes a sus enemigos y luego rociarlos de plomo en medio de ciudades importantes impunemente. Pero si un soldado mataba un civil por error, o ingresaban a una casa en

persecución sin una orden, eran perseguidos por la CNDH; todos los medios ocupaban sus noticias con ello. Muchas de las cosas que pasan se deben a la cobertura amarillista mediática, sin reparar en su responsabilidad con la sociedad. Basura.

Diana miraba el papel esa tarde.

—¿Desde cuándo tiene esto capitán?

—Desde que revisamos su departamento.

—Está en Lampazos —dijo volteando con su primo.

—¿Lampazos? ¿Con quién?

—Su primo José. No sé exactamente donde está, pero sé que es viudo, tiene hijos estudiando en Monterrey, además vive de comprar y vender terrenos. En un pueblo de mierda como ese no ha de ser difícil dar con él. A lo poco que sé, en algún tiempo empezó ese negocio con dinero del narco. Ayudaba a lavarlo con la compra y venta de tierras. Supongo que tiene una deuda con Esteban.

Subieron todos al vehículo militar y partieron a los cuarteles. El coronel los recibió enseguida. El día terminaba y su subalterno había dicho urgente.

—Señor, ese papel que me dio ayer es el lugar donde está su hombre.

—Maldición, yo guardándolo sin beneficio alguno.

—Al menos lo guardó, coronel.

Este miró a la muchacha. Se le hacía raro haberla visto colgada de las muñecas, que aún mostraban las huellas de la tortura, y ahora ahí, asociada a ellos en busca de un mafioso. El miedo nos une, pensó. Aunque jamás lo admitiría.

—Busque a ese primo José, capitán, y prepare para la mañana el careo. Cuidado, cierren la ciudad esta noche, discretamente.

El capitán se cuadró y partió inmediatamente. Una hora y pocos minutos lo separaban de Lampazos. El convoy salió volando del cuartel, la cacería explotaba la adrenalina en todos los cuerpos.

Manejando la camioneta Ford se desplazaba lentamente hacia el norte. Cuando cruzó el convoy militar, sonrió. Por alguna razón, un sexto sentido le avisaba de que no iban a cazar mariposas. Su primo había cumplido, a su manera. Le había dejado un dinero para que no le cerrara la puerta si había una próxima vez, consciente de que en las cantinas y bares las bandas tenían tantas orejas como los federales. Había decidido abandonar el nido.

—Coronel, objetivo localizado y vigilado. Eran las cuatro de la madrugada. Medio adormilado, contestó.

—Voy para allá. Procedemos a las seiscientas horas.

Hacía mucho que dormía medio vestido. Se puso la chaqueta sobre la camisa verde y sus botas de combate. Mientras caminaba abrochando los últimos botones daba órdenes. En quince minutos, dos Hummer artillados dejaban el cuartel.

La carretera estaba sola y fría. Aparte de un venado distraído y un coyote que se salvó de milagro, ninguna otra señal de vida se atravesó a la veloz carrera de los vehículos militares. Siguiendo indicaciones del personal en el lugar, llegaron a la casa del primo. Parecía estar todo tranquilo, luz apagada, puertas y ventanas cerradas. El coronel no traía orden alguna, tampoco iba a pedir permiso para entrar sin ella; un par de soldados reventó la puerta con un ariete metálico, y ocho hombres entraron con aparatos de visión nocturna y equipo completo de seguridad. La cuadra completa estaba rodeada de personal militar. Ningún vecino, enterado o no, asomaba su cabeza.

Cuando los soldados salieron traían a un hombre completamente vestido, salvo las botas. Despeinado y asustado, decía cosas ininteligibles.

—Su nombre.

—José, José Paredes. No hice nada malo.

—Súbanlo. Revisen a conciencia la casa. Y cada casa que la rodea, cuarto por cuarto; pidan disculpas después.

—Sí, coronel.

Un soldado regresó enseguida.

—Esto tenía el sujeto en su cama, señor.

El coronel agarró el papel y los billetes. Leyó:

“Gracias por todo primo. Has sido de gran ayuda, pero tu borrachera me pone nervioso. No sé qué averiguaste, me preocupa más que hayas dicho.

Te pido prestada la camioneta, te la dejo en el pueblo de donde viniste. Y con esa lana estamos a mano, creo. Cuenta conmigo, cuando lo necesites. Un abrazo.”

—Maldito, siempre un paso adelante, hijo de mil putas.

Después del exabrupto, el coronel guardó los cinco mil dólares en efectivo en un sobre de papel manila. Anotó algo en él y regresó al vehículo con el primo asustado de Esteban. Con el susto y el frío, se le había quitado el pedo como por encanto al señor.

—José, ¿adónde fue tu primo?

—¿Cómo saberlo, señor? Me mandó a preguntar cosas a Nuevo Laredo y me puse hasta las manitas; no supe ni como llegué, ni a qué hora. La cerveza me vuelve loco. El primo es bueno para soltar lana, ¿qué le digo, señor?

—¿No tiene idea de a qué hora regresó entonces?

—Pues tal vez sobre la media noche. Estaba en la cantina Palos Altos; tal vez el Negro, que atiende ahí, le pueda decir más que yo.

El coronel, visiblemente enojado, mandó llevar al primo al cuartel y dejar un piquete de soldados a cuidar la casa. Sin tocar nada. Cuando pasaron por la cantina estaba cerrada, pero la luz de adentro encendida le indicó que alguien podía estar en ella. Y la camioneta enfrente parecía indicar que así era. Tocaron la puerta, apareció un moreno grande y barrigudo.

—¿Usted es el Negro?

—Sí, lo que se ve no se pregunta.

—¿Conoce usted a José Paredes, de Lampazos?

—Sí, ayer estuvo aquí, señor. De hecho, ahí está su camioneta aún.

El coronel se encaró con la vieja Ford.

—¿Esa es la camioneta de José?

—Casi seguro.

—Capitán, busque si alguien vio a qué hora dejaron ahí ese vehículo. Todo informe vale. Patrullen esta zona continuamente, que si está por acá no se pueda mover. Con permiso, señor, vamos a empezar por su cantina.

El hombre se hizo a un lado y dejó entrar al personal de tropa. Podía haberse negado al no tener ellos una orden, pero le preocupaba más lo que podría suceder después de su negativa que lo que pudieran encontrar. En todo caso, no hacían más que su trabajo. La cercanía de la presa los excitaba a todos. Averiguaron que la camioneta tenía ahí más de cuatro horas.

—La cruzamos cuando íbamos, señor. Me acuerdo que cruzamos un solo vehículo y era una camioneta vieja.

—Maldición, ese tipo tiene más suerte que un polígamo.

—Sabemos que está aquí ahora. Sellaremos la ciudad.

El coronel sonrió. El optimismo era bueno.

—Mientras la sella, busque reportes de robo de vehículos de anoche y piense adónde puede ir alguien en cuatro horas caminando.

El optimismo inicial daba espacio a una realidad plausible.

—¿Nuevamente se les peló?

—Así es. Parece como si adivinara nuestros movimientos. Siempre llegamos tarde, raspando sus talones.

—Ese tipo de personas no necesita eso. Son capaces de presentir cosas; cuando viven a salto de mata presentir y hacer caso a los presentimientos es sobrevivir.

—¿Qué movimiento sigue ahora?

Diana abrió sus manos y se encogió de hombros. César escuchaba. El cuartel se llenó de silencios. Las mentes trabajaban, nadie se atrevía a abrir la boca.

—Solo un golpe de suerte nos lo traería a nuestras manos. Siento que lo huelo, que está muy cerca, a la vez que tan lejano como siempre.

—Coronel, piense en una cama.

—Dormir es lo que menos me interesa ahora, muchacha.

—Cama, de trampa, no de dormir. Un cebo, un anzuelo.

Nuevamente el silencio opresivo.

—La prensa, señor.

—¿Perdón?

—Utilice la prensa. Que digan que van a hacer algún operativo por alguna

cuestión en alguna parte, algo que lo motive a salir a buscarlo a usted.

El coronel sopesó la idea y la señaló después.

—¿Y si el cebo es usted?

—Estoy en sus manos. Solo trate de que no me mate.

—Sería un riesgo a correr, pero prometo cuidarla.

—¿Ya tiene la idea?

—La idea sí, solo faltan las herramientas.

XIV

Esa mañana estaba fría. El segundo frente frío del año llegaba del norte. Pronto empezarían los gansos canadienses a surcar los cielos rumbo al sur. Miraba por la pequeña ventana hacia afuera. Era una colonia de nivel medio; la casa, como muchas, había sido abandonada por sus dueños, seguramente para refugiarse en terreno americano, presas del miedo a la violencia sin control.

Desde ahí veía la cantina, donde dos días antes había dejado la camioneta de su primo. Desde ese mismo sitio había visto el convoy cuando se detuvo a ver el lugar, revisó todo y se llevó la camioneta... y a su primo. Pobre primo, pensó, sin camioneta, sin dinero y seguramente aguantando una buena paliza. Tenía hambre.

La despensa que había extraído de la casa de José estaba llegando a su fin. La casa no tenía luz eléctrica, seguramente cortada por la falta de pago, al igual que el gas butano en el tanque de almacenamiento exterior. Se miró en el espejo quebrado del baño y vio su barba larga ya, su pelo enmarañado, su rostro desmejorado. Sonrió. Salir a comprar comida era un riesgo, más de día.

Era temprano, quería vigilar a sus vecinos, conocer sus movimientos y ver la posibilidad de vivir ahí una o dos semanas para dar tiempo a que se calmasen las aguas. Era un experto en huir y ahora no había posibilidades de ser delatado por nadie. Pero cometer un error en ese momento significaría, en el mejor de los escenarios, su muerte inmediata. El hambre podía ser un problema, pero estaba seguro de que era la menor de sus broncas. Decidió esperar la noche. No era precisamente un gato en agilidad y la cobertura de la oscuridad le daría una oportunidad.

Miró la maleta con el dinero, un precioso botín que bien valía su muerte, solo para no dejar testigos de la posterior repartición de los cazadores. No tenía televisión, ni siquiera una radio, así que estaba desconectado del mundo. Al final se acostó a esperar la noche y durmió.

Un ruido lo sorprendió a una hora indefinida. Se daba cuenta de que su teléfono se había quedado sin batería, y donde estaba no podía cargarlo. A pesar de todo, estar desconectado electrónicamente del mundo lo hacía sentirse seguro. Conocedor de la capacidad para rastrear llamadas y aparatos de la inteligencia militar o de la marina, el no estar conectado equivalía a no existir.

Un baño. Cómo me gustaría un buen baño, eso sí. Hace tres días que no me doy un duchazo ni me cambio los calzones. Hasta a mí me molesta esta pestilencia.

Sus lujos se limitaban a dos rollos de papel higiénico, un cepillo de dientes, pasta y una cama con un colchón sin sábanas ni frazadas.

La tarde moría y el fresco de la noche, que ya lo había maltratado el día anterior, se dejaba sentir nuevamente. No era una opción, debía salir. Hizo mentalmente una lista de cosas que necesitaba y decidió comprar todo de una vez, con la única idea de no tener que repetir la hazaña.

Tomó algunos dólares y, sin un documento encima, abandonó la casa. Aún había gente en la calle como para que no llamara la atención. El grueso del tráfico ya descansaba. La tienda del Súper 7, a dos cuadras, se anunciaba con su cartel verde, rojo y blanco. Se encaminó allí; compró comida preparada, enlatada, refrescos y periódicos. Luego dio la vuelta a la esquina y, envalentonado con su suerte, decidió caminar un poco más entre las casas. La zona de clase media podía depararle alguna sorpresa agradable.

Mirando la vitrina de una ferretería cerrada se distrajo; al levantar la vista un convoy militar apareció ante sus ojos. Lentamente volvió la vista a la vitrina y en el gran vidrio, medio cubierto por una cortina metálica reflejó pasar las camionetas. Un militar, de pie en la caja, miraba al frente del convoy; dos sentados observaban cada uno el lado que le quedaba frente a él.

Cuando se perdieron en la siguiente cuadra se dio cuenta de que estaba sudando. Sonrió y regresó sobre sus pasos. Una señora bajaba una porta bebé con el niño en él, entró a su casa y dejó abierta la puerta del pequeño auto familiar. Al otro día se daría cuenta de que faltaba la frazada del niño y su teléfono celular. Esteban se sentó cerca de la ventana, mirando la calle a través de las cortinas. Al menos en dos ocasiones vio pasar patrullas militares

o de la marina. La ciudad estaba bajo su bota. Comió atún con pan de barra y un refresco. La frazada del niño era pequeña, pero mejor que nada.

El celular estaba con carga casi completa; quitó la tarjeta SIM y la cambió por la del suyo. Volvía a estar conectado al mundo, pero no tenía a quién hablarle. Estaba solo. Y seguía sucio.

Coronel, has tenido tanta suerte como yo, y ahora estoy solo. Pero una cosa si te digo, o te mueres o nos morimos; no me voy a ir solo de este mundo.

Una camioneta se estacionó exactamente frente a la ventana donde estaba y se bajó una pareja, hombre y mujer, jóvenes y sonrientes. Entraron sin tocar a la casa de enfrente, que suponía abandonada. Así que dedujo que la tenían de hotel de paso. Y que, seguramente, tendrían alguna comodidad en el lugar. Esperó pacientemente. A la hora y media, los tórtolos se fueron entre risas.

Ahora sí, bien cogidos, váyanse a bañar.

Dejó pasar algunos minutos y salió con cuidado para revisar la vivienda. El teléfono marcaba cerca de las once de la noche. Noche fresca. La puerta estaba cerrada, sin llave. Y sin luz. Ayudado por la luz pobre del celular comenzó a revisar los cuartos. Dos recámaras, dos baños, una sala comedor. Había una cama bien abrigada con dos frazadas y varias velas. Tomó estas bajo el brazo, algunos cerillos y dejó los sobres con condones y el lubricante sobre la cama donde estaban.

En la cocina recogió un cuchillo cebollero un poco desafilado, y en el refrigerador apagado no encontró nada de valor. En los baños nada que le fuera de utilidad. Abrió las llaves de la regadera y un sonido sordo de aire guardado, más parecido a un eructo, le indicó servicio cortado. Levantó el tubo de teléfono, muerto también. Así que cruzó

la calle con su botín y se metió a la casa. Al menos, frío no pasaría esa noche.

—¿Novedades, capitán?

—No, señor. Lo del cebo que planeó la muchacha no me acaba de convencer, la verdad.

—¿Su hermana en Estados Unidos?

—¿Alguna idea, señor?

—No, la verdad solo es desesperación. ¿Qué idea tiene sobre usar a la joven de cebo?

—Ponerla en una foto en el periódico, como que está herida e internada en un hospital de la localidad. Tal vez lo motive a asesinarla.

El coronel se preguntaba a veces porque a él no se le ocurrían ciertas cosas.

—Me gusta. Afine detalles, yo me encargo de la noticia.

—Está bien. Intentarlo no nos quitará nada más que algunos días.

—De acuerdo. Mañana tenemos orden para chequeo de armas a la policía de Nuevo Laredo. Quiero ser muy duro con esos cabrones. Estoy seguro de que algunas de esas armas coincidirán con crímenes en la zona.

—Deberíamos encerrar a todos primero. Después de que les pidamos sus armas saldrán como cucarachas.

—Debemos respetar la ley, capitán. Ley que da más oportunidad a ellos de huir que a nosotros de hacer bien nuestro trabajo, pero ley al fin.

—Déjeme ir a elegir el hospital y le mantengo informado.

—De acuerdo. Trate de que sea uno donde ya se hayan enviado víctimas de enfrentamientos, no quiero que nada se vea sospechoso.

—Bien, señor.

El coronel asintió con la cabeza y vio salir de su oficina a ese hombre, al que servir a la patria le había costado lo que más amaba, su familia.

Esteban iba retomando confianza. Con unas tijeras se había recortado la barba y se peinaba con el pelo hacia adelante. Salvo César o Diana, difícilmente alguien podría reconocerlo. Todos los días iba a por el periódico al Súper 7, y reponía víveres. Un par de veces había comprado tacos a un vendedor con un triciclo; eso le levantaba el ánimo. Tenía una semana completa en el lugar. Cuando entró a la sección policial de El Mañana de Nuevo Laredo, la adrenalina se disparó.

“Envían a Hospital del IMSS a la mujer herida en enfrentamiento. Aduce

torturas ante la CNDH, todo indica que...”

Terminó de leer el artículo y también de comer su tercer emparedado de jamón y queso. Dio un trago largo a su refresco y se puso de pie. Miró la ventana.

Diana, hija de puta, ya sé dónde estás. Serás la primera.

Fue a la cocina y tomó el cuchillo. Debía trabajar mucho en él antes de que estuviera listo para un trabajo fino como ese. La ilusión de vengarse de quien estaba seguro que lo había traicionado nubló su pensamiento por unos minutos. Luego recapacitó.

Espérate pendejo, puede ser otra trampa.

A la vez la sintió tan infantil, tan a la vista, que supuso que esta vez sería cierto. Confiando en su actual apariencia y su delgadez gracias a una estricta dieta involuntaria, decidió jugarle otra partida al coronel. Durmió bien, pensando cómo llegar al hospital y cómo actuar en el interior. No tenía arma de fuego, así que el cuchillo sería el arma ejecutora. Sería una jugada maestra matarle a esa importante testigo en su contra, delante de sus narices.

Al otro día, caminó dos cuadras para llegar a una estética. Salió de ella con el pelo blanco de canas completamente, incluyendo la barba, lo que le ponía una buena cantidad de años extras a su imagen. Luego tomó una escoba y le cortó el mango, con lo que confeccionó un bastón y compró un par de anteojos sin aumento en una simpática tienda de artículos chinos. Cuando se miró al espejo en la casa, rió solo. Imposible que alguien se diera cuenta de que con diez kilos menos y ese pelo cano, bajo esa ropa, estuviera uno de los más buscados por la ley.

Todo el resto del día planeó la jugada. Estaba tan animado, que mojó un trozo de toalla, se lavó las partes íntimas y debajo de sus brazos. La casa apestaba asquerosamente a baños llenos, ya que la ausencia de agua impedía se fueran sus desechos. Tenía planeado mudarse a la de enfrente a corto plazo si no podía solucionar lo de su estancia en la ciudad. Llegando la noche, se puso en marcha. Ya no le importaban las patrullas, ni los policías; caminaba inclinado por la banqueta, a paso lento, ayudado por su bastón.

Caminó las doce cuadras que lo separaban del hospital, cuidando que entre su holgada ropa no se notara el cebollero. En la puerta del nosocomio había una patrulla militar. Lejos de ponerse nervioso, caminó directo a ellos, pasó

pegadito a la parte trasera y hasta se apoyó en ella para subir a la banqueta. Nadie le prestó atención. Ahora tenía que encontrar el cuarto, de preferencia sin preguntar mucho. Ni hablar de usar el nombre de Diana Garza, sería ponerse la soga al cuello. Un par de soldados entró a paso firme y subió escaleras.

Al no haber nadie en el pasillo, los siguió al mismo ritmo. Subieron otra segunda escalera y cuando él llegó al descanso, caminaban por un pasillo. Al final del mismo otros dos militares esperaban el cambio de guardia. Sonrió y saludó a ambos cuando pasaron enfrente. Estos regresaron el saludo atentamente.

“¡Que amables!”, pensó.

Caminó hacia ellos. Dos puertas antes, a su derecha, entró en un cuarto. Una señora lo miró sorprendida, él le sonrió y le pidió disculpas, que andaba buscando el cuarto de su hermana recién operada y no la hallaba. Al final, la aburrida señora prefirió la plática amable del señor antes que seguir en ese tedioso aburrimiento.

—Si viene la enfermera dígame que soy su hermano, estoy cansado. Y así mientras investigo donde está, ¿me ayuda con eso?

—Yo le hago el paro, señor. Cuente con ello. De paso me acorta la noche.

La enfermera pasó en su recorrido, ni siquiera se tomó el trabajo de investigar por la presencia del anciano en su cuarto. Se retiró dando unas leves indicaciones a la paciente. La noche seguía su curso y la señora terminó durmiéndose ante el efecto de la medicina. El anciano apagó la luz y abrió la puerta al pasillo. Un soldado miraba hacia afuera al final del pasillo y el otro permanecía frente a la habitación, firme. No sería sencillo. Nada sencillo. Con uno tenía oportunidad. Con dos, y separados, ninguna.

Volvió al cuarto y se durmió un rato en una incómoda salita de espera. Al despertar volvió a abrir la puerta. Había un solo hombre. Decidió que era ese momento. Aunque el riesgo era alto también lo sería la recompensa. Sin pensarlo, abrió la puerta. Con paso seguro y fingiendo sueño tomó rumbo a la puerta vigilada. El soldado lo vio y no le dio importancia. Pero tenía su fusil en la mano, acunado como niño. Estaba alerta. De su compañero, ni rastros; estaría en el baño. Debía actuar rápido. Cuando estuvo cerca le habló:

—Oficial, presiento que ando mal, busco la salida del piso.

—Sí, anda mal. Es al otro lado. Por allá.

Sonrió y giró sobre sus talones, exactamente enfrente del muchacho. Al momento de girar, abanicó el palo velozmente dando en la sien del soldado, que cayó pesadamente al piso. Lo tomó del uniforme y lo arrastró dentro del cuarto. La luz estaba encendida y en la cama el bulto cubierto con una sábana verde parecía dormir. Se acercó lentamente. No perdía de vista en su mente que el otro guardia regresaría de un momento a otro.

Cuando movió la sábana hacia abajo, la cama pareció explotar. César en persona lo apuntó con una pistola. Aún en medio de la sorpresa reaccionó. Clavó el cuchillo hacia abajo, sintiendo cuando cortaba carne. Al mismo tiempo se tiró al piso y corrió a la puerta, arrastrándose velozmente, oyendo dos disparos seguidos en medio de un alarido de dolor.

El piso herviría en segundos. Salió al pasillo, no había nadie. Corrió hasta las escaleras y sintió un mareo. En su zapato algo tibio y resbaloso comenzó a llenarlo. Sangre.

—¡Capitán, está adentro del hospital!

El capitán recibió la llamada y ordenó cerrar el perímetro. Llamó al coronel.

—Está adentro, señor. Lo tenemos.

No esperó a oír respuesta. Sabía que su superior venía en camino. Con el hospital cercado completamente, todo se reducía a una revisión minuciosa cuarto por cuarto. Se calmó, sabía que todo era cuestión de paciencia ahora. Pidió personal de apoyo.

—Fuego, señor, hay fuego en el piso tres.

—Maldición. Llame a bomberos y vigilen cuántos entran y salen.

En menos de quince minutos tres autobombas estaban acomodando personal y mangueras en el nosocomio. Corrieron adentro, mientras una escalera telescópica se instalaba en la ventana del piso en cuestión. Por la ventana, el humo salía y llamaba la atención de la gente, que empezaba a aglomerarse en las inmediaciones. El bombero que llegó primero se encontró con una cortina de humo proveniente de la lavandería. Entró decididamente.

Al abrir la puerta el humo acumulado se expandió por el pasillo en general. Las enfermeras y los doctores corrían poniendo a salvo a los enfermos más graves. Todo se había convertido en un verdadero zafarrancho donde prevalecía el pánico y la desorganización.

—¡Es ropa encendida, muchachos! Nada grave, suban con extintores y ayuden a evacuar enfermos.

La voz firme del bombero resonaba bajo su casco y su visera tiznada. Se subió al camión, lo movió unos diez metros, para bajar extintores a la banqueta. El capitán mandó a personal de tropa a ayudar a meter los extintores, mientras el jefe de bomberos entraba y salía dando órdenes. Pasada la hora, el fuego se consideraba controlado. Los bomberos empezaron a desfilar. Un par de ellos traían a un compañero sin uniforme colgando de sus hombros. El capitán sintió que le flaqueaban las piernas.

—¿Qué le pasó a este hombre?

—Usted debería saberlo. Lo atacaron adentro y le robaron su uniforme completo.

El coronel, que estaba en un vehículo detrás de la línea de bomberos, presintió que algo andaba mal. Se bajó rápidamente.

—Capitán.

—Señor, creo que se nos escapó delante de nuestras narices otra vez.

—¡No puede ser tan incompetente, si lo tenía acorralado!

—Los bomberos entraban y salían, atacó a uno de ellos, ayudó a bajar extintores y se perdió entre los curiosos; algo así debe haber sucedido. Maldición, lo teníamos.

—Lo dejó ir. Eso me queda claro, capitán.

El capitán ordenó revisar cuarto por cuarto. Sabía que estaba buscando un fantasma y la tropa, también.

—¿César?

—Apuñalado en el muslo señor. Dice que le disparó dos veces. No sabe si logró herirlo. No hemos encontrado rastros de sangre.

El coronel sacudió la cabeza y se subió a su Hummer, volviendo al cuartel. Los bomberos recogieron sus mangueras y extintores y partieron, después de contestar a la prensa algunas preguntas sobre el origen y control del siniestro. La tropa salía del nosocomio después de revisar los cuartos. Cuando se corrió

la noticia del bombero sin uniforme, todos se convencieron de que el pájaro había volado entre el ir y venir de bomberos. Ahora sí, dos soldados realmente cuidaban a un herido en el hospital. A César.

Sobre la madrugada, ya para salir el sol, un enfermero con su gorro verde y su tapabocas, de pelo blanco y barba cuidadosamente cortada a ras, pasó frente a los guardias de la puerta, saludando cortésmente. Ningún soldado se dio por aludido. Había sido una noche larga. Tomó un taxi frente al estacionamiento, pidió lo llevaran al sur, rumbo a la cantina del Negro. Pasaron dos retenes, donde su uniforme de doctor le abrió paso. Caminó, soportando un dolor que parecía incrementarse con el paso del tiempo, y la desaparición de la adrenalina de la sangre.

Estaba seguro de estar herido. Al no sentirse mareado y poderse mover sin problema alguno supuso que sería algún rozón muy superficial. Y que el dolor se debería al roce de la tela con la carne viva. En poco más de cinco minutos de caminata, los últimos rengueando visiblemente, entraba a la casa.

XV

—Coronel, ¿está seguro de querer seguir con esto?

—General, está aquí, lo sabemos.

—Anoche se rió de todos y cada uno de nosotros. ¿Quiere contarme cómo fue?

Durante más de media hora el coronel contó los detalles de la operación. El general escuchaba y sonreía de vez en cuando. Cuando estaba por llegar al momento final, el coronel pidió permiso para atender una llamada.

Tras escuchar atentamente unos segundos, sonrió.

—Coronel, encontraron sus zapatos, uno de ellos está lleno de sangre. Necesitará un médico urgente. Con su permiso señor.

El general hizo el saludo sin levantarse, el coronel salió apenas saludando. Mientras caminaba a su vehículo, dio órdenes de peinar cada médico y hospital de la zona, interrogar sobre un posible herido alrededor de las cuatro de la mañana en adelante. Todo se activaba nuevamente, el olor a sangre hacía hervir a los perros.

Pero tras dos horas de preguntas y respuestas, no había pista que perseguir, ni rastro alguno de la presa. La herida era muy superficial, había sido atendido por alguien de confianza, o estaba muerto, tirado en alguna parte. El coronel desechó la última suposición, no podía darse el lujo de pensar en un cadáver en ese momento. Era disparatado. Ahora tenía a César herido, a Esteban herido y avisado de que las trampas estaban a la orden del día.

Recapitulando todo lo anterior, desde la misma inserción falsa en el periódico, tuvo que sonreír, tuvo que aceptar que sentía un profundo respeto por ese hombre. Era malo tal vez, un asesino sin piedad, pero era un enemigo formidable, un hombre de los que ya no se daban en el campo. Una especie en extinción.

El coronel disfrutaba de esa guerra de gato y ratón, pero a la vez de intelecto. La naturaleza era así, los animales más capaces devoraban a los más débiles. En la humanidad, pensaba, era lo mismo. En los negocios, los grandes

desaparecían a los pequeños; en la guerra, los mejor preparados mataban a los novatos. Y entre los mandos, las decisiones costaban tiempo, dinero y esfuerzo. A veces, cuando la presa era escurridiza, en vano.

El dolor era punzante ahora. La bala había cortado la piel de su cadera, llevando algo de músculo y rozando apenas el hueso. El corte era largo, de quince centímetros, y la sangre había corrido durante suficiente tiempo como para que en ese momento se sintiera débil. La hemorragia estaba controlada, necesitaba algo para el dolor y para evitar una infección. La sangre seca adherida a su piel se hacía costra y el pantalón rozaba la herida aumentando el dolor.

Ahora el cuerpo estaba frío, tendido en la cama en ese mediodía fresco. El primer taxista lo dejó frente a la cantina del Negro. De ahí intentó caminar hasta la casa, dos cuadras más al norte, pero no pudo hacerlo. Detuvo un segundo taxi aduciendo que lo habían golpeado para robarle frente a la cantina misma, y el taxista lo acercó a su casa sin cobrarle. Entró arrastrando la pierna, luego cortó el pantalón para ver el daño. Haciendo un esfuerzo extraordinario logró sacar la bota del lado derecho, donde estaba la herida; la sangre coagulada se había secado y olía mal. Luego se sacó la del pie izquierdo; cortó el pantalón con las tijeras y se lo quitó. De la misma manera sacó su calzoncillo y así pudo dimensionar todo el corte de la ojiva. La carne estaba negra alrededor, parecía quemada. Los bordes de la herida estaban floreados hacia afuera y hubiera deseado tener una aguja e hilo para coserse; nada de eso estaba a mano, ni siquiera una miserable caja de curitas. Se cubrió con las cobijas y se durmió. Estaba agotado.

A las pocas horas, pasado el período más profundo de sueño, despertó a causa del dolor. Era insoportable. Sentía latidos alrededor de la herida, aunque no tenía fiebre. Tomó un refresco; no se había dado cuenta de la intensa sed que tenía. Después recordó que cualquier herida que produjese una fuerte hemorragia, lo primero que ocasionaba era sed, mucha sed. Tenía suficientes refrescos para una semana; cuidando un poco, también suficiente comida para ese tiempo. Debía calmarse. Si perdía el control y se asustaba terminaría

agusanado en esa casa olvidada. Miró el teléfono a su lado, ¿pero a quién llamar?

Decidió que si la cosa empeoraba llamaría a un doctor a domicilio; lo mataría después de que lo curara. Esa sería su última carta. Nuevamente se recostó en la cama, volvió a dormir. Su sueño fue interrumpido varias veces por el dolor. Supuso que al dormirse, después de algunos minutos, se movía en sueños y eso causaba el dolor agudo que lo despertaba una y otra vez. Comenzaba a pesarle el estar solo en ese juego. Ahora, herido, tenía la sensación de que no era tan fuerte como pensaba. Porque en gran parte la fortaleza se la daban sus esbirros, un cuerno de chivo en sus manos o la seguridad de una casa clandestina cómodamente instalada. Pero aquí, sin los más elementales servicios, rodeado del propio olor de sus desechos, desarmado y solo, algo muy parecido al miedo lo visitaba de vez en cuando.

Diana estaba pensando. César estaba herido, un gran corte, más nada grave, Esteban estaba herido, nadie sabía qué tanto. Ella estaba en el hotel y no sabía qué tan segura; el coronel estaba con ella, sentado en la silla del cuarto.

—Coronel, no pueden ser tan incompetentes sus hombres. Por bueno que sea este cabrón, lo tenían prácticamente cercado, agarrado de las bolas ya.

—Nadie lo lamenta más que yo, créame.

Diana se detuvo frente a la ventana mirando a ninguna parte.

—¿Está seguro de que su capitán realmente quiere atraparlo?

El coronel se acomodó en la silla; ya se había hecho antes esa misma pregunta en vista de los antecedentes familiares de su capitán. No dudó al contestar.

—El capitán tiene más motivos que usted y yo juntos para atraparlo.

—¿Y eso? —preguntó ella volteando totalmente hacia él.

—Participó en un operativo exitoso contra un alto mando del narco, descubrieron quien era y masacraron a su familia en Guerrero. Fue noticia pública, el capitán disfruta como nadie el poner a ese tipo de gente tras las rejas o bajo tierra.

—Supe la historia, gente de mala leche. Antes las familias eran sagradas, aunque los hombres se hicieran pedazos en las calles. Ese respeto se ha perdido también. Eso es malo, para todos es malo.

Por un momento estuvo a punto de decirle a la muchacha que eso podía ser tan malo como matar a su hermano o a una madre y su hijo enfermo tan solo por una buena paga. Decidió no contaminar la conversación.

—Así es. ¿Alguna idea para reiniciar la caza?

—No, mis neuronas están agotadas. Mi cuerpo, gracias a su capitán, no está en mejores condiciones.

—¿Duele aún?

—Siento como si estuviera ampollada por dentro, coronel. Al ir a mear o a cagar, el dolor me hace maldecir a cada uno de ustedes hasta la muerte. No creo que sea capaz

de entender esto, de ninguna manera. Dudo mucho que vaya a desear estar con un hombre en el futuro. El daño físico ha sido terrible; imaginarme las manos de un hombre en mi piel me produce escalofríos.

—Dice el médico del batallón que esas heridas tardan uno a dos meses en sanar totalmente, que no dejan huellas. Mas que las psicológicas, claro. Usted es fuerte Diana, lo superará. La guerra es cruel, lo sabe.

—Coronel, sabemos ambos que esto es una guerra, que las guerras son crueles. ¿Hacer esto a un ser humano... qué se siente? ¿No siente remordimiento?

—Es un trabajo, no hay nombres, solo números, resultados. Yo defendiendo mi vida, y quiero atrapar a un asesino.

Usted defiende su modo de vida, que es matar y matar a inocentes, como alguien mató a mi hermano. Alguien que nada tenía que ver con esto, solo para intentar hacerme perder el control. Usted mató a una señora inocente y a su hijo enfermo. ¿Por qué me habla de piedad o de sentimientos?

Lo que antes intentó guardarse, ahora se derramaba en el cuarto. Ella asimiló el golpe, eran fantasmas que aún la perseguían, que posiblemente lo harían por años. Diana volvió a la ventana. El día se iba. Estaban en una situación muy especial, pero no por eso dejaban de tener sentimientos humanos, mundanos.

—En otras circunstancias, coronel, usted sería del tipo en el que me

fijaría. ¿Tiene familia?

—Sí, resguardada en alguna parte; prácticamente secuestrada por su propia seguridad. Los extraño.

—Lo entiendo. Hace años que no veo a mi hija ni a mi madre. Solo le hablo a mi madre cuando le envío dinero. Siempre quise dejarlas fuera de todo esto. Ahora están como yo, hasta el cuello. No sé cómo puedo seguir sintiendo amor por alguien, cuando vivo entre la mierda más mierda del mundo. Amo a mi madre y a mi hija, ¿puede entenderlo?

—¿Nunca pensó en salirse de esta vida?

—Coronel, usted sabe mejor que yo que cuando se sale de estos negocios es con los pies por delante. No existe otra forma. Habíamos hablado con mi primo de abandonar esto e irnos a alguna república sudamericana a vivir de rentas. Ahora esto se complicó y ya ve, estamos unidos por un mismo fin; terminada la tarea, usted vuelve a la calle y a los cuarteles, yo a una cárcel. Tratos son tratos.

—Tal vez de habernos conocido en otra situación, como dices, las cosas hubieran podido ser diferentes. Es tarde para eso, también para estar conversando en el cuarto

de un hotel con una mujer hermosa. Me voy al cuartel, descansa.

—Coronel, ¿te puedo tutear? Tú lo acabas de hacer conmigo, me gusta.

—Puedes hacerlo, Diana. No me molesta. Me llamo Francisco.

Agarró el picaporte. Antes de abrir la puerta volteó a verla. Ella sonreía.

“Demasiado hermosa para su nivel de maldad”, pensó al salir.

XVI

Una puñalada tras otra.

Dolorosa una, más la que seguía. Así sentía los calambres que lo acosaban en forma casi continua. La desesperación parecía enviarlo de un momento a otro a hacer algún tipo de estupidez. La herida no cerraba y había empezado a supurar un líquido claro que escurría por su piel hasta el colchón. No era médico, pero había visto muchas heridas antes; dudaba de que ese líquido fuera más que agua, y esa pequeña duda lo mantenía en vilo. Una infección que no se tratara a tiempo sería su muerte segura, de una manera poco adecuada a su modo de vida. No era eso lo que le preocupaba, sino su temor irracional a la muerte.

Pertenecía a una secta que adoraba precisamente a la muerte, la Santa Muerte, como le llamaban. Al contrario que los demás dioses de las otras religiones, con esta se tenía la absoluta seguridad de que algún día se iban a encontrar. La cercanía de ella en ese momento no le causaba la placidez, la tranquilidad ni la seguridad de la que hablaban sus seguidores; tenía el mismo miedo ancestral de todo ser vivo a la muerte como tal. Ese mismo miedo que mantiene a la gente creyendo en el más allá, que llena los templos de fieles y que hace que tengamos cuidado al vivir el día a día. Miedo.

Tomó el teléfono celular robado días antes, buscó en el periódico. A pesar de su dolor, sonrió al imaginar la cara de sus casi captores en el hospital. Y el rostro de César al recibir la puñalada en el muslo a través de la sábana. Sabía que su daño era parecido al suyo, más él estaba donde lo atenderían de inmediato y muy bien. Encontró un anuncio. Dr. Cipriano Juárez, atención a domicilio.

A la segunda llamada contestaron el teléfono. Tras hacer unas preguntas al paciente sobre “el accidente de caza”, el doctor prometió llegar en cuanto tuviera en su maletín todo lo necesario para atenderle. Un Toyota color gris, de modelo reciente, trajo al galeno a la casa en poco más de veinte minutos. Un hombre bajo, rellenito y de anteojos de culo de botella. Algo no le gustó al

hombre nomás llegando, tal vez la suciedad en el patio de enfrente, ver la casa sin muebles y sucia o el paciente. Su nerviosismo fue patente.

—Buenos días —saludó a un Esteban con cara demacrada, cuando este le abrió la puerta del frente agarrado del borde de la puerta de la casa.

—Adelante, doctor, qué bueno que pudo venir.

—Normalmente los domingos suelo apagar mi celular. Pero mi familia anda fuera de la ciudad por una semana más, así que al menos me cortará el aburrimiento.

¿Qué le sucede amigo?

—Tirando en el rancho, un accidente. Ya ve que la cerveza y las balas no son buena mancuerna, doctor. No es nada grave, creo.

Esteban vio el sudor en la frente del hombre cuando examinó el rozón de bala.

—Ya he atendido de estos “accidentes con armas”. En realidad solo es un rozón y el hueso está intacto. Rompió algo del músculo y cortó la piel en sedal; lo voy a desinfectar y a coser. Esto puede doler un poco; en diez días solo será una pequeña molestia.

Mientras hablaba, un olor a medicina inundaba el cuarto. Cuando el médico preguntó por la luz, Esteban sonrió.

—Acabo de comprar la casa y estoy esperando mi familia para amueblarla. Se me olvidó pagar el recibo y la tengo cortada; tal vez mañana ya la reconecten.

El doctor lo miró a los ojos un momento, hizo una mueca que intentó que fuera sonrisa, y terminó de limpiar la herida haciendo caso omiso a los rictus de dolor del paciente. El olor a heces en los baños inundaba toda la casa. Estaba tan seguro de que ese hombre era un fugitivo de la ley, como de que si no pensaba rápido sería su último paciente. No veía armas de fuego, pero eso no lo confiaba.

Ese tipo de personas no se despegaban nunca de algún “fierro”. Inyectó anestesia local en varios puntos alrededor del largo corte de la bala, y esperó un momento mientras sacaba hilo y aguja. Esteban observaba en silencio. Cuando el doctor empezó a punzar con su índice en la zona inyectada no sintió dolor alguno.

—¿Listo? ¿No hay dolor ya?

—No, doctor, adelante.

Con paciencia, o con ganas de hacer tiempo, fue pasando el hilo de lado a lado del corte, juntando la piel. Fueron ocho puntadas y poco más de veinte minutos de arduo trabajo. Cuando guardaba sus artículos en el pequeño maletín tomó un bisturí de un estuche especial y lo escondió en el bolsillo de su bata blanca.

—¿Cómo se siente?

—Creo que no se ve tan mal. Mientras dure la anestesia no tengo porqué sentirme mal. El problema vendrá después.

—Le voy a dejar estas pastillas para el dolor. Tome una cada cuatro horas durante dos días. Estas son para controlar cualquier brote de infección, que dudo que se presente; se ve bien todo.

—Gracias, doctor, ¿alguna otra recomendación?

—Descanse, coma e hidrátese bien. Va a sentir la boca seca; es normal, tome pequeños sorbos de agua para evitar cualquier molestia. Yo lo vendré a ver mañana en la tarde, porque en la mañana tengo una paciente o dos en mi consultorio, ¿le parece bien?

—Claro, doctor, ¿cuánto le debo?

—Bueno, déjeme, le digo cuánto va ser de la consulta y la medicina.

El doctor bajó la vista, metió la mano a la bolsa de su bata como buscando una pluma para escribir. Esteban presentía lo que seguía; tomó al hombre de la ropa y lo jaló hacia él acostado en la cama como estaba. Este rodó sobre su cuerpo, sus lentes resonaron en el piso del cuarto; un lazo de alambre rodeó su cuello y empezó a apretar, cerrando todo paso de aire a los pulmones mientras los ojos saltaban desesperados. Estaba muriendo, lo sabía, alcanzó a usar el bisturí, su último corte. Sintió que se le iba la vida mientras su mano se deslizaba por la pierna de su asesino, aferrada al mango de acero inoxidable de su herramienta.

—Señor, creo que esto le va a interesar.

El informe hablaba de un doctor asesinado hacía pocas horas en una casa abandonada en la salida sur a ciudad Anáhuac. Ahorcado con lazo de alambre.

Las autoridades locales se hacían cargo.

—¿Qué piensa, capitán?

—Atendió a Esteban, y éste no quiere testigos.

—¿Qué más hay que pueda indicarnos eso?

—Periódicos, a la vista el que tiene la noticia falsa de Diana en el hospital. El auto del médico desapareció, hay sangre en el piso y en la banqueta.

El coronel también sabía que era él. No quería simplemente darlo por hecho y perder más tiempo.

—Busquen el auto.

—Se está buscando su Toyota desde hace dos horas.

—¿La familia del doctor?

—Estaba en Estados Unidos, viene en camino ya.

—Pobre gente. ¿Huellas?

—Están trabajando en eso, señor. Sabemos que si vivió ahí estos días debe estar lleno. Las compararemos con la de su cuchillo y las encontradas en la casa de su primo en Lampazos.

—Bien, confirme todo primero, encuentren el maldito auto después y aliste más personal. Los quiero listos para peinar lo que sea necesario peinar, ciudad o monte. Con equipo completo de campaña.

—¿Otros veinte hombres?

—Si encuentra el auto en la ciudad quiero cien, doscientos si es camino vecinal.

El capitán se asombró ante el número. Bajo las circunstancias y errores de días anteriores, supuso que su superior estaba harto de dar pasos en falso. Partió a ejecutar la orden. El coronel puso sus manos en el mentón sosteniendo la cabeza.

“Diana”, pensó el coronel; cerró los ojos un momento.

Se olvidó de su perseguido, de la presión que sobre él ejercía el general y también de su propia familia por unos minutos. Maldijo la guerra, porque lo había puesto frente a una prueba que no sabía cómo enfrentar; después agradeció a la misma guerra el haberle permitido conocerla.

¡Qué mujer, qué inteligencia, qué... lástima!

No podía quitarse la imagen de su cuerpo desnudo amarrado en el cuarto

de interrogatorios; no podía quitarse la culpa de haber mandado maltratar ese precioso cuerpo. No podía quitarse sus ojos de su alma; eso le molestaba.

“Soy un coronel del ejército, diplomado del Estado Mayor, juramentado para defender esta tierra con mi vida; y estoy pensando en una de mis peores pesadillas de una manera totalmente irracional. ¿Qué me pasa? Espero que sea solamente un deseo sexual reprimido. ¿Cuánto hace que no estoy con una mujer? Diablos, ya ni lo recuerdo. Hace más de tres meses no veo a mi propia esposa, ese tiempo he estado guardando mis deseos carnales. Demasiado tiempo, simplemente estoy excitado por la visión de su desnudez. Eso es. Nada más. Qué animal puede ser un hombre solo al ver una mujer desnuda, qué primitivo sentimiento.

Esa mujer es una asesina, quién sabe realmente cuántas vidas deba y cuantas más esté dispuesta a acabar; es una maldita mercenaria, una bestia a sueldo. Eso es, es lo que yo combato día a día”.

Los toques en la puerta lo sobresaltaron.

—Adelante.

—Todas coinciden señor. Es él. No hay duda alguna. La sangre de la banqueta es la misma que la del zapato en el hospital; sigue herido y al parecer no es cualquier cosa.

—¿El auto?

—No parece estar en la ciudad, o está encerrado, lo que lo haría literalmente perdido para nosotros. Siguen buscando en rutas y caminos vecinales.

—Gracias, capitán, manténganme informado. ¿Qué hubo con los hombres?

—Listos, señor, doscientos de lo mejor a su disposición.

—Bien.

El capitán Ismael Fernández salió del cuarto dejando al coronel pensativo.

—Doscientos de los mejores hombres de las fuerzas armadas para buscar, encontrar y capturar un solo hombre, qué locura. Qué forma de decirle al mundo que estamos acabados. ¿Tan desesperado me veo?

Se puso de pie, fue al baño y vio en el espejo un hombre con varios años más de los que tenía. Cansado, ojeroso, aplastado por esta guerra personal que lo mantenía en vilo, nervioso de día y despierto de noche.

—Hay muchas formas de matar hombres. Hacerlo así, lentamente, quizás sea de las más eficientes, si antes de matarme quiere volverme loco.

El teléfono repiqueteó sobre el escritorio, así que sacudió a su compañero de parranda. Cerrando la bragueta de su pantalón, acudió a contestar.

—Coronel Saavedra.

—Encontraron el auto, coronel.

—¿Dónde?

—Un camino vecinal en el pueblo de Rodríguez, pasando ciudad Anáhuac, señor. Es una brecha que lleva a varias rancherías en la zona.

—Prepare todo el personal y venga a por mí, capitán, de inmediato partimos.

Colgó el aparato sintiendo nuevamente la adrenalina; su rostro cansado y el de Diana fueron borrados por el instinto de la caza. Otra oportunidad, ¿la última? ¿Estaba vivo o muerto? Era un hombre peligroso que ahora estaba malherido. Y, por los informes, desarmado, aunque eso podía cambiar en cualquier momento. Incluso su odio hacia ese hombre se había transformado, de alguna forma, en un respeto extraño, un respeto a su inteligencia, a su valor, a su arrojo. En todas las culturas del mundo, desde tiempos ancestrales, el respeto a un enemigo que no se entrega sin pelear hasta el último recurso era un común denominador. No importaba que tan sádico, tan inmisericorde o maldito pudiera ser un hombre, normalmente se medía por su valor, más que por su obra.

—Mi enemigo, el asesino de mi hermano, el... amante de Diana. Debo matarlo, nada más. Fue capaz de mandar matar a su propia hermana, a su propio sobrino... es un animal desquiciado.

Ajustó su pistolera. Por alguna razón sentía realmente que su presa estaba no solamente herida, sino desesperada. Tal vez con fiebre, porque la pérdida severa de sangre provoca eso entre otras muchas cosas. Solo, porque todo el mundo perteneciente a las bandas sabía que era una “papa caliente”; nadie se atrevería a darle la mano sabiendo sus antecedentes y la dedicación del coronel Saavedra a su persecución y captura.

Está solo, está herido, está desesperado. Es mío, lo presiento, ahora sí.

XVII

Sintió un ligero ardor en su pantorrilla, pero la adrenalina de su cuerpo, mientras miraba salirse de sus órbitas los ojos del doctor Cipriano, bloqueó toda otra sensación. Hasta que el cuerpo del galeno se aflojó a la orilla de la cama, no lo soltó y lo dejó caer.

—Hijo de su puta madre, ¿qué me hizo?

La sangre escurría por su pie hasta el piso, y el charco se agrandaba velozmente. Levantó el pantalón donde detectó el corte de la tela; vio que el bisturí había recorrido, con sus tres centímetros de largo, una incisión de más de veinte, desde la parte baja de la rodilla hasta casi el final de la pantorrilla, pegada al hueso. Era una herida muy grande, y solo gracias a la escasa longitud de la hoja no le había desprendido todo el músculo de la parte baja de la pierna. Escupió la cara que se enfriaba del doctor y tomó su maletín del piso. Se aplicó el antiséptico que antes había usado en su cadera y supo que sería incapaz de coser ese tajo.

Optó por tomar un rollo de venda elástica y apretarla alrededor de la pierna, en un afán por cerrar la herida y cortar la salida de sangre. Hecho esto, viendo como el rojo carmesí inundaba la tela, tomó el maletín y caminó hacia la puerta. Dio un manotazo a las llaves del Toyota y abrió la puerta de la casa. Un niño con un perro grande intentaba sujetarlo con su correa; parecía que el perro arrastraba un trineo en la nieve.

Subió al auto y arrancó velozmente al sur; el dolor empezaba a presentarse ya. Buscó entre la medicina que le había dado el doctor y tomó dos Dolac. El perro olfateó la sangre en el piso arrancándose a ladrar, enfilando luego con todo y muchacho hacia la puerta de la casa. La policía tardaría todavía un par de horas en llegar; desde que el niño contara a sus padres y estos decidieron avisar a la policía y esta se movió a esa dirección.

No reparó en el niño ni el perro que lo arrastraba. El auto avanzó velozmente, mientras sentía que su sangre inundaba lentamente su zapato deportivo. Debía llegar a Lampazos. Nadie podría pensar en su primo ahora;

luego del susto y la paliza a modo de advertencia recibido por parte de los militares, este no estaría dispuesto a ayudar a persona equivocada alguna durante algún tiempo. Salvo a él.

Que la sangre no se detuviera lo tenía nervioso. Cuando cruzó la ciudad de Anáhuac, un retén de policía local le dio el paso bajo el arco de bienvenida a la ciudad. Después pasó lentamente por el centro y cuando cruzó el angosto arroyo que dividía la ciudad del pueblo de los Rodríguez. El auto emitió una tosecita.

—Ahora no, ¡maldita cosa! —murmuró con rabia.

La luz de combustible indicaba rojo, quedaba gasolina para unos quince kilómetros según la computadora de viaje. Ni hablar de ir a la gasolinera en esas condiciones, con sangre en sus manos, ropa manchada y más de dos millones de dólares en una maleta en la cajuela.

Dobló a la derecha en el primer camino vecinal que encontró y apretó el acelerador. A cincuenta kilómetros por hora se adentró hasta que el auto se detuvo completamente. A su lado, una acequia para riego, a la derecha un campo de sorgo cosechado un mes atrás y un poco más adelante un monte natural. La pierna no le dolía, pero tampoco dejaba de sangrar; debía dedicarle más tiempo a su curación. Sintió la boca seca; supo que en la huida no había tenido la precaución de cargar líquido ni comida alguna. Debía pensar, rápidamente. Una camioneta venía en sentido contrario, una camioneta vieja. Un ranchero de la zona, seguramente.

—¿Algún problema amigo?

—No, gracias, todo bien.

La camioneta siguió su marcha, la vio perderse en el retrovisor. El dueño del vehículo y sus acompañantes se perdieron en el mediodía de ese domingo. Esteban empezaba a desesperarse. Sintió algo húmedo y no quiso mirar, supo que algunos puntos de la cadera no habían resistido.

—Parezco un maldito animal herido, eso parezco.

A la izquierda del camino, de esos caminos que en muchos tramos no tienen cercas divisorias de alambre, había un montón grande de rastrojo de sorgo, hojas secas y tallos dejados por la cosechadora automática. Como pudo se bajó, abrió la cajuela y arrastró hasta ahí su maleta, la tapó. Volvió al auto. En el regreso vio su propia sangre en la tierra.

—Esto no es cualquier cosa, maldita sea. Me sigo desangrando. Debo parar eso a como dé lugar.

Tomó el maletín del médico y caminó como pudo hasta llegar a la orilla del monte. Nadie circulaba a esa hora por los caminos perdidos de esa zona rural. Pensando en el consejo del galeno asesinado cruzó la calle para acostarse entre un alto pastizal, de cabeza a la acequia. Como pudo, se las ingenió para tomar agua ayudándose con una mano, mientras con la otra se sostenía de un arbusto. Aprovechó para echarse agua en la cara; la sintió fresca y se reanimó.

—¿Cómo puta hacen los animales para beber así?

Se sació y se arrastró hacia atrás, rozando los pastos sucios con su propia sangre.

—¡Párate ya maldita seas, detente o me vas a matar!

Su propio grito de desesperación lo asustó. Ahí, como estaba, sacó un segundo rollo de vendas y lo aplicó sobre el primero, pero antes aplicó mucha tierra seca en la parte empapada en sangre. Al absorber la humedad se hizo una cáscara húmeda como lodo y luego aplicó la otra venda.

Tras esperar unos minutos, sonrió al ver que ese momento de genialidad había detenido el flujo de sangre. Bajo el pantalón observó la herida de su cadera; dos puntos del centro se habían reventado, nada podía hacer. Pensó que aún tenía una oportunidad. Disponía de varias horas antes de que alguien viera el auto con sangre y tuviera el valor de denunciarlo a alguna autoridad. Sin poderse ya poner de pie, se arrastró al otro lado de la calle, dejando en el polvo del camino vecinal una huella como de víbora. Como el monte sí estaba rodeado de alambre de púas tuvo que esforzarse para pasar por debajo de la última línea. Se enganchó de la ropa una y otra vez, pero al fin su cuerpo estuvo del otro lado.

Se arrastró otros diez metros y el monte lo devoró. Por el momento, estaba a salvo. Se tomó un respiro. Estaba agotado; viendo sus brazos y su estómago, se dio cuenta de que había perdido una cantidad considerable de kilos. Sin cerveza, comiendo pura comida enlatada, a salto de mata, su cuerpo estaba resintiéndose la tortura. Si algo le faltaba para sentirse un animal perseguido eran sus dos heridas.

La de la cadera no era grave, incluso secaba ya a grandes pasos. Gruesos

cascarones se formaban sobre los puntos y solo los dos reventados dejaban ver un líquido brillante en medio. El corte que le había hecho el doctor en la pierna era diferente.

Los cortes de una sierra sanan mucho más rápido que un corte tan preciso como el efectuado por la hoja afilada de un buen bisturí. Esa herida tampoco era mortal, en todo caso era dolorosa. Mientras sanara, nada más. Lo desesperaba terriblemente ese conjunto de tropiezos. Confiaba en su suerte, en su fortaleza, en sus años viviendo de esa forma; también se daba cuenta de que iba dejando un rastro muy fácil de seguir.

Necesitaba alejarse rápidamente de la ruta.

A don Juan le habían secuestrado un hijo. Había pagado los trescientos mil pesos finales acordados para su liberación a costa de endeudarse con un crédito hipotecario sobre su pequeño rancho de ciento cincuenta hectáreas. Tenía otros dos hijos, pero aquel era su primogénito, la continuación de su nombre, su preferido. Muchacho bueno para la cerveza, que no dejaba por eso de levantarse temprano al otro día para hacer sus labores cotidianas. Con escasos veinte años cumplidos era el principal ayudante de su padre. Y nadie podía tocar a sus hermanos, porque se iba encima de quien fuera por defenderlos. Don Juan estaba muy orgulloso de él. Por eso, cuando le avisaron que fuera a identificar un cadáver en el Servicio Médico Forense, sintió que aún antes de corroborar la muerte de su muchacho, una parte de sí mismo moría. Estaba dormido, así lo veía su padre.

—¿Cómo fue?

—Tres balas en la espalda, don Juan. Lo siento mucho.

Lo había enterrado en el panteón del pueblo, sin una lágrima. Su esposa había llorado esos días más que en toda su vida anterior, sus hermanos se sentían desamparados. Decenas de familias perdían cada semana un ser querido, de alguna forma relacionada con esa guerra; secuestrados cuyos parientes no lograban reunir el dinero recibían un tiro y eran tirados en las calles como advertencia. Secuestrados cuyos parientes si pagaban, por alguna razón algunos de ellos también eran ejecutados.

También mataban a cualquiera por cualquier razón; algunos comentaban que hacía meses en el pueblo no se oía una “mentada de madre” con la bocina de los autos.

Todo porque algunos conductores muy “gallos” terminaban con pijamas de pino, nada más por reclamar algún incidente de tránsito.

Don Juan había enterrado, además de su hijo, su miedo. Su miedo a los narcos, a los asesinos, a la policía corrupta. Su miedo a hacer algo para que las cosas cambiaran.

Se detuvo en el retén de militares a cinco kilómetros al sur de la ciudad, les dijo de un hombre con manchas de sangre en su ropa que estaba parado en el camino vecinal de los Rodríguez, rumbo al poniente. Dos camionetas del retén partieron inmediatamente al lugar. Don Juan sonreía. Su esposa siguió seria, no había vuelto a sonreír desde la muerte de su Juan, su hijo querido. Sabía que no volvería a ver regresar borracho a su casa un sábado en la noche, ni a defender a sus hermanos en una pelea de bailongo; pero si al menos pudiese pensar que atraparon y castigaron a sus asesinos... Porque aunque los delitos se sucedían uno tras otros, los castigos eran irrisoriamente escasos. La impunidad era el cáncer que todo lo corroía esos días. Todos sabían quiénes ayudaban al narco, pero nadie hablaba. Ella sabía que amigos y amigas de su hijo podían dar datos para dar con los asesinos, pero el miedo paralizaba a todos. En ese sentido, admiraba a su esposo, él denunciaba cuanta cosa no le gustaba.

—Tengo miedo, vieja, pero alguien tiene que empezar —le decía.

Aún recordaba cuando preguntó al ministerio público.

—Licenciado, si pagamos, ¿por qué matarían a mi hijo esos desgraciados?

—Lo más seguro es que conociera a alguno de sus captores; es la explicación más plausible.

Además de la muerte, ahora cargaba con la posibilidad de que alguno de sus conocidos fuese el que había entregado a su primogénito.

—Mi hijo no va a volver a la vida, mejor ya no preguntar más.

Había ingresado poco más de doscientos metros, cuando oyó las

camionetas a alta velocidad en el camino.

Pinche viejo de mierda, ¿me puso el dedo, el cabrón!

El miedo le dio la fuerza que le faltaba. Comenzó a caminar arrastrando la pierna.

Lo bueno es que el puto doctor cortó la misma pierna que recibió el rozón de la bala, sino ahí estaría tirado todavía.

Tomó un palo torcido de mezquite seco y se adentró en lo espeso del monte xerófilo de la región noreste del estado de Nuevo León. Cuando los nopales se clavaron en la carne, no se detuvo. Tampoco cuando una rama de uña de gato le arañó la cara sacándole sangre y un gemido de dolor. Llevaba recorrido un kilómetro cuando a lo lejos, un par de kilómetros al norte, avistó una pequeña construcción junto a un molino de agua y unos corrales. Tenía que llegar allí, buscar un vehículo y escapar otra vez. Las heridas ya no sangraban, pero sentía hormiguitar su pierna derecha de la rodilla para abajo.

—Maldición, tal vez apreté demasiado esta madre. Ahora no me puedo detener. Esos perros no tardarán en darme caza.

La gangrena, por cerrar los vasos sanguíneos al apretar demasiado el vendaje, era tan peligrosa como la misma herida, pero no era el momento de poder atender eso. Aceleró el paso. En el camino, un par de soldados seguían el rastro de sangre en la tierra y descubría las señales en el pasto cerca de la acequia. Encontraron una envoltura de venda elástica y supusieron que ahí el herido se había hecho alguna curación. Les ordenaron esperar sin seguir la persecución. Eso les llamó la atención. Cuando una hora más tarde llegaron tres camiones de Fuerzas Especiales supieron que el herido no era cualquier personaje.

En el Hummer que abanderaba el convoy, el coronel iba ansioso. Los informes hablaban de un auto varado en un camino vecinal, con las características del auto del médico asesinado; también sangre en su interior, sobre todo en el tapete del piloto. Un rastro de gotas hasta una acequia, donde al parecer el herido había efectuado algún tipo de curación. Luego habían identificado la arrastrada de un cuerpo por debajo de una cerca de púas, donde la persona había ingresado al monte duro.

El viaje duraba una hora a buen paso de Nuevo Laredo al lugar. Pensaba en que si ahora no lo pescaba, el general estaría obligado a tomar algún tipo de decisión que, seguramente, no le favorecería. Los doscientos hombres en los transportes eran fuerzas élite. Lo mejor de lo mejor. Todos sabían la historia de dolor y persecución que enlazaba a los dos hombres; a su coronel Saavedra y a Esteban Treviño. Una historia llena de desaciertos, de desvelos, de no pocos ridículos. El coronel los respetaba, se había atravesado por ellos en más de una ocasión, era hora de reportarse con él. Iban físicamente preparados y mentalmente dispuestos a todo. Todo por un hombre. Herido.

Doblaron a la derecha. A poco más de doce kilómetros estaban tres patrullas tipo pick up pintadas de tonos de verdes y café semeando pixeles. Un soldado vigilaba la zona donde el herido se había curado, otro la entrada al monte. El coronel sintió el olor de la sangre de su víctima.

—Capitán, este hombre tiene entre hora y media y dos horas. Herido o no, sabemos de los huevos de este cabrón. Si se nos pierde esta vez, todos vamos a pasar ratos muy desagradables. Ordene a la tropa en semicírculo dentro del monte; un hombre a la vista de otro, a peinar todo y cuidado. Se supone sin armas, pero no hay garantía de nada.

—Sí, señor.

Acto seguido la tropa descendió de los camiones y corrieron a lo largo del camino hasta formar una larga fila de un kilómetro de largo; a una orden ingresaron al monte. La cacería empezaba otra vez.

El coronel tomó los prismáticos del vehículo y se unió al grupo. Pidió al capitán que con el resto de los hombres cerraran cualquier tipo de escapatoria en los caminos. Nadie sale, nadie entra. Para esa hora, las cinco, la tarde empezaba a caer ya en ese otoño fresco.

El monte parecía cobrar vida al paso de la tropa. El ruido de las armas y los arreos rozando las duras espinas de mezquites, uña de gato y huizaches, multiplicado por doscientos, parecían un vehículo avanzando en la maleza. Una verdadera marabunta.

Algunos venados brincaban asustados entre la vegetación perdiéndose entre bufidos de alerta. Conejos, algunos asustados pecaríes aumentaban el sonido de avance. Más de un vuelo apresurado de codornices hizo que algún soldado nervioso y asustado quitara el seguro enfilando su arma al sonido de

las aves. Al centro, un soldado sonoreño, con una pistola en la mano derecha y su bayoneta en la otra, seguía lentamente el rastro sobre la tierra seca; el agujero del palo seco de mezquite y el arrastre de la pierna derecha dejaban un rastro difícil de perder para un par de ojos entrenados y conocedores del monte. Después de media hora de rastreo divisó a lo lejos una construcción. El coronel, detrás de él, tomó sus binoculares y recorrió la casa pequeña, los corrales y el molino de agua. Nada llamó la atención de momento. Siguieron avanzando, mientras el soldado seguía rastreando.

El sol se acercaba al filo del horizonte, la noche siempre favorece a los perseguidos. El coronel, que había sido burlado por este mismo hombre, sabía que lo tenía cerca, mas no quería volver a cometer errores por exceso de confianza. Hubiera deseado hacer rodear la casa con su gente, buscarlo y sacarlo de debajo de una pila de costales, pero se veía tan desprotegido el sitio que pensaba:

“Es tan evidente que ni loco buscaría refugio allí, sabiendo que me pisan los talones. Maldición, a la vez es tan evidente que un perseguidor no debería pensar que alguien pudiera buscar refugio en ese lugar. Quiero pensar que este pendejo está mal herido y que, posiblemente, ande ya al límite de sus fuerzas”.

El rastreador seguía la ruta del herido, que los llevaba directo a la casa. El mismo hombre le había dicho:

—Coronel, este hombre anda en las últimas.

—¿Está seguro?

—Señor, mi gente rastreó por generaciones buras en el desierto; sabemos leer esto, señor, soy un yaqui.

“Tanta tecnología para terminar poniendo mi confianza en un indio yaqui. Tal vez si hubiera empezado con este hombre a mi lado, ya estaría con mi familia.”

—¿Piensa usted que está en la casa?

—Eso no lo puedo saber, señor. Si el dueño tenía una camioneta, ya se pelaron; no se ve nada en el rancho. Si no tenía, debe estar escondido por ahí, o pensar en tomar rehenes de la casa para ver si obtiene una salida.

El sol se posaba ya en el horizonte. Rehenes en medio de la nada podía ser una situación caótica y altamente peligrosa.

XVIII

Esteban llegó a los corrales. Quedaba poco más de media hora de luz.

Se acercó a la pequeña casa de adobe con muchas precauciones. Un perro, extremadamente flaco, salió a recibirlo entre secos ladridos. Luego salió un hombre sucio, con un sombrero que había conocido mejores años.

—No muerde amigo, solo hace ruido, ¿qué hace por aquí?

—¿Vive solo?

—No, adentro está mi vieja y mis dos hijos pequeños.

—Andaba a caballo y me caí, creo que me quebré una pierna, ¿me puede ayudar?

El hombre caminó rápidamente al interior de la casa y salió la señora con un vestido, que antes debió haber sido blanco, seguida de dos niños; uno de unos cuatro años, otro de dos, a lo sumo. Esteban intentó sonreír, pero el dolor había regresado; posiblemente sin las pastillas sería insoportable. Se sentía muy mal.

El hombre le puso el hombro ayudándole a entrar a la casa.

—¿Tiene armas en la casa?

—Una pistola .22 muy vieja; jala para ahuyentar coyotes del gallinero. Me quedan unos tres o cuatro tiros nada más.

—¿La puedo ver?

La mujer desconfió primero. Algo no le cuadraba en ese hombre. Viendo tanta sangre en su pierna dudaba que su caída fuera de un caballo. En los tiempos que corrían, desconfiar era materia obligatoria en la escuela de la vida.

—Ramón, la pistola se la llevó tu padre la semana pasada.

—No, Lupita, la llevó pero la regresó ya; debe estar ahí en la gaveta. Muéstrasela al señor. Está tan vieja y descuidada que un día nos vamos a venir dando un tiro con esa mugre.

A regañadientes, la señora fue por el arma. Evidentemente, aparte de la gran cantidad de años sobre la tierra, no había visto una gota de aceite en los últimos diez. Esteban corrió el carro, vio el cargador vacío.

—Se la compro amigo. Colecciono armas viejas, esta me gusta mucho.

Ramón miró a su esposa de reojo, entendió apenas sus recelos.

—Bueno, no sé cuánto pueda valer. Era de mi abuelo y no me gustaría deshacerme de ella. La verdad, amigo, es recuerdo de familia.

—Ramón, si te doy mil dólares por ella, te puedes comprar dos más nuevas. Mejoras tu defensa contra los coyotes y te sobra una lanita que te puede servir para algo.

En esas rancherías semejante cantidad de dinero era casi una fortuna. Lupe asintió enseguida. Ramón le sonrió a Esteban.

—Bueno, señor. Pues llévesela.

—Dame los tiros, ahora que salga al rancho la quiero llevar, por las dudas.

La señora volvió con cuatro cartuchos hábiles.

—No hay más señor. Son todos.

Esteban sacó el cargador y lo abasteció. Después lo introdujo en la cacha del arma y cortó cartucho. Ante el asombro de los dueños de casa, les sonrió.

—¡Ahora háganme caso para que nadie salga lastimado!

La señora acogió a sus niños en su falda, su esposo quedó mirando el agujero negro del arma. El sol se acostaba en el horizonte ya. El tiempo estaba en su contra, la noche lo ayudaría.

—¿Dónde me puedo esconder?

—Váyase al monte, amigo. Hay harto monte por aquí.

—Quiero un lugar donde nadie me encuentre, amigo, no se haga pendejo. Como garantía de eso, me llevaré al más pequeño de tus mugrositos. Si se te ocurre decir algo a quien pregunte por mí, te quedarás con uno solo.

La señora rompió en llanto cuando Esteban le arrancó al más pequeño que, más curioso que asustado, se dejó hacer. Ramón se puso de pie y le pidió que lo siguiera con una seña. Caminaron unos cien metros y llegaron a un lugar donde antiguamente al ganado se le bañaba para limpiarlo de garrapatas. Una fosa profunda para el agua, que ahora estaba seca, corrales a ambos extremos para guiar las vacas al interior y ayudarlas a salir después. En el medio había lo que parecían láminas galvanizadas tiradas al azar, pero cuando el hombre bajó por los escalones medio derruidos de cemento se dio cuenta de que era un cobertizo muy bien disimulado. Solo cabía sentado o acostado, pero desde arriba era muy difícil ser descubierto. Con la garantía del niño, sabía que

Ramón y su esposa no se atreverían a denunciarle.

Se acostó debajo de las láminas, colocando a su lado el niño. Luego pidió que lo cubrieran con costales vacíos de arpillera y le pusieran una botella de agua y algo para comer. No alcanzó más que tortillas con huevo en forma de tacos y un litro de agua del molino. Si el niño lloraba o gritaba, debía ahogarlo. Por lo pronto le dio un taco para que comiera algo y le diera sueño.

—Suficiente para pasar la noche. Ya sabes qué decir, pinche Ramón. Si se te va la lengua, se le va la vida a este cabroncito.

Visiblemente adolorido, el hombre se fue. El último rayo de sol desaparecía en el horizonte. En dos minutos más comenzaría la noche. Otra fresca noche otoñal, en medio de una ranchería olvidada del desierto del norte de México.

“A los perros flacos jamás les faltan pulgas, pensaba acostado Esteban. Estos pobres diablos no tienen ni para comer, ni un puto mueble en que moverse y encima las circunstancias me traen aquí, perseguido por los perros del coronel. Estoy seguro de que ahora que me le he pelado tantas veces va a traer artillería pesada, el cabrón. Raro que no he oído el maldito helicóptero. Si no fuera por esa maldita máquina gringa, otro gallo nos hubiera tocado en la presa. Esa matanza hubiera sucedido igual, tal vez. Pero no sin que alguno de ellos pegara el hocico en el suelo”.

En las tardes de las rancherías, cuando el sol entra y la calma es total, los sonidos se dispersan por el aire a distancias imposibles de oírse en la ciudad.

—Ahí vienen, los putos. Pues ya estaría de Dios, a ver de a cómo nos toca. Al menos uno o dos me llevo conmigo.

Miró al niño, vio que se acurrucaba a su lado.

El rastreador se detuvo. La ranchería estaba a escasos quinientos metros. El olor acre de los corrales, producido por estiércol de ganado y cabras lo denunciaba en la noche.

—Coronel, ¿cree que se pueda haber ocultado ahí? ¿No es demasiado claro?

—No tiene idea de lo que es capaz este hombre, soldado. Va contra toda

lógica, tiene un sexto sentido muy desarrollado. Creo, sin temor a equivocarme, que es un poco clarividente.

—Yo tenía una tía así, coronel. Siempre sabía que iba a pasar en la familia con semanas o meses de anticipación. Todos la consultaban cada año y dependía de lo que ella viera, lo que se hacía. Casamientos, siembra y cacería, dependían de sus visiones, ¿sabe?

Sin bajar sus binoculares, el coronel le contestó.

—He sabido de gente así, incluso hay policía en países más adelantados que nosotros que las usan oficialmente.

—Deberíamos tener una de esas.

Ahora sí bajó los binoculares y miró al soldado. Este borró su sonrisa y se dio vuelta a mirar el sol que se posaba en el horizonte. El último comentario sobraba.

—Capitán —habló por radio—, rodeen el lugar.

En quince minutos el perímetro de soldados sellaba la ranchería. A través de los prismáticos, el coronel vio entrar a un hombre a paso tranquilo a la casa, poco después una señora salió al molino y llenó una cubeta de agua. Volvió a la casa. El perímetro se fue ajustando en silencio. Hasta que la casa quedó a cincuenta metros de todos los ojos. El coronel se acercó a la puerta seguido de su rastreador yaqui.

—Señores, buenas tardes. Coronel Francisco Saavedra, a sus órdenes.

El hombre que había visto antes salió, después su esposa y el niño.

—Nos asustó, soldado. ¿Qué podemos hacer por ustedes? —sonrió Ramón.

—Buscamos un hombre. Uno setenta y cinco más o menos, pelo pintado de blanco, barba de días. Herido de bala. El rastro del camino nos trajo a su casa, pedimos permiso para revisarla.

Lupe se hizo a un lado, el coronel y su rastreador entraron al lugar. Piso de tierra, dos camas con cobertores de todos los colores arriba y otro cuarto que oficiaba de cocina, donde se calentaba agua en una olla de aluminio toda golpeada. Una mesa de lámina de una compañía refresquera y cinco sillas del mismo juego. Todo viejo, todo despintado.

Revisaron a detalle debajo de las escualidas camas y la letrina exterior. Nada.

—Capitán, revisen corrales, la milpa aquella, el baño de animales. Si tiene tapa el pozo del molino también; ya sabe cómo buscar. No olvide el excusado.

Tras una media hora de búsqueda, el círculo volvió a formarse alrededor de la casa.

—Limpia, señor —dijo el capitán, con cara compungida.

—Está bien, no abran el círculo. Pasada la noche, regresaremos. Abran los ojos, que los más abusados para el monte se den una rastreada en círculos más grandes.

Ramón se acercó al coronel.

—El hombre ese estuvo aquí. Se robó un caballo y partió hace media hora rumbo al camino del norte aquél. Nos dijo que volvería a matarnos si hablábamos, señor.

El coronel clavó los ojos en el hombre, luego volteó al yaqui.

—Búsqueme rastros del caballo en su huida.

El hombre, encantado de que el propio coronel le encargara la tarea, partió de inmediato mientras sacaba una linterna de su mochila. Volvió en quince minutos. El coronel estaba hablando con el ranchero y su esposa, así que decidió esperar hasta que este lo viera. El coronel volteó cuando Lupe vio la figura del rastreador en la puerta.

—¿Y bien?

—Creo que encontré algo, señor.

El coronel salió con el hombre. Este caminó unos veinte pasos y se detuvo, al lado de los corrales.

—No hay rastros de caballos, ni nuevos ni viejos. Ese camino hace, al menos, dos días que no ha sido recorrido por ningún animal. ¿Pero ha visto algo en la casa, señor?

—No, soldado, ¿de qué me habla?

—¿Vio la foto en la cocina?

—Hay varias, ¿alguna en particular?

—Sí, hay una donde parecen estar en alguna fiesta, la señora con un niño en brazos.

—Siga.

—El hombre tiene otro niño agarrado de la mano. Como de dos años.

El coronel asintió. Con una seña envió al soldado al perímetro. Entró nuevamente a la casa. Sonriendo.

—Muy bueno mi rastreador, dice que hay tantas pisadas de vaca mezcladas con las de caballos que es imposible seguirle el rastro, y menos de noche. A ver que sale en la mañana, si no partiremos nomás aclarando.

La pareja se miró de reojo.

El frío de la noche era demasiado duro. Estaba con la ropa puesta y tapado solo con costales de arpilla. Para su buena suerte, el niño se había dormido acurrucado a él y eso lo mantenía en silencio. Oía las risas de los soldados en el perímetro de vigilancia y también las voces, sin distinguir palabras, de la gente dentro de la casa. Sonrió al pensar que había pasado la primera revisión. Ahora le preocupaba la pierna, que le daba comezón; y la cadera, que seguía supurando líquido. Tomó las pastillas del dolor, y las de la infección. Quería dormir para acortar la noche y para evitar sentir el frío.

Despertaba sin imaginar la hora, siempre con frío. El niño, mejor abrigado, pegado a su cuerpo, seguía durmiendo. El aullido de un coyote lo sacó de la somnolencia; el perro de la casa contestó el aullido con una serie de ladridos cortos; estaba demasiado flaco como para gastar energía en ladrar en exceso. La noche era clara, estrellada, aunque él solo veía la negrura de las láminas de techo sobre sus cuerpos. Tomó un trago de agua, tenía hambre, pero no podía arriesgarse a hacer ruido, así que decidió que comería un regio bistec nomás abandonara ese lugar. En una de esas aperturas de ojos distinguió algunos bordes de las láminas. Empezaba a amanecer. Había dormido muy poco.

La tropa se movía también.

—¡Todos listos!

La voz del capitán y el posterior repiqueteo de botas en el piso le indicaron que reunían el contingente. Se oían muchos soldados. Vaya que estaba molesto el coronel.

—Avancen, ¡ya!

El sonido se intensificó, luego desapareció en la lejanía. La luz empezó a

filtrarse entre la oscuridad de la noche y el despertar del sol. El niño dormía plácidamente, lo dejó recostado en su lugar, tapado por dos costales de arpillera.

Se sentó bajo el techo bajo, la altura no daba para más. Estiró los brazos y supo de la pierna derecha hinchada; decidió aflojar al menos la venda exterior. Inmediatamente sintió como piquetes en el músculo y al tocar el pie lo notó helado; se asustó y tocó el otro pie. Estaba igual.

—Frío, solo pasé demasiado frío. Nuevamente me le escabullí al coronel. Espero, ahora sí, que lo manden a un cuartel en medio de las islas Mariás, por pendejo.

Tras aflojar las vendas se recostó otra vez; le dolían los huesos por la incomodidad del piso. La herida de la cadera supuraba; al parecer el corte de la pierna se dejaba recorrer por su sangre.

No estaba perdido si estaba vivo y sin vigilancia. El hambre lo invitaba a ponerse de pie, a pedir algo para echar entre pecho y espalda, pero un sexto sentido le pedía siguiera en ese lugar. Al fin el sol despejó por el oriente y todo adquirió otro color.

Se sentó nuevamente; el solo acto de ponerse de pie iba a ser toda una odisea. Agarrado del techo se hizo hacia adelante y buscó la pared de cemento para poder mantener el equilibrio. Vio la pistola en el suelo, se agachó a recogerla, revisó su carga y se la enfundó en la parte trasera del pantalón, en el hueco de la espalda. La sintió helada, pero le daba también una necesaria dosis de seguridad.

De pie, soportando el intenso dolor de la pierna y de la cadera, empezó a caminar para abandonar el lugar; en ese momento el perro lo olió primero y lo vio después, lanzando una andanada de ladridos. Esteban lo apuntó con la pistola y el animal pareció recordar algo y se regresó corriendo a la casa. Sonrió y miró al niño por última vez. Empezó a caminar para salir del foso del baño. De pronto se detuvo, maldito presentimiento, ¿ahora qué? Regresó al fondo y tomando al niño por los brazos se lo puso como acunándolo. Luego salió a la parte alta. Si algo salía mal, el pequeño podía ser un salvoconducto.

Arrastraba dolorosamente la pierna, el palo de mezquite se clavaba en sus manos, estaba frío y el niño era una molestia para subir. Sintió la sangre recorrer sus venas nuevamente y al asomar por encima del borde del foso dio

un giro en redondo. El perro flaco se acercó, movía tan fuerte la cola que todo el perro parecía presa de convulsiones, dio después un par de ladridos y se acercó a oler sus pies. De la casa salió Ramón y se acercó a ellos.

—Por Dios, señor, qué noche nos hizo pasar usted.

—Estoy seguro que lo pasaron más caliente que yo. Prepáreme un café.

—Sí, señor, enseguida. Deje a mi niño sobre la cama, por favor.

—Agárrelo usted y ni se le ocurra un movimiento, valiente, tengo la .22 en la mano ahora.

A la vez que agarraba a su hijo dormido, el hombre vio la mano armada. Se volvió a entregar el niño a su madre. Esteban lo siguió.

—Lupita, atiende a Israel, voy a preparar café al señor.

La madre, con los ojos llenos de lágrimas, abrazó a su pequeño tan fuerte que este despertó con un llanto sin razón aparente. Estaban todos dentro de la casa. El sol despuntaba ya en el horizonte.

—Qué les dijo el coronel, Ramón.

—Fue muy amable, para qué más que la verdad. Nos dejó algo de comida para las criaturas y se fue. Parecía molesto, pero no con nosotros.

—Espero que se haya rendido, ya estoy al límite de mis fuerzas. Quiero que me prepare un caballo, otro para usted. Me va a acompañar para salir de aquí, necesito un vehículo y comida. También un médico.

—Lo primero está de agua, señor, el médico solo en el pueblo. No hay de otra.

—Lo sé, ¿dónde está el vehículo más cercano de aquí?

—Unos cuatro kilómetros para el norte está el ranchito del ejido; ahí podemos conseguir una troquita, aunque sea viejita. Nomás que va a haber gente, señor. Van a sospechar de su pierna llena de tanta sangre, van a preguntar. ¿Entiende?

Esteban miró al ranchero, tenía razón. De hacer preguntas a deducirlas había un paso corto. Estaba lejos de la civilización para arriesgarse a quedar varado nuevamente en el monte. Su pierna necesitaba atención. Urgente.

—Vamos a cambiar la jugada entonces. Vaya al ejido en calidad de emergencia, que uno de sus hijos está muy mal y necesita que se lo lleven al doctor, ¿cree que le ayudarían? Yo me quedo con su esposa e hijos para que no se le ocurra una tarugada a usted.

—Creo que alguien me dará la mano, sí.

—Pues ya se está tardando, mi chulo. Órale, a mover las pelotas.

Ramón miró a su esposa y ésta asintió. Se oyó el tintineo de los arreos del freno del animal, luego los gritos del ranchero que intentaba agarrar al equino. Pasados algunos minutos que tardó en prepararse, los pasos del caballo con sus arreos instalados lo acercaron a la puerta de la casa.

—Calcule una hora para la ida y vuelta, señor. Si no están los dueños, tal vez deba esperar algo más. Por favor, no les haga nada a mi esposa y mis hijos, por diosito santo.

Con la pistola, le hizo una seña para que largara.

El tropel del caballo se perdió en la mañana.

Esteban se acostó en la desvencijada cama de la pareja que, a pesar de todo, le supo a gloria comparado con el piso duro y frío de la noche anterior. Con la pistola sobre su estómago, se tapó con dos frazadas y se relajó. La noche había sido larga, muy larga. No debía dormirse, pero el efecto de las pastillas estaba aún en su torrente sanguíneo, y si había dormido un par de horas durante la noche había sido mucho. Su cuerpo agotado, se rindió entre las pobres cobijas de la familia.

No vio cuándo Lupe y los niños abandonaron el cuarto, el sueño le había ganado la partida. Ramón tardaría una hora al menos en regresar, buen tiempo para reponerse.

XIX

El caballo iba a buen paso. En diez minutos estaba bajando la colina, fuera de la vista de la casa. Ramón estaba muy asustado. Sabía que la vida de su familia dependía de la suerte que tuviera para que algún ejidatario le creyera, en primer lugar; y le hiciera el favor, en segundo. Porque, de perdido, para la gasolina le iban a pedir. Ya hacía días que andaba seco de lana. De pronto, el caballo comenzó a disminuir el paso y a parar las orejas.

—Muévete, muévete por Dios, que mi familia depende de nosotros ahora.

Pero el caballo se plantó de pronto y no quiso avanzar. Iba a descargarle un golpe con las riendas en un lado para convencerlo cuando un soldado se atravesó al paso; conoció inmediatamente al rastreador del coronel. Con el arma atravesada frente a su pecho parecía esperar algo.

—Ramón, a qué, mi Ramón. ¿Adónde va usted a esa velocidad a esta hora de la mañana?

El caballo caracoleó asustado cuando la voz sonó detrás de ellos. Ramón no atinaba más que a abrir los ojos y jalar la rienda. Otros dos soldados aparecieron, uno detrás del rastreador, otro al lado del coronel. Se tiró del caballo y se hincó en el suelo.

—Por Diosito, señor coronel, no me mate. Tiene a mi familia y mi pistola, nada pude hacer. No soy gente de problemas, señor. Por favor, entiéndame.

El coronel se agachó frente al hombre postrado en el suelo.

—Póngase de pie. Quiero detalles.

Durante quince minutos le contó desde la llegada del herido, el secuestro del niño, cómo lo escondieron debajo de las láminas del foso de baño de ganado. Luego, cómo en la mañana apareció con su hijo, de lo mal que se veía y cómo lo había enviado por una camioneta mientras se quedaba con su familia.

—Se lo dije, coronel, faltaba un niño.

—Tenía usted razón. Ahora vaya con este hombre por una camioneta y

requísela en nombre del ejército. Deje un hombre allá para que nadie se haga el valiente y vuelva con el dueño de la camioneta.

—Sí, señor.

Partieron los dos hombres del gobierno y el rancharo. Faltaban tres kilómetros al ejido; a buen paso llegaron en diez minutos. Amablemente, un lugareño prestó su vieja Dodge, a la que le sonaba más la carrocería que la misma máquina, pero que apuntaba en su tanque un lujoso cuarto de combustible. Llegaron de regreso con el coronel y este pidió al dueño del vehículo que le prestara la ropa al soldado y se vistiera con la de él para no pasar frío. Sin rechistar todo quedó listo en minutos. El soldado conductor miraba por debajo del sombrero amarillento, tipo vaquero, hacia adelante. La casa estaba a la vista, vio a la señora y los dos hijos correr al monte.

—¡Ah, qué huevos de señora esta! —dijo y avisó por radio al coronel del cambio de situación.

Este lo detuvo en seco y ordenó apagar la camioneta.

De atrás de la caja se descolgó el coronel después de sacudirse unos cartones y cobijas viejas con las que venía cubierto. Miró hacia la casa. A cien metros el chofer le indicó donde había visto perderse a la señora en el monte.

—¿Seguro que llevaba sus dos criaturas?

—Señor, tengo poco cerebro, pero mi vista es excelente.

—Aguarde aquí, preparen sus armas. Avise a los demás que se acerquen por adentro del monte. Rodeen la casa, nada de disparos sin orden mía.

Sin esperar respuesta el coronel se metió al monte y corrió por adentro hasta llegar a la misma casa. El perro ladró dos veces, pero salió en estampida cuando una piedra rebotó entre sus patas flacas. Ese mensaje lo entendía claramente. Se pegó a la pared de la casa y, lentamente, se agachó. El crujir de las piedras bajo sus botas le parecía al coronel demasiado ruidoso, pero no podía controlar eso.

Asomó la cabeza apenas. Lo vio acostado en la cama grande. Sabía que estaba armado y herido, una combinación por demás peligrosa. Entró al cuarto con su pistola en la mano y pasó al lado del durmiente. Tratando de no hacer ruido alguno colocó una silla al lado de la cama, con el respaldo al frente suyo; se sentó a ver a su presa. Ahora sí, como gato esperando a que su ratón

saliera huyendo para ponerle la pata encima. Los ojos del hombre se abrieron despacio y, de pronto, tomó consciencia de la situación. Instintivamente rebuscó entre las frazadas la vieja pistola del vaquero.

—Deja el arma, Esteban Treviño, ya no tiene caso.

Como serpiente enojada, se envaró a encarar al coronel. Entonces algo se relajó en su interior y soltó una risita nerviosa.

—Bueno, coronel, espero que me des el crédito de ser uno de los que te dio más trabajo capturar. Mira las condiciones en las que me ando escabullendo de tu tropa. Anoche traías más de cincuenta pelados solamente para este cuerpito.

—Eran doscientos. Esta vez estaba decidido a que no te me escaparas.

—¿Doscientos? Eso da para un corrido. ¿Desde cuándo sabe que estoy aquí?

—Desde ayer. Faltaba un niño y mi rastreador no encontró tu rastro saliendo del lugar. Es muy bueno ese rastreador. Solo era cuestión de esperar a que salieras de la cueva y cazarte sin arriesgar a esta gente. Ya sufren bastante para darles el disgusto de perder un hijo. ¿No te parece?

—¿No le da pena, coronel, ver cómo viven estas personas? No tienen más que tortillas viejas, algunos huevos de sus propias gallinas y café. ¿Qué pasa con este país de mierda que tiene al hombre más rico del mundo mientras hay personas que se revuelcan en esta miseria?

—No soy político, soy un soldado, me limito a obedecer órdenes. Mucha de mi tropa salió de lugares como este y se nos unió porque éramos su única opción, ¿para qué más que la verdad? Eso genera la pobreza, amigo. Gente para el ejército y gente para el narco, para los malandros. Ustedes pagan mejor, aunque sus jubilaciones suelen ser a muy corta edad y definitivas. Hay quienes se dejan engañar por el brillo de esas cortas vidas y caen en sus redes; he visto muchas cosas en estos años de guerra contra gente como Esteban. Mujeres que, abandonadas por sus esposos, se meten al contrabando de droga al otro lado para dar de comer a sus hijos; a veces en la primera pasada se ponen tan nerviosas, que terminan con sus huesos en la cárcel. Luego sus hijos, sin riendas, terminan siendo “ayudados” por los “bondadosos patrones” de su madre, engrosando las filas del narco o cualquier otro tipo de bandas criminales. A veces las denuncian sus mismos contratantes para después

hacerse “cargo” de sus hijos. Mis soldados han llorado cuando matan niños de catorce y quince años, eso es obra de ustedes. La guerra es mala, meter en ellas a niños es algo que ni nombre tiene.

—Coronel, tú y yo no somos tan diferentes. Ambos hemos matado. Solo que a ti te protege la ley. Vamos a ir al mismo infierno. ¿Sabes eso?

—Sí, he matado, siempre defendiendo una ley o un ideal. No por venganza, o a inocentes como haces tú y tu gente maldita. Tú, que mandaste matar a mi hermano solamente para demostrarme que eras más listo, que intentaste matar a Diana en el hospital solo por vengarte de su aparente traición. Tú eres desalmado, yo tengo principios.

La risa del herido resonó en el pequeño cuarto.

—¿Aparente traición? ¿Ya te acostaste con ella, coronel? No solo tiene las mejores piernas que he visto jamás, sino que sabe usarlas. Es toda una hembra en celo cuando te monta. ¿La has probado?

Aguantándose las ganas de darle un puñetazo al sujeto, el coronel se puso de pie y arrancó las cobijas que tapaban al herido; la pistola cayó al suelo. La recogió.

—Ella es una integrante de tu equipo. Encontramos a su madre y a su hija, la presionamos un poco. Hicimos un trato para capturarte. En este momento ese trato llega a su fin. Volverá a la cárcel a ser juzgada junto a su primo. Jamás me compares contigo. Eres basura.

—Ella no es de mi equipo, mi equipo está enterrado en la presa donde me sorprendiste. Es una mercenaria, mata por dinero. Por dinero te iba a asesinar, por dinero mató a tu hermano.

Cuando vio la expresión del coronel, soltó la risa otra vez y continuó:

—¿Dianita no te había dicho que ella personalmente colocó la bala .22 en la nuca de tu hermano? ¡Qué desconsiderada dama! Detrás de esos ojos y esas hermosas tetas hay una mujer llena de odio, coronel. Mata por placer, odia a los hombres por lo que le hacía el hombre con el que se casó, al que terminó asesinando también. Es una fichita la tal Diana; su primo la sigue adonde vaya. Aunque ahora ha de andar malo de una pierna, supongo.

El coronel no atinaba a decir nada, digería a paso lento la andanada de declaraciones del hombre tirado en la cama. Se puso de pie y salió del cuarto. El rastreador vestido de civil y otro soldado aguardaban afuera. Les hizo una

seña y volvió al interior.

—Esteban, tal vez tengas razón. Tal vez ambos seamos producto de circunstancias parecidas, pero el final de uno y otro será diferente. Tú hasta aquí llegas hoy. Aquí termina tu carrera de envenenamiento y muerte. Yo podré, al fin, atender a mi familia y tomarme una semana de descanso. Voy a mandar por un helicóptero, no quiero riesgos contigo. En la séptima zona serás atendido como prisionero. Había jurado matarte despacio, haciendo que pagaras con horas de dolor tanta muerte y tanta injusticia. Al final fuiste un enemigo a la altura, un guerrero con los huevos necesarios como para que yo mismo sienta respeto. Como hombre eres valiente e inteligente. Lástima hayas elegido el camino equivocado.

Esteban se movió en la cama, acodándose en la misma.

—Coronel, ¿te das cuenta que los países tienen dueños? México es de una bola de políticos ladrones, tan narcotraficantes como yo, amigo. Al gobernador de este estado llegamos a embarrarle en sus manos millones de verdes al mes para que mantuviera sus fuerzas en mínima expresión. Incluso decomisamos un rancho a fuerza de miedo para que él lo pudiera comprar a precio de ganga. Dos alcaldes del área de Monterrey están hasta el cuello. Cobraban por nosotros las cuotas a los casinos y negocios grandes de la ciudad, al que no pagaban pues se les avisaba, como al Royal. ¿Te acuerdas, coronel? Después de esa vez, que la verdad se les fue la mano a esos pendejos, los mismos alcaldes y el cobarde del gobernador llamaron a las fuerzas federales para que les ayudaran a “limpiar” la ciudad. La verdad, mi coronel, es que si esos putos no hubieran despertado la furia de la opinión pública y la guerra mediática que siguió seguiríamos operando tan campantes como antes. El gobierno no está ganando esta guerra inútil.

Nosotros la estamos perdiendo. Créeme, no es lo mismo.

—Esteban. ¿Qué lleva a un hombre a meterse en este negocio?

—Ser pobre, coronel. Es la mejor receta de todas. Ver pasar a los riquillos con sus bonitas novias en sus camionetas del año, con buena ropa y harta lana en los bolsillos. Ver cómo un rico atropella bien pedo a un pelado y lo mata, sale en dos días con la lana y los contactos de su padre. Eso cansa a los pobres, que son encerrados por años por robar para comer. Esa injusticia duele, cansa. Entonces uno se decide a morir, de hambre e injusticia, o a bala

limpia enfrentando al gobierno que propicia todo eso.

—¿Por qué no todos los pobre se levantan en armas contra el gobierno o se unen a ustedes?

—Porque aparte de ser pobre, para entrarle a este pedo, hay que tener huevos, coronel, un cierto desprecio por la vida. Empecé de abajo, vendiendo en las escuelas, fui a la cárcel, salí a los dieciocho hecho un malandro verdadero. Comencé a jalar con un grupo para cobro de piso. Era bueno y me ascendieron. Me dieron una zona para vender, conseguí mis revendedores, casi todos a cambio de su cuota de droga para consumo; después que están embarrados los obligas a hacer lo que quieras. Un día iba con un hermano en el auto y nos paró un retén, nos conocieron y nos esposaron, nos llevaron a los separos de la judicial en Monterrey; querían doscientos mil dólares para soltarnos. Les conseguimos la mitad y jalaron los putos. De ahí en adelante nos apoyaban, nos decían de los operativos en diferentes zonas. Así se hacen estas redes; está todo tan podrido que difícilmente acabe nunca.

—Haces ver un país sin posibilidad de recuperación. Yo aún creo en mi patria. Doy mi vida por la gente buena que trabaja a diario para llevar pan a su casa. Sé que falta mucho por hacer, mas pienso que vamos por el camino correcto. Estoy dispuesto a seguir sacando de la calle a gente como ustedes.

—Coronel, sé que tienes los tamaños para eso y más. Nos hemos dado topes estos meses y vales lo que pesas. Entiende, en este país si no robas eres pendejo, si no corrompes o eres corrupto no avanzas en nada. Qué bueno que tengas fe, coronel, vas a necesitar mucho más que eso para ver un cambio real en tu tierra.

Al final, pensaba el coronel, eran parecidos. Pero estaban en lados opuestos de la cancha. Miraba a ese hombre herido, primero por la pobreza gracias a una clase política manipuladora y voraz, que tras un período de gobierno en cualquier nivel se transformaban en potentados. Que hablaban de medidas económicas y sociales para después servirse con la cuchara grande. Herido, además, en su carne tras semanas interminables viviendo a salto de mata.

—Esteban, ya disfruté tu captura. Esto me dará algunos comentarios positivos a mi carrera, posiblemente un poco de tranquilidad a mi conciencia. Honestamente, llegué a dudar de poder capturarte y pensé en la posibilidad de

ser asesinado por alguno de tus esbirros. Para mí es un final feliz.

Llamó al rastreador.

—Señor.

—Su nombre, soldado.

—Justiniano Chávez, señor.

—¿Noticias del helicóptero?

—Viene en camino. Quince minutos para aterrizar, más o menos.

—Gracias.

—Sí, señor —saludó el soldado dando media vuelta.

—Soldado Chávez.

—Señor.

—¿Por qué se unió a la milicia?

Por un momento lo desconcertó la pregunta. Se repuso enseguida.

—Por hambre, señor, los inviernos en el norte de Sonora son duros. Los indios no recibimos buenos sueldos, salvo cuando somos guías en la zona de caza que nos corresponde.

—Gracias, soldado, buen trabajo.

—¿Ya ve?—sonrió Esteban—Por hambre. ¿Qué esperaba? ¿Qué le dijera “para servir a mi patria”? La patria se dobla con hambre, coronel. Se levanta con educación y empleos bien pagados; los putos empresarios se asocian a la clase política, forman una camarilla de ricos que mantienen oprimidos a los millones de pobres de este país. Por ahí aparecen estas salidas, falsas, dicen algunos; al menos mientras dura gozamos de lujos, mujeres hermosas y dinero a montones. Como dices, suele durar poco, pero mientras dura, vale la pena.

—Se oyen los rotores, prepárate para ser trasladado a la séptima zona militar.

—Coronel, tú eres hombre de armas, de honor. Yo no nací para morir en la cárcel. Te cambio información por un favor.

—¿Información y favor? ¿Qué propones?

—Voy a caminar hasta la mesa donde está la .22. Me vas a dejar tomarla, y ahí me disparas, coronel. A cambio te digo donde hay más de dos millones de dólares en efectivo.

—No soy corrupto y tengo suficiente dinero de mi familia.

—Piensa en la familia de Diana, coronel, que el estado pague algo de tanto

daño que hace a su propia gente.

El coronel estaba asimilando la idea cuando Esteban se puso de pie.

—Frente al auto descompuesto, debajo de un montón de sorgo cosechado hay una maleta. —Dio un salto hacia la pistola, poniéndose en posición en un par de segundos. El disparo de la bala de 9 mm. retumbó dentro de la pequeña habitación. Dos soldados aparecieron en la puerta inmediatamente.

—¿Qué pasó, coronel?

—Hay hombres demasiado hombres como para morir encerrados.

El sol, que ya empezaba a calentar, le dio en la cara al coronel Francisco Saavedra, que respiró hondo y guardó su arma en la funda.

La televisión mostraba noticias en la sección deportiva. Estaba tirada en la cama, con una bata corta de baño y una toalla envolviendo su cabello, recién duchada. Los dolores habían disminuido, no pasaban de ser una molestia. Cuando tocaron a la puerta, se puso de pie y ajustó en su cintura el lazo de la bata. De todas formas, a la imaginación dejaba muy poco.

—Hola, coronel. Perdón, Francisco. Pasa, por favor.

Diana lo dejó pasar sin percatarse de que afuera quedaban dos soldados vigilando la puerta del cuarto. Caminó hacia la ventana y se soltó la toalla dejando caer el pelo negro en sus hombros. Pocas cosas cautivaban tanto a los hombres como una mujer hermosa recién salida de la ducha. Ella lo sabía.

—¿Alguna novedad de nuestro común enemigo?

—Te voy a hacer una pregunta y me gustaría que me dijeras solo la verdad.

—Claro, adelante. Al parecer es seria la cosa.

El coronel la observaba ahora de frente, sus ojos negros lograron turbarlo un par de segundos, se repuso y continuó.

—¿Quién disparó a mi hermano aquella bala .22 en la nuca?

Dos parpadeos rápidos mostraron la sorpresa ante la pregunta; el lazo se aflojó, la bata se abrió un poco. El valle entre los pechos quedó completamente a la vista, el ángulo de la abertura llegó hasta el mismo ombligo. Sus manos agarraron su cabello, lo sacudieron mientras echaba hacia atrás su cabeza.

—¿Lo capturaste al fin?

—Tuvimos una larga charla. Por cierto, tu madre y tu hija estarán bien cuidadas, nada les faltará. Una colaboración de tu jefe.

Puso sus brazos en jarra, dejando que el lazo se soltara totalmente. Un monte de Venus bien rasurado quedó a la vista en medio de las mejores piernas que había visto jamás. El coronel permaneció impassible.

—Coronel, tú sabes que en la guerra hay que cumplir órdenes, nos gusten o no. Eso hice yo nada más, cumplir órdenes. Créeme que matar a tu hermano, a esa señora y su hijo es de las cosas que nunca olvidaré en mi vida. Lo siento mucho, aunque no me creas.

—¿Tu hermano estaba contigo cuando lo hiciste?

—Trabajamos juntos. ¿Mataste a Esteban?

—Algo así. Vístete.

—¿Adónde vamos?

—Se acabó el trato, vuelven ambos a la cárcel. Vienen por ti en diez minutos. Creo que habrá agradecimiento en la cárcel de mujeres de alta seguridad.

Diana no respondió, cerró la bata apretando fuertemente el lazo a la cintura. Vio salir al coronel sin voltear siquiera a verla. No tardó en darse cuenta del futuro que la esperaba; se sentó en la cama y levanto la almohada. Dos lágrimas corrieron al pensar en su hija.

Los dos soldados se aprestaban a cumplir la orden de su superior para llevarla al cuartel, cuando oyeron el disparo. Diana tampoco gustaba de vivir encarcelada.

—Coronel, ¿Diana adónde será enviada?

—A su casa.

—¿Qué tipo de trato hizo con ella que yo vuelvo a la cárcel y ella a su casa?

—Ella eligió el final del trato.

César tardó un poco en entender las palabras. Luego puso sus manos esposadas tapando su rostro; se lanzó a llorar, completamente quebrado por

dentro. Fue entregado a la Procuraduría General de Justicia y el coronel fue a dar parte al general.

—Coronel, sigue mostrando de que está hecho. ¿Algo en especial que requiera?

—Sí señor. Una recomendación para el capitán Ismael Fernández, otra para el soldado raso Justiniano Chávez y dos semanas de franco, señor, para un servidor. Necesito ver a mi familia.

El general se sentó en su escritorio y garabateó algo en una hoja.

—El período de franco es suyo, coronel. Para lo demás use los canales oficiales que ya conoce. Buen trabajo.

Apretó la mano de su superior y dio la vuelta.

Tenía tantas ganas de abrazar a su hija...